



MARCELA

MERCEDES

ADELA

OBRAS DEL AUTOR

Historia diplomática de América. Primera
parte. La emancipación de las Colonias
británicas. Tomo primero: La Alianza
Francesa : : : : : : : : : :

PRÓXIMA A PUBLICARSE:

Historia diplomática de América.
Primera Parte. Tomo segundo: : :

Valentín Urtasun

*Marcela
Mercedes
Adela*



Victoriano Suárez
Preciados, 48
Madrid

9624

REG. 10/1/1
TIPN.
SIG.
20

721 2142-36

◀ ES PROPIEDAD ▶

MARCELA

O

LA VIDA

DE

UNA EMIGRANTE





I



EN el Norte de España, entre montes arbolados, resplandecía, sobre pedregoso hondón, un pueblecillo blanco con techados rojos. Sus naturales, gente robusta y trabajadora, estaban orgullosos del país; pero los aldeanos convecinos no les envidiaban la amplitud de las casas, ni el verdor de los campos en verano, ni la blancura de las montañas en invierno. Si solían frecuentar aquellos lugares era porque, además de ser los hombres festivos, agasajadores y campechanos, las mujeres guisaban el cordero a usanza y gusto de la tierra y las mozas llevaban de tiempo atrás fama de bellas y bailadoras.

Por el año de mil ochocientos y muchos de

pico, el lugar parecía santuario, tanto .acudían los forasteros cercanos con cualquier pretexto: que si fiestas grandes o chicas, que la siembra, que la recolección, que las patatas, que las colmenas. Las abejas, unas muchachas menudas, carinegras, fuertes, se llamaban Marcela y Margarita.

Daban las dos mocetas luz al valle. ¡Cuántas veces, en las faldas de las colinas o sobre los verdes prados de las cumbres, las vieron los mozos rastrillar con afanosos movimientos; cuántas, subiendo o bajando cuestas, las vieron llevar en la cabeza la comida a sus hombres; cuántas, vestidas con aliño, las vieron seguir los senderos de la Colegiata para comulgar a los pies de la milagrosa Virgen! Al contemplarlas, olvidaban la rudeza del clima, las miserias corrientes. Aquellas hadas alegraban sus corazones como el sol las crestas y llanuras patrias.

Durante las faenas agrícolas, cuando hacían carbón en el monte, o junto al fuego del hogar, pensaban en las favoritas o de ellas hablaban los mozos y los ancianos: por nueras las deseaban los viejos, por esposas las querían los jóvenes.

Las chicas, tan buenas como afectuosas, se entretenían y hasta bromeaban con los amigos; pero santamente. Para requiebros y amoríos,

MARCELA

por bien dichos que fuesen los primeros o por honestos que pareciesen los segundos, no había ocasión ni deseo.

Cierta vez el hijo del chocolatero, engreído de los campos paternos y de la propia bizarría, se acercó a Margarita con sanos y envidiables ofrecimientos; ella le dijo:

—«Gracias, Pedro; mi hombre está en Buenos Aires.»

El pretendiente, sin picarse demasiado, se acordó de José, que ya estaría hecho un americano, y no se expuso a segura confirmación. Mas lo raro era lo de Marcela. ¿Por qué desechaba galanes tan apetecibles cual el hijo del cubano, el señorito más acaudalado de aquellas aldeas, quien la quería llevar por dueña a su casa, a sus tierras, tantas y tan ricas?

No tardó el misterio en disiparse y el valle en esconder su gozo. La tardecica que menciono, volvía del monte el cabrero con sus cabras. Cerca de la fuente, tuvo regocijadora sorpresa: detrás de unos arboluchos apareció Marcela. ¡Qué bonita, más que las cabritillas sobre los peñascos! Entablaron parla:

—¿De vuelta, Juanchito? Temprano vienes hoy.

—Sí; tengo que hacer en casa.

—¿O te aburres en el monte?

—¡Quia!

—Pues a mí me ha tomado gana de ver otras tierras.

—No hallarás tan hermosas: mira el pico como luce con el sol.

—¡Valiente bobería! ¡Sol!..., también lo hay en Buenos Aires.

—Sí; pero aquél no brilla para nosotros.

—¡Qué idea! Brillará para mí....

—¿Tú...? exclamó Juan y echó a reír.

—Yo y Margarita.

—¿De veras?

—¡Palabra...!

Conmovido el zagal, siguió a las cabras. Los simpáticos animalitos, tan diferentes en color y tan graciosos en movimiento, volvían tranquilamente a sus crías y bordas: pastaban por aquí, trepaban más allá a un seto vivo, se estiraban acullá sobre arbustos para, con el morrito, alcanzar codiciado sustento.

Antes de llegar al pueblo, cruzóse Juan con varios compinches y les dió la nueva. Ninguno quiso creerla. A la noche, en la taberna, ahumada por el tabaco, estaban, sentados o de pie, en corros o en parejas, grandes y chicos. Una idea fija los traía ceñudos y les hacía clavar los ojos en la puerta. Al fin, al fin, Perucho, el padre de Marcela, tan jaque como de costumbre y tan arrugado como de ordinario, atravesó la entrada.

MARCELA

Venía dispuesto a beber buenos tragos, a fumar rellenas pipas, a charlar largo rato, a contar u oír de aquellos dichos tan eternos como lozanos y sabrosos, mezcla de fiereza local, burla picante, y fino entendimiento. Juancho le saludó diciendo:

—«Parece, señor Pedro, que hay novedad.

—¿Pues?

—«Que se queda usted sin dueña joven»

Perucho, plantado en medio de la pieza, echó pausadamente su bocanada, y con esfuerzo arrancó a hablar:

—«Sí, nuestra Marcela se nos va.»

Y tornó el viejo a pipar, y tornó el viejo a cocer el dolor. Como en los tormentosos días aquellos gruesos troncos amigos, su curtido corazón, con la ventolera de la chica, se agitaba; pero no caía. Quedaron los mozos carifruncidos y estupefactos. Pasaba la bota de mano en mano, con extraordinaria frecuencia, cual si estuviesen en fiestas. Mas el vino no podía nada contra la idea horrible y atormentadora: ¡Ya no las verían ni en la era, ni en la plaza, ni en el monte! ¡Ya no las oirían cantar en la iglesia, ya no conversarían con ellas ni en la calle, ni en la trasera!

Juan, después de un fuerte trago, desarrugóse y exclamó:

—«Pues también me voy yo.

—Y yo...

—Y yo...

—Tú, Juan, volverás con levitón y chistera, dijo uno.

—Venga otra convidada, agregó un segundo.

—Vaya, pues, por don Juan», brindó un tercero con la panzuda bota en la mano, al paso que remedaba al señor Maestro en la voz, el empaque, y los modales.

Ahora las libaciones dilataban los ánimos y movían las lenguas. ¡Lo que no se contaron!: las noticias enviadas de América por José, la fortuna que trajo de Méjico Andrés, lo finos que volvían, y muchas otras cosas más. Así, entre charla y trago, hubieran continuado toda la noche, de no presentarse un señorito, hombre maduro, sonriente, y bonachón, armado de la vara municipal, quien les tocó retreta con las siguientes palabras:

—« ¡Hola, muchachos, a dormir, que se os enfrían las sábanas!

—Bien, señor Alcalde, contestaron unos.

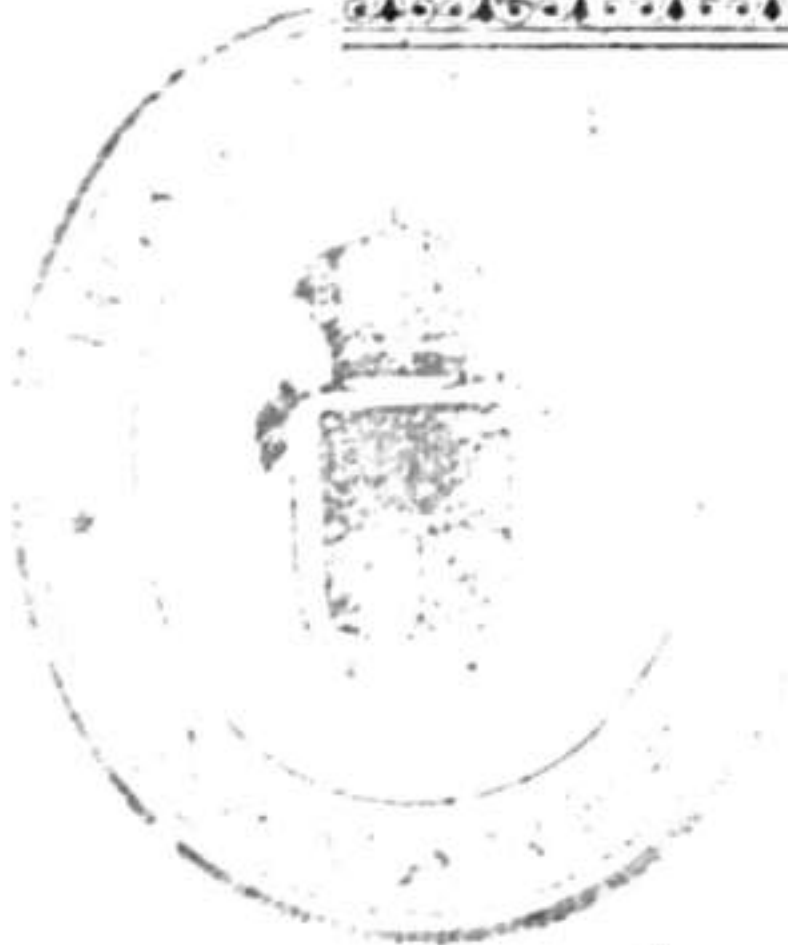
—Hecho, don Francisco, respondieron otros.»

Todos salieron a la única calle del pueblo. El aire cortaba los rostros, adormecía las exaltaciones. Estaba el cielo azul, límpido, soberbio, estrellado. De la tierra subían las montañas. Groaban las ranas seductoramente. Divididos en dos pelotones, tomaron los mozos calle

MARCELÁ

abajo unos, calle arriba otros, silenciosos éstos, cantando varios amorosas coplas. Poco después la aldea dormía. De tiempo en tiempo el reloj parroquial sonaba la hora.





II



CURRIÓ, pues, que cierta madrugada, cuando el astro del día comenzó a desperezarse, Marcela y Margarita, bien acompañadas de amigos, abandonaron para siempre sus casas nativas. Entre bromas y lágrimas echaron por la ruta del mar.

Emprendían la jornada muy de ligero, sin claro designio. Tenían, cierto, atávica nostalgia de lejanas aventuras, soñaban también con el oro de Buenos Aires, y recordaban asimismo figuras queridas o estimadas; pero, al partir, cedían sobre todo a un irresistible impulso del alma, el cual ni se explicaban ni trataban de hacerlo.

En la cresta más elevada de aquellos altos contornos, sintió Juancho prurito de Patria.

—« ¡Aguardar!, gritó a sus amigos, despedámonos de nuestra tierra.»

MARCELA

Mientras hablaba, se detenía, y giraba sobre los talones: entonces surgió a sus ojos el verde panorama, cubierto de dorado manto: aquí las cordilleras, los cerros, el pueblo; allí, huertas, faldas, cimas. De súbito una vista y un vuelco del corazón: sobre aquel collado las cabras pacían....

— «¿Qué, Juanchito, te quedas?»

— ¡Adelante! », respondió el muchacho arrancándose al sentimiento.

De buen temple pisaron el territorio vasco francés, el cual muchos de ellos conocían así como a sus habitantes, a quienes entendían sin dificultad; mas, a medida que entraban en el corazón de Francia y oían sin comprender ni jota las palabras francesas, notaban las diferencias nacionales: aquéllos no eran de los suyos, no usaban la misma lengua.

En la capital girondina, tuvieron apenas tiempo de reparar las fuerzas. Dirigiéronse pronto al hermoso velero y, una vez dentro del buque, sintieron que el alma se les caía a los pies: había llegado el momento grave; iban a cruzar el charco. ¡Cuánto, cuánto estos sencillos montañeses habían oído de la furia del mar! En el pueblo se habían reído de tales afirmaciones; sobre el agua las tomaban a lo serio: ahora sabrían quién tenía razón. El bajel, como no soprase favorable viento, se estaba balanceán-

dose. Juanchito, el cabrero, que valía tan poquita cosa en el pueblo, se acordaba de aquellos rincones, cual si fuera el mayor de los propietarios. En cambio, Pedro, primogénito de americano, andaba ya los puentes con presteza y desenfado. Se había hecho amigo de algunos tripulantes, particularmente del cocinero, natural de Arneguy, pueblecillo vasco fronterizo a Navarra. La novedad del buque y lo para ellos extraño de las gentes les entretuvieron algo, hasta que tardecía y la alegría del sol fué desapareciendo. Desenzóse, por fin, del puerto el barco, comenzó a deslizarse sobre las aguas, y no puso mucho tiempo en perderse de la costa.

La travesía tuvo de todo: placeres y tristezas y más tristezas que placeres. Las condiciones de viaje para los pasajeros pobres, tan deficientes aún, lo eran entonces más todavía. Los buques, sin ciertos recursos, conservaban difícilmente los víveres. Pedro, merced a su amistad con el cocinero, pasó a servirle de pinche, y, gracias a este feliz suceso, disfrutaron los expedicionarios regular suplemento de comodidades; mas el buen trato corriente de la tripulación, aun acrecentado con la general simpatía, no les hizo soportar mejor ni la galleta agusanada, ni los tanques por cuyo grifo bebían agua, ni las hamacas colgadas de hierros.

¡Cuántas veces, tumbados en estas lonas, se

MARCELA

acordaron de su patria! ¡Qué diferencia! En lugar del océano aburrido, monótono y ceñudo, aquellas pintorescas tierras; en vez del barco, la hermosa casa; de la galleta, el pan case-ro; del tanque, la clara fuente; en lugar de la bailadora hamaca, el firme lecho de lanudos colchones. Para ellos, crecidos en amplios valles, criados en el aire libre y la indisciplina, aquel encierro del barco, aquel rigor del orden y la jerarquía, eran horrorosos, insoportables. Además si a veces la vela por las aguas corría tranquila y dorada, otras, enfurecido el mar, airado el viento, botaba como mulo asustado, y parecía querer levantarse al cielo o hundirse hasta el fondo del charco. Entonces mirando aterradas al negro firmamento las dos muchachas, acurrucadas en un refugio, entre mercaderías y aparejos, pensaban en sus padres, en la muerte y en los consejos del cura de la aldea.

Mas, en realidad, el viaje no fué de los peores. Después de sesenta días de navegación, sin ver otra cosa que cielo, quillas, y agua, llegaron a Montevideo. Juan, harto de marinería, se quedó en el Uruguay con otros compatriotas. Las dos chicas y Pedro dispusieron continuar adelante; por cuya razón se traspardaron a un vaporcito, donde les volvió el alma al cuerpo: hablaba el marinaje castellano y hasta vasco y tenía víveres frescos y buenos. Los viajeros, de

mejor humor y pelando patatas o papas, avanzaron a la capital argentina. Como llegasen a su destino con reflujo, hubieron de bajar a unos carros y entre tumbos y tumbos atravesaron la playa, y desembarcaron en tierra de la República, cerca de diversos grupos de extrañas personas.

Súbitamente se le echó encima a Marcela y la estrujó con los brazos un hombre barbiespeso, melenudo, enchambergado. Se traía compadrón el vasco: chiripá, bota fuerte, pañuelo de seda, chaquetita, y tirador adornado con rastras de esterlinas, duros y pesetas. Mas lo que particularmente la sorprendió fué la criolla entonación con que le decía:

—«¿Cómo te va, ché Marcela? ¿No me *conosés*?»

El hombre hablaba conmovido. La muchacha pasó la mirada por aquella espesura de barbas y clavó los ojos en aquellos ojos azules, tiernos:

—«¡Bartolo!... ¡Cómo iba a conocerte!

—¿Qué tal el viejo?

—¿Cuál?

—El padre.

—Bien, como un roble», respondió Marcela, mientras retenía las lágrimas.

Poco a poco los unos y los otros se abrazaron, saludaron, o conocieron. Margarita, entre tímida, regocijada y sorprendida, examinaba el

MARCELA

rostro de José. No podía hacerse a la realidad; ¡qué crecimiento capilar!: buen bigote, graciosa perilla, luenga y cuidada cabellera. Marcela miró a Bernardo, hermano de Margarita: guardaba la bizarría de antaño y los labios y la barba rasos como en el pueblo, aunque no había resistido a dejarse regulares patillas.

Transecrido algún tiempo, separáronse unos viajeros de otros, dándose citas o promesas de verse o escribirse. Marcela y Margarita subieron a la chata o carro de Bernardo, magnífico vehículo tirado por excelentes caballos: allí estaba la famosa yunta de Bernardo. Durante el trayecto, miraban atónitas la población, la gente, los propios acompañantes. Desde que bajaron a tierra, desde que tornaron a ver algo de vegetación, desde que sintieron de nuevo el calor de la sangre y corazones amigos, volvieron a la vida. Sus parientes y paisanos se les antojaban ahora caballeros. Tenían en sí una seguridad estupenda. Hablaban de sus dificultades con inmenso aplomo y del dinero con sorprendente indiferencia. Hasta el propio Guillermin, el excedero del pueblo, tan apocado y obtuso en la aldea, parecía de airoso un gallo y de bien puesto un rey. ¡Y qué chambergo me llevaba! ¡Y qué facón a la cintura! ¡Y qué fineza y desparpajo en el decir! Dos cosas les chocaron: la sorna con que parlaban de religión y el amor

que tenían a la tierra nativa. Sus voces perdían firmeza al hablar de los padres, de los amigos ausentes, del lejano pueblo.

Entre exámenes, preguntas y respuestas, risas y melancolías, llegaron a la fonda de Bernardo. ¡Aquella era casa! ¡Qué sala! ¡Qué mostrador y estanterías! ¡Cuántas botellas, cuántas mesitas, y cuánta gente! Dentro había muchas habitaciones que se abrían a un patio, lleno de plantas y árboles.

Presto las muchachas se hallaron allí a sus anchas. Después de la primera impresión del porte y la fachada, aquellas personas que las recibían tornaban a ser para las mocetas las mismas de antes: aquél, primo; éste, hermano; el otro, novio de amiga; el otro, José, el favorito de Margarita, el que desde niños la cortejaba. ¡Y todos tan joviales, tan divertidos! ¡Es claro si en Buenos Aires no nevaba nunca y abundaba tanto la comida! ¡Qué banquete les dieron el día de la llegada! Resultó algo como festín de pueblo; pero más rico y mejor compuesto. Trajo a luz nuevamente el entusiasmo que tenían todos ellos por las montañas donde habían nacido. Parecía mentira que recordasen allí de tal modo el pueblo, los comestibles, los vinos nacionales. De nada gustaban como de repetir cuentecillos de la tierra, historietas del Valle, y elogios de los patrios frutos.

MARCELA

Apenas gozaron de regalada holganza y ya dieron las dos compañeras en servir con sus respectivos hermanos. El servicio lo juzgaron llevadero: vivían en familia, comían a voluntad, y se divertían hasta más no poder: frecuentemente llegaban del campo por negocios amigos y compatriotas y celebraban el arribo y estancia con suculentas comilonas y honestos solaces. Trabajaban ellas mucho; pero sin servidumbre ni servilismo. Todos, amos y criados, clientes y servidores, ganaban el pan que comían. Los parroquianos eran amigos y admiradores presentes, y quizá fueran con el tiempo esposos: cuanto más hacendosas se mostrasen, más encendrían en torno cariño y miramiento.

De ahí a poco le hubiera bastado a Marcela salir a la puerta de la casa para presto comprender que no pasaba por ser inferior, sino por igual, y, para muchos, ciudadanos o campesinos, a causa de la belleza y fama de la moza, por bocado sin hueso. En los momentos de reposo, ataviada con esmero, le placía hacer ventana. Mientras se dejaba contemplar, entretenía los ojos con la vista de aquella curiosa Plaza Constitución. Era un rectángulo a cuyos lados, hechos de construcciones bajas y primitivas, cortaban vías. Por el centro de la banda septentrional, bajaba la calle Lima, se bifurcaba al llegar a la plaza, y la ceñía, pues sólo

dejaba para la calle Brasil la cara meridional, en cuyo medio, entre una fonda y una cancha, se elevaba la estación del Sud, orgullo, con el cuartel, de aquel barrio de fondas, almacenes, barracas, y corralones. Dentro de la plaza, entre los escasos árboles del recinto, veía centenas de enormes carretas llegando unas, saliendo otras, descargando aquéllas, cargando éstas.

¡Qué interesante espectáculo la llegada de una galera! Acostumbraba venir de remotos campos, llena de lanas y cueros, henchidos de mercaderías los buches, lentamente arrastrada por varias parejas de bueyes, chillona si era lucumana, silenciosa si tenía eje y buje de metal, y se colocaba allí en su sitio, cerca de las otras. Ponían luego a las varas el *muchacho* o *tentemozo*, desuncían los animales, y los llevaban a los poltreros, en tanto charlaban o repartían cuchufletas con los amigos o conocidos que acudían a saludarles, a pedirles nuevas del viaje, de la carga, o de algún pariente o allegado. No pocas veces Marcela advirtió, a la entrada de alguna carreta, que el carretero, o el capataz de la tropa, o su dueño, le regalaban, cual saludo a la querida ciudad, miradas preñadas de simpatía, cariño, o amor. Y ella se las devolvía con gozo: eran amigos, paisanos, vascos, buena gente.

La estancia en la capital les brindaba a los

MARCELA

campesinos ocasiones de afanosos trabajos y coyunturas de divertidos esparcimientos. Instalados en la Plaza, preparaban el fuego, hacían la comida, y hasta dormían allí mismo, debajo de las cajas de sus vehículos, si era hermoso tiempo, o dentro, si llovía. Luego enseñaban a los compradores las muestras de sus géneros, y, una vez vendidos éstos, empinaban las carretas, pasaban la carga, en lienzos, a la balanza, y de la balanza a los carros o chatas de los actuales dueños, quienes la conducían a sus depósitos. Después de poner la galera en su natural postura, la llenaban con diversos efectos: barricas de bebida, tercios de yerba, cajones de azúcar, cajas de membrillo, y un montón de artículos, que, uncidas de nuevo las cornudas bestias, esparcían por la campaña argentina aquellos hombres buenos y valientes, de enorme cuchillo al tirador, arma que les servía para despedazar un churrasco o ensartar un matrero, según cayesen las pesas. Durante la permanencia en la ciudad, no escaseaban los pasatiempos: visitas a los cafés y almacenes amigos, paseos por las calles, asistencia a los públicos recreos, y, sobre todo, comilonas en la Plaza Constitución, partidas de mus o de pelota, desafíos de calva o de barra. El regionalismo europeo reaparecía en estos entretenimientos: jugaban los de un pueblo o valle contra

los de otro pueblo o valle, los vascos españoles contra los vascos franceses, y los espectadores se arrimaban al bando de la Patria chica o grande.

Causaron en un principio a Marcela mucha extrañeza y ahora le causaban mucha curiosidad los bailes improvisados, al aire libre: por el son de alguna guitarra de los troperos, o por el compás de algún organillo de los muchos que frecuentaban aquel mercado abierto, estos hombres embotados, de calzadas espuelas, curtidos del sol y del viento, barbudos, con tricota, poncho, chiripá, y cuchillo, bailaban el pericón o la firmeza, el correntino o ¡la jota de la tierra! ¡Y cómo no sorprenderse de aquellas negras con enormes pipas y cigarros en los labios; de aquellas retintas que vendían arroz con leche y tortas fritas, pasteles y alfajores, humitas, locro, y mazamora; y de aquellas lavanderas más negras que el carbón y más limpias que el oro, que, con la ropa blanca de los carreros, andaban por entre galeras y chatas, bueyes y caballos, consignatarios y compradores! Pero lo que jamás olvidaba ni olvidaría Marcela era la emoción de la primera noche, cuando, ya en la cama, oyó las guitarras de los troperos, quienes, rodeando los fogones, cantaban canciones de sus tropas, donde encarecían su vida solitaria y peligrosa, sus chascos

MARCELA

jocosos e inocentes dentro de la ciudad, sus jefes bravos y paternales, aquellos famosos Goñis y Lizarraldes, hijos del país amado. Estos cantos en vaseo quedaron hasta la muerte grabados en el alma de Marcela: los creía suaves, tiernos, varoniles, engendros de pechos cariñosos, sociales y patriotas.

Ni el trabajo ni el jolgorio no impidieron que los amorosos corazones se agitasen. José requirió, nuevamente de amores a Margarita. La moza, que en Europa no le pudo resistir, rindiósele en América a las primeras tanto más que José había ganado mucho con el desahogo, la experiencia, y el Nuevo Continente. Bernardo confirmó la rendición diciendo a su hermana:

— «Cásate con José. Es hombre serio, establecido por su cuenta y de mucho porvenir».

Marcela puso reparos a Bernardo. No es que le desagradaba. Muy al contrario: apreciaba su varonil belleza, su conocida honradez, y su honestidad de costumbres; pero como Marcela sabía leer, cosa rara en la clase entonces, soñaba quizá con persona más extraña, más desconocida, de otra estirpe. En conclusión, Bernardo, de suyo tan hombre, tan bueno, tan firme, la forzó a escoger las galas.

Ambas parejas convinieron en desposarse un mismo día. Con la aurora del cual, empezaron

sus atavíos los novios cuidadosa e impacientemente. La vestidura masculina, dentro de este género de personas, no variaba casi de la contemporánea. En cambio la femenina ha tomado muy distintos rumbos. Las novias, muy concienzudas, vistieron de negro y cumplido: falda, sin pliegues, hasta el suelo; bata, de larguísimas mangas, que llegaba a las rodillas, atada adelante con unos diez y ocho botones. Tan ceñida iba esta prenda y tan ajustados los corsés, que sobresalía el pecho, entraba la cintura, y se ensanchaban los bajos de tal suerte, que terminaba la falda en muy ancha circunferencia. Al designar la ornamentación, diferenciaron un tanto las dos amigas: en el borde de los vestidos puso por adorno Margarita alforzas, y Marcela volantes; mas acordaron ambas en guarnecerlos de puntilla. El copioso cabello, partido en el medio y echado atrás, hacía gran rodete de trenzas sobre la nuca. Como alhajas, completo aderezo: anillos, prendedores, y collares con los retratos de los novios. Las caras frescas, los corazones emocionados, y los ojos amorosos.

Así hermosas las vieron aquellos mozos fuertes como los robles nativos, así peripuestas las condujeron, cercados de amistosa escolta, al templo del Señor. A la vuelta, hicieron alto en una fotografía. Deseaban consumir su dicha compartiéndola con los padres y amigos ausen-

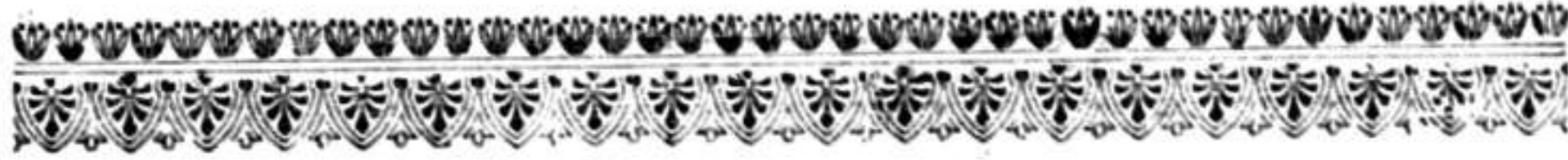
MARCELA

tes. El fotógrafo olfateó la ganga: clientes cual aquéllos necesitaban, para cumplir con los suyos, infinidad de retratos. Mezclando burlas con veras, los novios y los acompañantes solicitaron esmero y obtuvieron palabra de conseguirlo. Les sacaría dos grupos idénticos y a la moderna: ellos, apoyado el brazo izquierdo en el alto respaldo de un sillón; ellas, bastante más pequeñas que sus esposos, descansarían la mano siniestra sobre los hombros de sus respectivos maridos, y todos mirarían al retratista procurando sonreír. Descuidábamos cierto detalle diferencial: Marcela ostentaba en la mano derecha un abanico y Margarita un pañuelo, plegado éste en triangular forma y cogido del extremo. Merecieron las fotografías los honores de la vitrina del establecimiento y los retratados se hicieron lenguas de la habilidad del italiano.

Las bodas fueron magníficas, de mucho aparato. ¡Qué comidas, qué libaciones, qué partidos de barra y pelota! ¡Cómo y cuánto bailaron a uso del valle! Por último terminó el festín, se retiraron los invitados, corrió la fama de la fiesta por el campo y Montevideo. Los desposados se encerraron en casa, criaron hijos, y aumentaron el capital. Marcela dirigió celosamente la fonda de su esposo, pero no olvidó la lectura, ni perdió su natural distinción y

gusto por lo grande y lo hermoso. Trataba a sus parroquianos con amabilidad, aunque los tenía a cierta distancia, como si fuera de mayor categoría. Ellos, gente sencilla y ruda, que la veían leer el periódico en el despacho, pensaban que aquella mujer menudita, linda cual una virgen, brillaba con el encanto de lo bello, de lo casto, y de lo superior. Para su esposo, a quien cada vez amaba más, fué siempre fiel, devota y cariñosa.





III



Los negocios de ambos cónyuges prosperaban grandemente. Dios bendijo el matrimonio, además, con rica prole. Los chicos eran muchos, sanos, y fuertes. Bien nutridos de la cuna, creciendo al aire libre y en la abundancia, daban sus naturalezas esperanzas risueñas.

Marcela, sumisa esposa, fué también madre modelo. Colmó a sus hijos de acendrado cariño. A uno de ellos quiso de modo particular, al mayor, a Roberto. Traía el muchacho aplomo extraordinario, especial facultad de palabra, y gran gusto de boato. El amor de Marcela a este mozo, rayaba en locura. Cuando discurría por el porvenir de sus niños, seguía con embriagadora emoción la ruta gloriosa de su primogénito.

Desde muy temprano se acordaron los dos esposos en un punto capital: los muchachos habían de recibir la riqueza que les faltó a sus padres, una buena educación. Hasta abrigaban un soberbio deseo, es decir que aprendiesen el francés y la teneduría de libros, cosas cuyo desconocimiento les había costado muy dolorosas amarguras. Con la mira de instruir y educar a sus hijos, los mandaron al colegio de Casatorre, adonde ibán sus primos, los hijos de Margarita.

¿Quién es el ciudadano que no se acuerda de Casatorre y Alvarado? Este caballero, dotado de brillante cultura, por calaveradas juveniles, rompió con los suyos, y vino a nuestra capital, donde fundó el después famoso Instituto de Bellas Letras, y donde miró con ojos distraídos a sus discípulos, cultivó con algún amor las bellas letras, y lloró muchas veces el alejamiento de su patria. En atención al linaje y oriundez del señor de Casatorre y Alvarado, corrióse en otro tiempo la voz de que era el titular del ducado de la Real Despensa y del marquesado de la Bella Siesta; pero tengo de los propios labios del señor Melchor Buruchuri que cierto caballero, seguramente de muy peculiar idiosincrasia, advirtiéndole que el señor Director descansaba en su habitación durante las ardorosas tardes de primavera, y que guardaba debajo de la cama cajones de habichuelas o gar-

MARCELA

banzos, había dado en mover la bola de los títulos, y el bromista caballero no creo sea otro que el señor Gamarra y Gamazo, catedrático de Ética e Instrucción cívica.

El cambio de ambiente y de rango parecía dar a estas familias ambición intelectual y despertar las fuerzas de su entendimiento. Los chicos tragaban con deleite las asignaturas oficiales y con desagrado el mediano almuerzo del Instituto. El señor Casatorre, que confiaba la parte culinaria al señor Intendente, inadvertía esta deficiencia; pero, atento al porvenir social del país, no descuidaba en saborear aquel apetito científico y en elogiarlo a los padres con retóricos y bien medidos períodos.

Marcela tenía para él señor Casatorre una admiración sin límites. Le gustaba aquel hombre tan pulcro, tan elegante, tan majestuoso. Principalmente la seducía su elocuencia sonora, su retumbante voz. Por este culto y por el amor de sus hijos, asistía siempre a la fiesta anual con que solemnizaba el Instituto la terminación de los estudios. Acompañada de Margarita y de sus respectivos consortes, refunfuñando éstos por perder la dominical partida de billar, muy de nuevo y muy cuidadosamente puestos todos, entraban en la escuela y ocupaban sillas en el salón, adornado de banderas y gallardetes, escudos y trofeos, guirnaldas y efi-

gies de prohombres. Allá en la cabecera sobresalía el estrado de los señores profesores.

A la hora exacta, por una puerta lateral, aparecía en el paraninfo el señor Casatorre, y se encaminaba al cadalso, a cuyas gradas subía sosegada y gravemente. Estaba el señor Director magnífico: levita impecable, monoclo de cadquilla de oro, rizados bigotes de guías bien levantadas, cabellera negra y muy ungida de cosmético. Con atildados y reposados movimientos, con gesto tan distinguido como mesurado, con aquella su voz grave, recia y solemne, deploraba, en bien hilvanadas sentencias, el mundial decaimiento de la época, al paso que ensalzaba las brillantes dotes de los alumnos del Instituto. Marcela escuchaba suspendida. ¡Qué cabeza la de aquel hombre! ¡Nadie creería lo que sacaba de ella y lo bien que decía! ¡Hablabá como un libro!

Acabados los aplausos, cogía el Director las listas, llamaba a los premiados, les distribuía las recompensas. Los niños, premio en mano, lo llevaban a sus padres. En cierta ocasión tuvo Marcela un placer suplementario, cuando oyó la melodiosa voz del Director declarar:

—«En el ágape intelectual con que cerramos el presente ciclo estudiantil, particularmente alentador por las altas metas alcanzadas, cúmpenos conceder el preciado galardón de apli-

MARCELA

cación literaria a dos jóvenes distinguidos, a dos jóvenes privilegiados, a dos jóvenes que, a pesar de su temprana edad, a pesar de los deplorables tiempos en que vivimos, tiempos en que la razón descuida de la fe y la fe da sobre la razón, honran ya, ora por las naturales partes, ora por nuestra modesta enseñanza, a sus familias, a la República, a este humilde Instituto; por cuyo motivo y ocasión, sin culpable reserva ni indebidas contemplaciones, doy parabienes a todos: parabién a vosotros, señores padres de familia, por vuestros hijos; parabién a vosotros, señores catedráticos, por vuestros educandos; parabién a vos, nuestro reverendísimo párroco, por los señores feligreses; parabién a la excelencia del Presidente por las halagüeñas esperanzas nacionales; y, finalmente, parabién a nuestro modesto cenáculo educacional por el soberbio resultado obtenido: y ahora vosotros, don Roberto Zarbarán y Gaztambide y don Rodrigo Rodríguez y Malatesta, adelantaos, os lo suplico, a recoger la prenda de vuestros celosos afanes, la prenda de vuestros incansables desvelos; adelantaos, digo, altas las frentes, regocijados los pechos, para estímulo de vuestros camaradas, para satisfacción de vuestros padres, y para recreo y orgullo de vuestros profesores, y de vuestro oscuro pero satisfecho director.»

Los aludidos, cumplida la voluntad directiva, fueron con las medallas a sus padres. Marcela sintió la mayor alegría de su vida, estrechó contra su pecho al niño, y puso el galardón en un marco dorado. José y Margarita cosecharon también algún placer: el alumno don Melchor Burchuri y Zurbarán, entre la burlona risa de sus compañeros, les trajo un diploma de caligrafía. Don José, exaltándose de gozo, le abrazó con ternura. Cabalmente la hermosa letra era su arte predilecto: ¡buenas vigiliass le había costado la propia caligrafía, hija de aquellos constantes ejercicios en el mostrador, después de cerrar la tienda, allá cuando llegara a la República!

Con los años, el negocio, y la lectura, habían las facultades de Marcela florecido cual las patrias selvas con el sol y las lluvias primaverales. Su fino intelecto, vigorizado por la abundancia y el trato de gentes, leía actualmente a cierra ojos la clave de la sociedad. Descaba, sin duda, hijos ricos; pero, como la riqueza estaba también al alcance del afortunado, quería obtenerla unida a la distinción social e intelectual. Entre los clientes le servía de modelo para sus planes aquel doctor Hernández, quizá poco adinerado; pero tan caballero, tan querido, buscado, y festejado, de quien decían que le bastaba abrir la boca para conseguir del Pre-

MARCELA

sidente cuanto soñase, aunque soñara con un ministerio.

Por estas razones, cuando, cierta tarde, en la Dirección del Instituto, tan rica de preciosos volúmenes y bonitas estampas, el señor de Casatorre y Alvarado, no menos solemne que en los días oratorios, le hizo la eterna pregunta sobre el camino que Roberto había de seguir, si el del comercio, si el de alguna carrera, doña Marcela, con el tono mejor que supo emplear y esmerándose en la construcción, le respondió:

—«Si el señor Director no dispone otra cosa, desearía que fuese doctor en leyes.»

Lejos de oponerse el señor de Casatorre, halló en la elección sano discernimiento, porque creía en la resurrección de la raza por el estudio, ¡él, a quien el ejercicio de la inteligencia no diera otra cosa que disgustos!

—«Señora, replicó con dignidad y elocuencia, no cabe mayor acierto. El señor Zurbarán y Gaztambide posee excelentes condiciones, cual lo atestiguan los altos diplomas alcanzados en las lides escolares. Respecto de la abogacía puede conducir esta disciplina a la oratoria, al magisterio, al Parlamento. Un eximio prócer de este dadivoso país ha declarado con entereza: 'La República necesita agricultores y abogados, maestros y abogados, médicos y abogados'.»

Doña Margarita prefirió consultar el punto

a sus propios hijos y un buen día les largó la siguiente en vasco:

— «¿Qué pensáis ser?»

Los muchachos computaron los años del uno y del otro estudio y sin vacilación escogieron la carrera del comercio.

Desde entonces, en la imaginación de Marcela descollaba, sobre la imagen de sus otros hijos y sobre la de sus sobrinos, todos al parecer futuros comerciantes, la simpática figura de su doctorcito. Ninguno de sus muchachos le dió tan fuertes alegrías. Puntual como un inglés, acudía el muchacho a sus obligaciones, siempre afanoso, aplicado, repleto de confianza y amabilidad. Tenía para su madre ternuras delicadas y saciaba o colmaba con sus actos la sed de gloria que a ella consumía. Del colegio no llegaban sino gratas confirmaciones: el mocito mostraba inteligencia, loco amor al estudio y costumbres ejemplares. En las distribuciones honoríficas, colocábase ahora sobre la tarima directoral, detrás del señor de Casatorre, y últimamente pronunció un corto discurso. Su madre, toda conmovida, lo juzgó sublime.

A menudo le repetían:

— «Doña Marcela, su hijo es un caballero.»

Ella escuchaba tales elogios con dulce satisfacción y plena seguridad. Mas quien le dió el mayor contento en aquella época fué induda-

MARCELA

blemente Hernández. Hallábase una tarde la buena señora, como de costumbre, en la Caja de la fonda, desde donde vigilaba a los clientes, leía los colidianos, y meditaba sobre la grandeza de su hijo, cuando, rodeado de amigos, se le acercó este caballero y le dijo:

—¿Dónde está Roberto? Quisiera reanudar la conversación que con él ayer entablé. Tiene elevadas intenciones. Doña Marcela, su hijo vale lo que pesa. Muchachos así necesitamos.

—¿De veras, doctor?

—Palabra por palabra, doña Marcela.»

No carecía de tormentos la bondadosa madre. Sus sobrinos, los hijos de Margarita, terminados los estudios, trabajaban actualmente, el mayor en una casa introductora, el menor en un banco, y ambos, para su edad y clase, ganaban bastante dinero. Consolábase Marcela no poco discurrendo que si ellos traían cuartos a casa, también su Pablo, empleado de registro, le entregaba todos los meses unos cuantos pesos; por otra parte Roberto, si no aportaba ganancias, en cambio llenaba el hogar de diplomas.

¡Ahora sí que parecía un hombrecito! Era ya todo un bachiller. Aunque no ostentaba la hermosa talla de su hermano, mal se le podía llamar pequeño, y, además de ser bien parecido, manifestaba tal gallardía y desparpajo y

usaba tan graciosa lengua, que por nacer estaba quien con ello no se recrease. Pablo, buenazo, solía llamarle «Pico», otros le conocían por «Piquito de Oro», y todos, así los de casa cual los extraños, le cobraban cariño, porque este muchacho, noble, bien humorado, y bastante divertido, hacía el ambiente agradable, y con su presencia alegraba los corazones y ponía a todos a sus anchas.

Su madre, con sumo contento, le veía crecer. Llena de gozo, reparaba en su hijo la propia gula de lo grande. El mozo, cumplidos los veinte abriles, sueltamente trepaba ya por los escalones de la gloria: ahora concurría en la Facultad de Derecho. No le era menester más recibir las orientaciones maternas y, en concepto de su progenitora, ni de ninguna otra persona. Más modesto, penetrante, y agradecido el joven, consultaba sus trascendentales decisiones con el señor Casatorre, con el Director del Nacional, y con los profesores de la Facultad. Estos tan útiles como heroicos ciudadanos, caminando siempre a la grandeza de la patria, procuraban llevar a la madurez perfecta aquel cerebro que tantas promesas daba y lo cultivaban con el cuidado y desvelo con que riega el jardinero la flor rara y linda trasplantada de lejanas tierras a nuestro privilegiado suelo. En la Facultad andaba el estudiante como por su casa.

MARCELA

Dentro y fuera de la Universidad conocía a un sinnúmero de caballeros y de mozalbetes. ¡Con qué júbilo le observaba su madre cuando volvía al Hotel, cargado de libros, periódicos y papeles, en compañía de varios camaradas, perorando, gesticulando, trazando fantásticos planes! ¡Y con qué estremecimiento de gozo recibía en la mejilla, allí delante de todos, el ósculo vespertino, diario obsequio que le traía de sus legislativas tareas! Monsiur Mercier, el director de la famosa Escuela mercantil, que se entendía muy mucho en esto de garzones, solía decir admirado a Bernardo, mientras, viendo llegar al muchacho, interrumpía la partida de billar:

— ¡Señor Zurbarán, será mozo de provecho!

Y el mozuelo, para no dejarle en elogiador, se ponía ipso facto a jugarle una partida, y le hacía, para ganarle, sudar la gota gorda.

Dada la pícara naturaleza del orbe, mal podía seguir brillando el mudable astro de la felicidad. En aquel entonces las relaciones con Chile amenazaban destruir dos bellos países, enemistar profundamente dos naciones creadas para amarse. Con laudable previsión, los gobiernos chileno y argentino decidieron preparar militarmente cada uno su respectiva juventud nacional. Llamó la Casa Rosada a la clase de Ro-

berto. El doctor Hernández cierto día entró en el Hotel con un diario en la mano:

— «Señora, sería novedad. El gobierno resuelve adiestrar a los ciudadanos. La clase de Roberto debe ser instruída. No se alarme, doña Marcela. En ambas Repúblicas hay altos patriotas y altos americanos que sabrán impedir el conflicto, tan bárbaro como fratricida.»

Dicho esto, el ilustre doctor ocupó su asiento habitual, donde no tardó en servirle un camarero el ordinario aperitivo, que no era otra cosa que un compuesto insecticida y microbicida. Mientras lo saboreaba y se engolfaba en la lectura de su periódico favorito, Marcela trajo a la memoria la imagen de su madre. ¡Cuántas lúgubres historias le había contado de la invasión de Napoleón, de la primera guerra carlista! Ella misma contemplaba ahora, tal como antes las había presenciado, aquellas terribles escenas de la segunda guerra carlista, cuando don Carlos y los suyos, de retirada para Francia, pasaron por los preciosos pueblecillos de los Pirineos. La madre se estremeció de horror. Mas sin gran tardanza la dignidad humana apagó el repulsivo sentimiento y con gran entereza acudió al peligro. Completó el valor de la señora Roberto en persona. A la vuelta de la Facultad, acompañado de un grupo de caballeros, más enardecidos que de costumbre, le

MARCELA

dijo con la aprobación y entusiasmo de los otros estudiantes:

—«Vieja, la bandera me llama.»

Doña Marcela le abrazó orgullosamente. Ahora la guerra le importaba un bledo.

Monsieur Mercier trajo, cuando vino a consumir su aperitivo, y a hacer carambolas, único solaz que se permitía para descansar de sus tareas educativas, palabras y novedades alentadoras

—«No hay que tomar las cosas trágicamente, manifestó a doña Marcela. El joven sabe gobernarse, el servicio sólo dura meses y con las tropas va también Chorrillos.»

La madre reventó de alegría. El comandante Chorrillos, aquel hombre tan caballero que jugaba continuamente con su esposo, iba destinado al mismo punto. Miró al reloj de la sala, vió la hora y pensó: «Ya pronto llegará.»

En efecto, no trascurrió mucho tiempo, sin que entrara el bizarro teniente coronel. Pasó zumbando por el mostrador, en tanto que voceaba a doña Marcela:

—«*Équin on, neskateca polila.*»

Se dirigió a los billares, saludó a sus amigos, agarró un taco, y pidió un «refresco doctoral», o, como dijo el otro, «el aperitivo del doctor Hernández.» Luego, tranquilamente, se dispuso a jugar el célebre partido, de resultado tan dudo-

so, que con monsiur Mercier reñían de ordinario contra los dos vascos *zaharra*, que decía el señor comandante, quien por tener una talarabuela vasca se preciaba de conocer este antiguo idioma.

Bernardo y José jugaban preocupados. De pronto, Bernardo, mientras Chorrillos, sin acordarse ni pizca de la guerra, hacía concienzudamente una bolada, osó hablar del llamado del gobierno. Su amigo, que con una pifia cortó la serie de carambolas, echó una criolla y estas voces:

—«No me hables, viejo, al juego.»

Volviendo sin demora al caso, Chorrillos, tieso, bien cuadrado, la mano derecha en la costura del pantalón, la izquierda en el taco a sesenta centímetros del cuerpo, agregó:

—«Te juro por mi honor de militar y de caballero que el muchacho estará en el Ejército mejor que en el Edén.»

Bernardo fijó la vista en su esposa para con los ojos preguntarle cómo se estaría en este sitio, y ambos cónyuges, conjeturando algo pasadero, quedaron tranquilos, porque Chorrillos, aunque bromista, era hombre de mucho respeto.

Muy provisto de nacionales, con la cabeza bien alta, y tiernamente despedido, partió nuestro ciudadano tierra adentro como conscripto estudiante. Su madre le siguió los pasos por

MARCELA

los periódicos. Esperó nuevas directas un día, y otro día, hasta que cierta mañana llegó la primera carta. Los dos vascos, en la Caja del Hotel, llenos de amor y zozobra, rasgaron el sobre y leyeron la dulce misiva. En esta primera, cual en las posteriores, pintaba el muchacho aquello con graciosos tintes: no le iba tan mal como en casa sospechaban y citaba por remate a un filósofo griego para decir que había en todas partes de la tierra días de sol y días nublados. Chorrillos, con sus noticias, completó la satisfacción: el muchacho cumplía con su deber, prestaba servicio en el Estado Mayor del general, y todos, superiores y subalternos, veteranos y conscriptos, le estimaban en más que lo corriente.

El hijo soldado mandaba frecuentes visitas desde el campamento. No venía en comisión a la capital un amigo o conocido suyo, sin que le rogara visitase a los viejos. Cierta tarde entró al Hotel un militar, y, a paso redoblado, avanzó hasta el mostrador y dijo:

— «¿Don Bernardo Zurbarán o señora?»

Los aludidos, presintiendo nuevas del ausente, se acercaron al oficial.

— «Soy el capitán Meléndez, manifestó el recién venido. Traigo para ustedes de parte del conscripto Zurbarán este paquete.»

Al propio tiempo, entregó a doña Marcela un envoltorio.

Mientras don Bernardo conducía al capitán Meléndez a una mesa y le obsequiaba con aperitivos y él bebía otros tantos, su esposa abrió el bulto y hallaba recuerdos de aquellas comarcas, una carta, y un retrato. Miró la fotografía. Era de un oficial, de un subteniente. ¡Aquella cara...!

—« ¡Roberto, Roberto! », exclamó llorando la tierna madre.

Leyó lo escrito: disfrutaba de excelente salud, mandaba cariño, ánimo, y doscientos pesos ganados en sus ratos de ocio; pedía ropas, chorizo de casa, papel de escribir cartas, y encarecía tratasen al capitán Meléndez como si fuera de la familia.

Muy turbada y muy curiosa, se acercó la señora a los dos hombres. El capitán comprendió los deseos de la madre y, hombre noble y generoso, refirió hazañas de su amigo sin cansarse. Después de cenar los tres juntos, salió el oficial a incorporarse a su regimiento con un gran lío de efectos para su amigo, el cual llevó Bernardo a la estación, una caja de puros para su consumo particular, y contentísimo de haber conocido a los padres del oficial Zurbarán.

MÁRCELA

—«Decididamente, pensaba en el tren, esta familia es puro corazón.»

A pesar de tan halagüeñas novedades, pasaba doña Marcela las de Caín. Como persistiese en ella la manía de la lectura, como no se saciase de oír de su primogénito, leía sin cesar los periódicos de la mañana y de la tarde. En el fondo de su alma, deseaba que volviese pronto. ¿Qué hacía allí, puesto que no había guerra, sino retardar la fecha de su doctorado? Por fin leyó que los iban a licenciar, anotó el día del fausto suceso, y finalmente el contento renació en aquel hogar: el querido subteniente tornó a los paternos lares. La primera cosa que hizo fué jugar una partida de billar con monsiur Mercier. Trajo el aplauso de todos y la consideración de su Jefe, el general XXX, quien en tanto le consideraba, que se presentó en el Gran Hotel de Bayona, y, no bien estuvo frente a frente de los padres del oficial, enalteció las virtudes militares y cívicas del soldado ciudadano. A doña Marcela se le caía la baba de gozo. Don Bernardo, empujando maquinalmente la boina hacia la nuca, se rascó la cabeza con la mano derecha y finalmente invitó al famoso general con un fernet legítimo, de toda confianza.



IV



ENTRE tanto, en la inmensa y fértil tierra argentina, algunas semillas, lanzadas por cerebros prodigiosos y patriotas, florecían que era una hermosura. Las carretas cedieron por completo su función a los trenes y el mercado abierto y primitivo al cerrado y moderno, el cual hubo de desaparecer vencido por el *Central de Barracas*. Estos tres mercados, tan recientes, que hombres jóvenes aún los han conocido, revelan el maravilloso empuje de una nación entusiasta, poderosa, activa, de rico presente y de colosal futuro.

La plaza Constitución, preciosa terraza al Sud, se transformó en sitio de recreo: céspedes y árboles, plantas y flores, coches y bancos, le dieron cara graciosa y aspecto urbano

MARCELA

y civilizado. Consumó la transformación el levantamiento de una gruta monumental. ¿Quién no acuerda haberla visitado de niño con sus padres? ¡Lo que no nos parecía entonces la gruta! ¡No había, a nuestra cuenta, joya semejante en ningún rincón del orbe!

Este adelanto nacional trajo funestas consecuencias para Marcela. Los clientes disminuyeron día por día. Con el nuevo orden de cosas variaban los negocios, especializábanse los comerciantes. Ya no venía tanta gente de la campaña a la Plaza Constitución y la que entraba prefería por lo general internarse en el Centro, donde se congregaba el mundo comercial, y donde había hoteles aparatosos, que los amedrentaron al principio y que concluyeron finalmente por seducirlos. En cambio los parroquianos de copa y billar crecieron con el ferrocarril. Las gentes que iban al campo iniciaban el viaje con una parada en los cafés cercanos a la estación del Sud, y con unos sorbos en algún establecimiento de la Plaza Constitución.

Semejante mudanza coincidía con el desarrollo de cierta idea en el ánimo de Marcela y Bernardo. Como buenos vascos, rendían culto al hogar, y el hogar en una fonda dejaba muchas puertas abiertas. Antes, cuando no tenían niños o los tenían pequeños, cuando casi todos los clientes eran compatriotas, la promiscuidad no

ofrecía peligros. Pero ahora los tiempos habían cambiado. Contaban con mozas y mozos, y veían diariamente parroquianos desconocidos, que se presentaban sin que nadie supiese de dónde, y se marchaban sin declarar destino ni dejar señas. Ambos cónyuges resolvieron en consecuencia cerrar el Hotel, guardar el café, y tomar una casita para asiento de la familia. Así se fundó el «Gran Café Internacional de Bayona».

Marcela, tan desconsolada del cambio, sufrió con su realización. Las primeras semanas estuvo muy triste y aburrida. Echaba menos el trajín y el bullicio del establecimiento. Ahora, metida en casa, no sabía qué hacer, no veía a los amigos, ni siquiera a toda la familia. Su esposo no se acercaba sino para comer; los chicos, rato libre que tenían lo pasaban en el Café jugando al billar, o mirando jugar a los viejos, o conversando con los antiguos amigos.

Poco a poco Marcela se hizo a la mudanza. En esta sazón gozó de tranquilidad por primera vez en su vida. El despacho producía bastante. Bernardo, sin fatigarse tanto como antes, ganaba lo necesario. Una de sus hijas acababa de contraer feliz matrimonio. Roberto progresaba, percibía no lejos la deseada meta. El servicio militar había acrecentado las relaciones, el influjo y la inteligencia del muchacho.

MARCELA

De la provincia trajo nuevas vistas, frescos horizontes, y apego extraordinario a la guitarra. Cuando venía a casa y descansaba, cogía el popular instrumento, y tocaba milongas y tocaba vidalitas hasta lastimarse los dedos. Su madre, enternecida, le escuchaba y sus hermanos se contaminaron de la afición.

Ya estaba el doctorcito en cuarto año de la Facultad. Los peligros intelectuales le acechaban. La Poesía, con sus irresistibles galas, se le atravesó nuevamente por el camino; pero ahora no era el párvulo, sino el adolescente. Al verla, al sentirla, su cuerpo se estremeció de arriba abajo y, aturrullado el mancebo, brotaron los primeros cantos. Pronto, en la ida de la Facultad o en la vuelta de la misma, entre trozo y trozo de derecho, ideaba o componía, enmendaba o acababa, madrigales, elegías, sonetos. Dentro de sus libros, en sus bolsillos, sobre la cama, encima de las sillas o sillones del comedor o de la sala, había papeles escritos de su mano con valiosas partículas de inteligencia y corazón.

No dudaron las revistas locales en llenarse con las endechas del nuevo trovador, tan prolífico cual el famoso Lope de Vega. ¡Cómo bendecía doña Marcela su propia buena suerte que la hiciera aprender a leer! Con intensísima emoción, recorría los versos de su hijo. A tiempos

voces para ella incomprensibles la desorientaban un poco, bien que el enigma le daba sensaciones tan profundas como misteriosas. En la lectura, aspiraba con delicia el corazón varonil y caluroso del ardiente doncel: era un hombre, un brioso macho, digno de la ternura femenina, pensaba. La materialidad de la impresión colmó el maternal delirio: había originales y pruebas desparramadas por toda la casa. A menudo llegaban al hogar los ensueños de la Redacción.

Las musas jugaron a la devota madre una doble partida serrana. Cierta año sacó el muchacho mala nota en derecho mercantil. Cuando ella le reprochó tal incidencia, recibió la siguiente contestación:

—«No te apures, mamá. Todo se reduce a que este verano estudie esas macanas, en lugar de concluir mi Argentiniada. Lo siento porque necesitamos un poema épico.»

Además los pujantes bardos que acompañaban a su hijo, fuera de ignorar el camino de la peluquería, no andaban muy paquetes, que digamos; lo cual alarmó no poco a la buena señora. En vano a ésta le afirmaba su primogénito, con el apoyo de citas incontrovertibles, que la negligencia en la vestimenta y la altura poética solían de siglos atrás combinarse entre sí a las mil maravillas. Ni por ésas rindió doña

MARCELA

Marcela el corazón a las manchas, al desaliño en las guedejas, y, sobre todo, a los harapos. Tenía horror de los malvestidos, por poetas que fueran; y, así, estimaba mucho más a los compañeros de su hijo simples estudiantes o militares, quienes, a pesar de poseer también intelecto, se cubrían con decoro. Mas Roberto no cejó. Clasiificaba a sus camaradas por las rimas y no por los trajes, criterio según el cual tomaba la clasificación muy diferente cariz.

Por esta época la desgracia asentó en el hogar de Marcela. Los negocios dieron en descarrilar y la salud de Bernardo en resentirse. Un extranjero, hombre adinerado, abrió, más cerca que ellos de la estación, un café lujoso y bien provisto. Les recogió el nuevo despacho toda la clientela de paso. Sólo la parroquia conocida pasaba por aquellas vidrieras deslumbradoras y se detenía en el antiguo lugar de descanso, recreo, y amistad.

Sin embargo lo que principalmente inquietaba a la familia era otra cosa, la enfermedad del amo de la casa. ¿Qué tenía el viejo en la laringe? Bernardo comenzó a preocuparse. Una noche, cuando el doctor Centeno, que había curado a toda la familia, vino al café a tomar el aperitivo, el dueño le llamó aparte, y le rogó le examinase la garganta.

—« ¡Qué vas a tener, vasco, qué vas a te-

ner! Habrás comido demasiado picante. ¡A ver!....»

Centeno miró la boca del paciente, la remiró con cuidado, puso mal gesto, y vaciló un instante. Bernardo, que era todo un hombre, comprendió y le dijo:

—«No digas nada a mi mujer. Prefiero saber yo antes toda la verdad.»

El médico, algo triste, le complació: tenía un cáncer. Poco a poco fué desmereciendo el enfermo, y al fin cayó para siempre aquel hombre que parecía un roble, cogido de la garganta por la muerte.





V



MARCELA quedó abrumada de dolor. Con los años, la intimidad, y las luces, había juzgado mejor lo que valía su esposo. Ahora tenía su amor mucho de admiración, mucho de compañerismo, mucho de gratitud. Sin fuerzas para ocuparse en negocios, encomendó a su primogénito la dirección de la casa. Lleno el joven de imperturbable seguridad, sentóse solo cierta noche en la Caja del Hotel. Mientras sacaba balance, enterábase de los contratiempos paternales, y, al imaginarse los disgustos de su padre, se le partía el alma:

--« ¡Pobre viejo!, murmuraba de tiempo en tiempo, interrumpiendo la enfadosa y triste tarea. »

Halló el negocio sin clientes, sin mercaderías,

y con algunas deudas. En cambio les dejaba el finado parientes y amigos tan rectos y sinceros como ricos y encariñados. De su parte abundaba el mozo en carácter, serenidad y relaciones. Comprendió sin tardanza que su padre tenía razón: aquella mina estaba, cierto, agotada. Había que abandonarla y buscar otra. Entregó a los acreedores lo poco que restaba, pagó con dinero prestado el saldo, y comenzó a meditar en hacerse del necesario peculio para vivir y para liquidar el préstamo.

Roberto, tan desinteresado de suyo, tuvo desde entonces sed de riqueza. Haría por conseguirla cualquier honesto sacrificio. Su hermano Pablo aportaba bastante moneda; pero no la suficiente. Él debía completarla, él no quería ser menos.

Dos amigos de su padre, Mercier y Chorriillos, le ayudaron en sus designios: el primero le dió una plaza retribuída en la «Escuela mercantil»; el segundo le abrió las puertas del estudio del doctor Gutiérrez; y ambos le aconsejaron no abandonar la carrera, porque la abogacía iba a producir, andando el tiempo, más que los capones.

Con estos suplementos y la mensualidad de Pablo, pudo doña Marcela continuar en su casita, sin necesidad de humillarse y sin la pena de ver trabajar a sus hijas, pues, aunque pa-

MARCELA

rezca extraño, muchas personas que como ella han trabajado desde niñas tienen a rebaja que sus chicas hagan lo propio.

Marcela veía a su predilecto afanarse en sus deberes por la mañana, por la tarde, y por la noche. Notaba el secreto fuego, el delicado pun-donor que le incitaba al trabajo, y cuanto más el hijo laboraba tanto más ella le quería. Ya no galanteaba el mozo a las niñas. Ahora aten-día a sus empleos, estudiaba con ardor, con fu-ria, con locura. Su estancia en el bufete de Gutiérrez le había comprobado las afirmacio-nes de Chorrillos y Mercier: la abogacía da-ba considerable hacienda. Ella le daría la que precisaba para borrar aquel escozor de la deuda.

—« ¡Mancha, mancha... no es! pensaba. Pe-ro la siento en el alma como si lo fuese de fuego. Debo terminar con ella, borrarla... borrarla pa-ra siempre.»

Trabajaba, trabajaba sin cesar. Ya no hu-bieron malas notas sino cursos adelantados. Lle-gó el verano, los exámenes, el doctorado. En el modesto hogar, reapareció la alegría. Cuan-do Marcela leyó en el periódico, entre los nom-bres de los nuevos abogados, el de «Roberto Zurbarán», sintió un gozo desbordante. De re-pente se puso triste, y cayósele el diario de la mano: pensaba en Bernardo. ¡Qué lástima que

no estuviera! ¡Eran tan felices ahora en aquella casita! Así la vió Roberto al entrar en el cuarto.

—«¿Qué te pasa, vieja? ¿La deuda? No tengas miedo. Pronto la pagaré. El gran combate ha sido vencido!

—No, no es eso. Me acuerdo del viejo.

—¡Ah, sí, tienes razón, nos falta hoy aquí!»

¿Había el doctor Gutiérrez descubierto la pena que roía al mozo? ¿Le había Chorrillos dicho algo con doble y generosa intención? ¿Recelaba el abogado perderse la colaboración de aquel principiante tan activo como bien dotado, tan pobre como digno? Nada sabríamos declarar. Vanamente se lo hemos preguntado a Chorrillos, vanamente hemos interrogado a la familia de Gutiérrez, vanamente lo hemos indagado de Pablo Zurbarán. Nadie sabe o quiere decir la verdad; pero o poco podrán mis afanes, o no pasarán años sin que lo diga a mis amables lectores, porque conozco quien lo sabe y donde se halla.

Como quiera que sea, el doctor Gutiérrez tomó por entonces una resolución inesperada. Diciéndose anciano y sin herederos, cosas que confirmo; y achacoso y aburrido del trabajo, afirmaciones que niego, anunció que iba a ceder su bufete a los jóvenes.

—La República, acostumbraba repetir el

doctor, necesita nuevos hombres y diferentes rumbos.»

En su día fió el pecho al doctor Zurbarán. Entendía dejar el estudio a su sobrino, el doctor Quinteros, y a él, el doctor Zurbarán.

— Quinteros, dijo Gutiérrez a Roberto, conoce poco la vida práctica del Derecho. Está en el caso que usted cuando vino por primera vez a casa, con la ventaja de algunos meses más de teoría y el agravante de ser demasiado rico. Espero que hallará en usted un hermano y un compatriota.

— Descuide, doctor, no soy ingrato ni apóstata.»

Gutiérrez, a fin de asesorar a sus sucesores, concurrió al estudio todavía algún tiempo; mas pronto cayó en la cuenta de que podían muy bien desenredarse solos. Zurbarán hacía ya meses que tramitaba los negocios, y Quinteros venía de la facultad con muchos bríos, gran acopio de doctrina, y un patriotismo fogoso y elevado.

Así, pues, cierta tarde, llegado el momento de cerrar el estudio, Gutiérrez, no sin alguna emoción, llamó a sus colaboradores y les dijo con virilidad:

— «Adiós, caballeros y amigos. El escudo que veis en aquella pared debe ser vuestro guía. Os enseñará que primero que porteños sois ar-

gentinos. Aquel retrato del otro muro simboliza el encumbramiento nacional. Representa al ilustre ciudadano a quien debe nuestra patria mucho de su maravilloso y feliz desarrollo. La devoción al escudo y el homenaje al patriota han sido el secreto de mi felicidad. Sin el culto que les guardaba, pude haber sido más rico; pero nunca hubiera sido tan digno de mí mismo y de llamarme argentino.»

Gutiérrez abrazó a sus amigos y se retiró triste de aquel lugar donde tanto trabajo, tan silencioso como escondido; tantas virtudes, tan modestas como prolíficas, había desplegado por su patria y por la sociedad.

Tuvieron los jóvenes doctores merecida suerte. Los clientes ya conocían y apreciaban a Zurbarán. Quinteros se captó prestamente la simpatía de todo el mundo. No tenía sino una falla para el negocio, una de esas fallas, que, a inficionar a nuestra juventud desahogada, nos dará la consistencia espiritual precisa: premeditaba escribir un serio tratado de derecho constitucional.

Roberto, caballero en su empeño, no lo perdía de vista. Guardaba, sin embargo, su antiguo flaco por las empresas puramente espirituales y aplaudía y respetaba las altas miras de su compatriota, a quien, en cierta ocasión, estimuló del modo siguiente:

MARCELA

—«Te doy sin reserva la razón, Quinteros. Tu ideal es noble, merecedor de mi modesto aplauso. Si yo fuera rico como tú, haría lo propio en otra especialidad. A causa del estudio, no te sacrifiques. Yo lo atenderé por la cuenta que me trae. Te aseguro que por motivo de diligencia ni tú ni Gutiérrez tendréis que arrepentiros de la confianza que en mí depositéis.»

La clientela bendecía aquella sociedad patriótico-mercantil. Los pleitos, las testamentarias, las querellas, continuaron dando que hacer al bufete del doctor Gutiérrez. Zurbarán sacaba rentas importantísimas. Cierta noche, al entrar en casa y besar a su madre, se quedó en pie cerca de ella y, con solemnidad digna de Casatorre, le habló así:

—«Mírame, vieja. Ya está. Ya no debemos nada a nadie, excepto a Dios.»

Doña Marcela, a quien se le saltaron las lágrimas, abrazó con orgullo al pundonoroso hijo y descargó de su alma un fuerte peso. Ambos platicaron de la nobleza y rectitud del finado.

La feliz anciana tornó a ver años de abundancia. Su hijo Pablo, dueño ya de un comercio, prosperaba a vista de ojos. La República, sobre las velas de la buena fortuna, gozaba de inaudita holgura. Ríos de oro inundaban su prodigiosa metrópoli. El preciado metal infiltrábase en los hogares nacionales y, gracias a

la generosidad porteña, se convertía en belleza, anchura, boato: mansiones y palacios, iglesias y jardines, brotaban del suelo como levantados por la poderosa mano de Dios.

— «Nuestra capital, afirmaba con pasión Zurbarán, no tiene envidia a ninguna.»

En la familia de doña Marcela se notaba también la bendición que el Señor esparcía sobre la República. Como por mano de caprichosa hada, el viejo albergue se trocó rápidamente en suntuoso palacio. Conforme a los planes de Pablo y de acuerdo con el gusto de lo grandioso de Roberto, sobre la vieja planta, se alzó regio edificio a la moderna: dos pisos que remataban en terraza, puerta de señores y puerta de criados; primorosa reja en la espléndida entrada principal. Llenaban la parte baja las salas, los escritorios, los comedores, la despensa, la cocina; en la alta estaban los baños, los dormitorios, llenos de luz, bien ventilados, con vistas a la terraza y al cielo. Abajo, patios de alegres mosaicos; arriba, terrados; por todos sitios, plantas y pájaros: calandrias y cardenales, jilgueros y cabecitas negras. El mobiliario, tan magnífico como variado: cada habitación, un estilo, un capricho, un carácter. Las salas, cubiertas de soberbios tapices orientales, abundantes de objetos de arte, parecían museos. Las vitrinas, los muros, las estatuas, acusaban las ten-

dencias artísticas de la nueva generación. En la pared central del salón, sonreía, desde un marco costoso, la cara de Bernardo. Allí estaba aquel su rostro indulgente y varonil, allí miraban siempre al entrar los dueños de aquella real mansión.

Dos gustos antiguos conservaba la familia: el de las flores y el de los falderos. Los dos peruchos, bonitos y ágiles, mansos y atrevidos, andaban por todas partes, como dueños de la casa, tranquilos, seguros, domésticos. Plantas las había a cientos, por todos los rincones: en el vestíbulo y en las salas, en los comedores y en los patios; pero, sobre todo, en las terrazas, asiento del vivero. Poseían una variedad rica, extraordinaria. El comerciante y el abogado, cuando volvían a casa, hallaban en la azotea pasatiempo tan honesto como sano e intenso. No bien llegaban a ella, descubrían la inmensa Buenos Aires, cuyas cúpulas, linternas, y torres se alzaban al cielo, vestirse perezosamente del manto nocturno. ¡Qué espectáculo portentoso, en particular para ellos que conocían todos, todos sus sitios, grandes y chicos; para ellos que leían una historia en cada edificio, un sentimiento en cada cupulino! La grandiosidad de las fábricas daba orgullo al comerciante y la diversidad de los remates despertaba el entusiasmo del abogado:

—«Eso es nuestro, Pablo, americano, liberal de entrañas. Nuestros padres lo pusieron en la Constitución. Es nuestro mayor timbre de gloria, Pablo. Basta este detalle para que la posteridad nos contemple con simpatía.»

Luego regaban los tiestos, mudaban de lugar a las macetas, removían la tierra, seguían el desenvolvimiento de científicos injertos, de caprichosas combinaciones. De vez en cuando, atraídos por la mudanza del cielo, consideraban sus maravillosos paisajes, o los efectos del crepúsculo en la capital porteña. Entonces sus espíritus, cautivados por la naturaleza, gozaban los grandes placeres de la vida; y sus pechos, dilatados por la magnitud del sentimiento, entonaban callados y profundos himnos a la Patria, como aquellos homerós modestos, trabajadores y simpáticos, sobre las ramas de los parques citadinos, locos de gozo, rompían en cantos repletos de entusiasmo.

Estaba igualmente escrito que Roberto saciaría en su madre uno de los sentimientos humanos más profundos, tanto más imperioso y dominante cuanto menos claro y explicable: el de la sucesión de la especie. Dentro de la opulencia y el contento, abrigaba doña Marcela temores muy alarmantes. Observaba que con la abundancia nacían para los jóvenes peligros graves. A sus oídos llegó que mancebos, no

MARCELA

sólo conocidos sino hasta recomendables, se enzarzaban, por no caer en un lazo, en intrincada espesura, de difícil y, con frecuencia, funesta salida. Ningún motivo tenía Marcela de creer que sus hijos pudieran perderse en el terrible laberinto; pero, como el cariño maternal suele desvelarse fácilmente, tomó por hábito decir a los muchachos medio en broma, medio en serio:

—«¿Por qué no os casáis?

—¿Para qué?... ¡Somos así tan felices! Además no te hallarías sin nosotros.»

¿Deliberaba ocasionalmente Roberto sobre las palabras de su madre? ¿Advertía los peligros que acechaban a la juventud entre tanta seducción femenina? ¿O, lo que es más probable, cruzóse con la predestinada? Nuestra misión no es inclinarnos a una u otra conjetura, sino, en calidad de historiadores contemporáneos, narrar los hechos. Así, pues, luego de pedir disculpa a tí y a la Academia, continuamos esta verídica historia.

Allá en los albores de la pubertad, cuando componía Roberto pastorales, conoció, en la redacción de «La Lira del Sud», a un jovencito, llamado Enrique, estudiante de medicina, quien por aquella sazón descargaba, en incorrectas sextinas, violenta pasión amorosa, y quien más tarde dejaría su nombre grabado con letras de

oro en los anales de la cirugía nacional. Enrique, que era actualmente el doctor Sapienza, conservaba su amistad con Roberto, y, merced a la cuantía de los enfermos, pudo enlazarse con la dama de sus ensueños. En el casamiento, trabó Roberto relaciones con Clara, cuñada de su amigo. Desde la primera vista, sintieron ambos jóvenes la simpatía corriente entre gente moza. Mas, sentados el uno junto al otro, conversaron de varios temas y, a medida que iban conversando, más crecía la afectuosa correspondencia.

El galán y la doncella, dada la estrecha unión de los doctores, no carecieron de ocasiones donde cimentar su reciente amistad y, a la verdad, no perdonaron ni una y ¿por qué ocultarlo? hasta las suscitaron. Época fué ésta de desquite para las musas. El ilustre abogado llegó a descuidar el Derecho por la Poesía oral y escrita.

Su madre tornó a escucharle declamar sonetos. En cierta ocasión que entraba en la biblioteca del mancebo y oía que recitaba en lugar de perorar, mencionaba azules ojos y rubias cabelleras, en vez de campos ajenos y derechos discutidos, Marcella, a cuya vigilante solicitud no se le escapó la transformación del mozo, le dijo, mientras tomaba el sillón frontero del suyo:

MARCELA

—«Roberto, tú me callas algo.

—Nada, mamá; pero pronto quizá no podría responder lo mismo. Estoy enamorado de Clara y, si me das tu consentimiento, quisiera pedir su mano.

—De todo corazón. Ya me lo sospechaba y me agradan mucho tu intención y tu enamoramiento, porque deseo que mis hijos se casen y tengo a Clara por una excelente mujer.

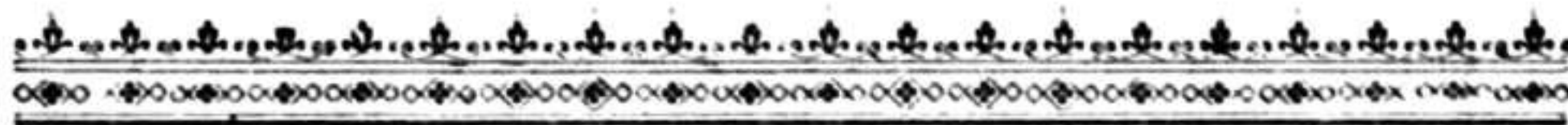
—Conocía, mamá, tu deseo, replicó Roberto besándola, y mucho me place que apruebes mi elección. Ahora no hago falta en casa. Pablo gana mucho, más de lo preciso, y ya sabes que, si lo quisieras, lo mío te pertenece, y la mayor parte me sobra.»

La petición de mano terminó sin dificultad en esponsales. Doña María, madre de Clara y viuda de don Humberto Crassi, preparada por sus dos hijas y su yerno, el doctor Sapienza, no hizo remilgos tanto más que sentía por Roberto grande admiración. Ambos, la señora y el doncel, afirmaron conformidad de planes de boda. había que echar la casa por la ventana. Clara, tan sumisa y humilde, como bella y afortunada, no necesitó, dado el cariño que atesoraba por su madre y novio, gran esfuerzo para condescender a este deseo. Ligáronse, pues, con santo matrimonio y con todas las de la ley: abundantes invitaciones, iglesia engalanada, pom-

poso banquete, regalo sustancial a los pobres. No olvidó Roberto a sus parientes de Europa: a la viejecita, única hermana de su padre, que pasaba sus últimos años en la casa nativa, orgullosa de sus parientes de América a quienes conocía por retrato, y rezando de continuo por ellos, envió preciosas fotografías y generoso cheque. A doña Marcela regaló Roberto la casa en que vivía y su contenido.

¡Qué inolvidable día el de la boda! ¡Cuántas flores y regalos, cuánta alegría y riqueza, cuánta hermosura y elegancia! Con todo, entre tanta seda y grandeza, entre tanto lujo y refinamiento, no hubo aquel atractivo del otro enlace, aquel de Bernardo y Marcela. ¿Por qué? ¡Misterio!... Tal vez la excesiva holgura haga a los hombres difíciles o melancólicos, cuando no viciosos, fatuos, o desgraciados. Pero lo que sí cumple declarar que novia más encantadora que Clara no la hubo en el orbe jamás ni la habrá en los futuros siglos.





VI



quí comenzó la época tal vez más feliz de la accidentada vida de Marcela. Satisfizo crecidamente sus tres sentimientos dominantes, que es decir el amor de madre, la sed de grandeza, y la necesidad de propagación.

De Roberto recibió sus primeros nietos, pues la hija casada no tenía aún sucesión. Los niños eran preciosos. Traía uno la misma figura de su padre, aquellos sus hermosos ojos, tan llenos de ardor, ternura, luz. Otro, rubio como su madre, gastaba ciertos gestos de bondad y energía tan admirados en su abuelo paterno. El tercero, una niña, pálida la cual su padre, mostraba ya la delicadeza que había valido a la autora de sus días tantos y tan sinceros admiradores y cortejantes. Así la chiquilla como los chi-

cuelos revelaban un nuevo aspecto de la formación social del país: menos revoltosos que sus antepasados, más aplicados que ellos, no poseían ni necesitarían aquel frenético empuje de las generaciones o edades precedentes, gracias al cual se arrancaron las malezas de los campos no roturados.

Era ya el doctor Zurbarán un personaje y vivía a lo rey. De sus estudios artísticos, que nunca había descuidado, tomó suaves sensaciones, convertidas con el tiempo en impulsoras necesidades. Durante el estudiantazgo a menudo había repetido:

—«Yo, si llego a tener los millones de Anchorena, habitaré en un Partenón.»

En tanto y, como no pudiera discurrir por la propia Grecia, contemplaba arrebatado imágenes de la joya ateniense. Más de una vez su madre le había sorprendido gritando:

—«Este Fidias era un loco.

—¿Quién?

—El que hizo esto», y le mostraba a doña Marcela la Minerva criselefantina.

La abundancia de dinero le condujo a la realización de sus fantasías. Coadyuvado por cierto famoso arquitecto, estudió el modo de construir una casa cómoda, sin pecar artísticamente contra las leyes del glorioso templo. Después de apasionadas contiendas que entre sí libraron

MARCELA

en su entendimiento las reminiscencias artísticas y las necesidades materiales, dió orden de comenzar la ejecución del plan laboriosamente trazado. Escogido un amplio solar en el Norte, barrio de tan encopetadas familias, no tardó en levantarse un grandioso edificio, y confieso que muchas veces, vagabundeando por nuestra capital, al cruzar la soberbia calle, me he detenido, deslumbrado y estudioso, ante esta fachada que tan fielmente copia el insuperable original.

La servidumbre del palacio decía muy mucho del regio dueño: el portero, doncella, mucamos, maestresala, conductores de automóviles, y un sinnúmero de otros servidores, ostentaban porte y modales de casa grande. Y no menos subidamente hablaban del buen gusto y señoriles aficiones de Roberto aquellos muebles, aquella vajilla, aquella cristalería, los cuales, productos de laboriosos partos, después de largos viajes y algunos objetos de no pocas mudanzas de amo, alhajaban y abastecían el suntuoso dominio. El hall daba impresión deslumbrante y duradera. Dejaba pequeñas a muchas pinacotecas no sólo en la calidad de los lienzos y esculturas extranjeras, sino en el valor y número de la colección nacional, con que embellecía sus muros y recinto. Guardaba un jarrón de la época de Khang-

He, por el cual pagara hasta treinta mil esterlinas.

Para doña Marcela no había, sin embargo, lugar más admirable que la biblioteca. Reproducía en pequeño el familiar salón de la librería del Museo Británico y recibía como ésta la luz por una preciosa cúpula; sino que, al inscribir en las paredes los nombres famosos que en el mundo han sido, agregó, acordándose del doctor Gutiérrez, algunos apellidos nacionales. La buena señora, cuando veía tanto libro reunido, disfrutaba, al pensar que su hijo los tenía medidos en la cabeza, de un orgullo inmenso y delicioso.

Las fiestas que se dieron en este alcázar, a las cuales con su presencia prestaron lustre y pompa personajes de la aristocracia y el foro, superaron, en brillo, lujo, y derroche, las más mentadas de las cortes europeas, y, para hacer justo parangón, habría que recordar las asiáticas más sonadas. Si algún lector sospechase o temiese que mi pluma exagera o desvirtúa, le rogaría consultara a los no pocos testigos presenciales supervivientes, y aún le suplicaría de buen grado que compulsase, en busca de hechos, las crónicas de los magníficos cotidianos bonaerenses, pues ninguna duda me cabe que hayan registrado tan famosas solemnidades.

Y tornando a la verídica historia del doctor

MARCELA

Zurbarán, quisiera apuntar aquí que ni la vista de tanta grandeza, ni el comercio con tan bellas damas y tan refinados caballeros, no le apagaron por completo los fuegos de su rico corazón; de suerte que muchas veces andaba el trillado camino del hogar materno. Solo o con su mujer, y, a menudo, ambos y los niños, irruían el palacio de doña Marcela y lo colmaban de alegría. En más de una ocasión le dieron a la excelsa señora sorpresas encantadoras. No solamente iba a visitarla, sino a comer con ella y aún a dormir en su casa. Con los años y la vida matrimonial había su corazón ganado en delicadeza y filial inclinación. Continuaba acariciando a la venerable anciana con atenciones tan finas, tan amorosas, que cumplidamente pagaba a la bondadosa madre los padados desvelos. Con un pretexto u otro le ofrecía juntamente un beso del alma y un valioso regalo: una vez era alguna cartera de oro, otra caprichosos pendientes; a tiempos algún collar de voluminosas perlas, a tiempos algún codiciado solitario. En cierta ocasión que un amigo se chanceaba con esta afectuosidad de Roberto, obtuvo la siguiente réplica:

— «¿Qué quieres...? Otros, con remordimiento, obsequian a quienes no deben; yo, con agradecimiento, devuelvo a mi madre algo de lo mucho que le debe. Ambos gastamos, quizá,

igual suma; pero yo disfruto más, y, sobre todo, mi placer es más intenso, más alto, más puro.»

Pero la eterna felicidad anda, cual dicen teólogos y filósofos, muy lejos de querer aposentarse en este pícaro mundo. Contra Marcela el céfiro del infortunio, que con tanta frecuencia se muda en ventarrón, comenzó a soplar blandamente. Cierta domingo primaveral, cuando, en medio de sus hijos y nietos, oía embelesada peyorar a Roberto, súbitamente Pico de Oro enmudeció, cobró palidez, y, con gesto inconsciente, puso la mano en la rodilla.

—«¿Qué tienes, hijo mío?, preguntó alarmada la augusta madre.

—Nada, un simple calambre», respondió el caballero.

Su mujer, sin chistar, palideció. Aquello se repetía demasiado frecuentemente, y cada vez más fuerte, y cada vez más seguido. Quisieron ambos consortes dormir aquella noche en casa y dejarle a la abue'ita los niños. Con la tardecica se despidieron, pues, de doña Marcela y, en el auto, empezaron la vuelta de la propia mansión. Apenas se hallaron sin testigos, mientras rodaba el vehículo por entre un enjambre de autos, luces, y personas, los dos esposos se miraron. En los ojos del marido había como interrogación, en los de la mujer inquietud.

—«¿Qué me dices?, interrogó Roberto.

MARCELA

—Nada; pero me disgustas y alarmas inútilmente con no permitir que te revise algún médico.

—No me hagas reproches, te suplico, vida mía, y, particularmente, no te inquietes sin motivo. ¡Es tan poco de hombre parecer que una da importancia a tonterías!

—Déjame, Roberto, hacerte examinar.

—Te lo prometo.»

Los dos esposos, acercándose más, volvieron a mirarse; pero sus ojos decían ahora cariño, amor, el intenso amor de sus almas puras, nobles, y gemelas.

Consultado el médico, recetó algunos calmantes y prescribió, sin diagnosticar la enfermedad, baños calientes de mar. Roberto no prestó a la consulta ni al fallo del doctor mayor atención. Mas, aquel año, cual los anteriores, veraneó en Mar del Plata. Cerca del agua, poseía una casa vasca, engendro de un capricho, una pretensa reproducción de la casa nativa de su padre. Allí solía pasar últimamente deliciosas semanas. Se alojaba en ella con todos los suyos, y veía a su madre gozar lo indecible.

En la distinguida playa, más que en sitio alguno, palpaba doña Marcela la felicidad, la grandeza de su primogénito. Había visto que Clara, su nuera, como el pimpollo con el calor del sol, al fuego del matrimonio y de la maternidad, se

abría y se trasmutaba en perfecta belleza. Mas lo que la matrona quería de la linda dama no era tanto su elegancia y distinción, su tino y fineza, como la bondad de su alma y el intenso amor que profesaba al amado compañero. Doblemente, pues, agradecía lo mucho que Clara se desvivía por complacerla, obsequiarla y hacerla feliz; porque antojábasele que con ello, antes que un tributo a su persona, daba la joven señora evidente señal de amor a Roberto.

Doña Marcela bebía tanto cariño deleitada, y absorbía los salados aires placentemente. Aojaba, con nostalgias juveniles, el mar espumoso, murmurador, danzante. Contemplando sus movimientos, oyendo sus bramidos o su blando susurro, repasaba los días en que lo atravesó, revivía la aldea nativa. Ya no le quedaba allí nadie.

Mas la fuente de sus mayores placeres talvez era aquel concurso de personas ricas, fastuosas, distinguidas. Allí tocaba con la mano, cual dije y ella pensaba, el alto rango social en que se cernía su doctor: caballeros de los más nombrados le trataban de amigo, y damas de las más granadas la agasajaban a ella, por ser la madre del muy ilustre abogado. Entre tales señoronas se hallaba a sus anchas, respiraba el aroma preferido de su espíritu. Con el trato con la aristocracia y la sobra de tiempo,

MARCELA

volvió la señora a cierta costumbre de la aldea, la de practicar su religión. ¡Singular fenómeno psíquico, en verdad, este de los humildes vascos que, nutridos en Europa de diario sustento espiritual, apenas hollan nuestra tierra argentina, y ya pierden el apetito del celestial manjar! Como decíamos, doña Marcela tornó al templo del Señor, aunque todavía no le rendía a Dios otros cultos que el de asistir a misa y el de distribuir entre los necesitados cuantiosas dádivas.

La venerada señora solía tener ratos de congoja. El dolorcito de Roberto ya no se ocultaba a nadie. En las conversaciones íntimas entre la suegra y la nuera, ninguna trataba de engañar a la otra en la certitud del mal. Dialogaban de continuo sobre el misterioso enemigo. ¿Qué se ía? Por aquellos meses una epidemia terrible asolaba al mundo. Hasta hubo teólogos que afirmaron que el Todopoderoso, harto de la soberbia, lujuria, y bellaquería humana, recurrió, para despertar las conciencias al deber fraterno y religioso, a tan radical remedio, como los médicos y curanderos apelan al fuego y al bisturí en ciertos casos recalcitrantes; pero, como murieran por lo menos tantos buenos como malos, nos resistimos a dar crédito a tan ligeras afirmaciones, mayormente que nos repugna me-

ternos a interpretar los designios del Supremo Hacedor.

¿Era el padecimiento de Roberto una de las variantes de la horrorosa calamidad o flagelo? A nosotros, pobrecitos mortales, que siempre tuvimos tanto desapego a la medicina, no nos corresponde diagnosticar enfermedad tan misteriosa que, después de matar a millones, ha desaparecido, si bien bautizada, con seguridad desconocida. Sólo debemos decir que al doctor Zurbarán los baños calientes antes le perjudicaron que beneficiaron, y que a la vuelta a la capital su salud causaba justa inquietud a las muchas personas que le conocían y estimaban.

Aquel año quiso, por primera vez, doña Marcela retornar a Buenos Aires temprano, antes de cerrarse la veraniega estación. El mal de Roberto, cada día más pesado, la desasosegaba. En la capital, donde había tantos y tan distinguidos clínicos, confiaba hallar la salud del enfermo. Ella y Clara resolvieron acudir a la inteligencia de algunos doctores amigos. Someñase Roberto ahora de mejor talante a los reconocimientos médicos; si bien es cierto que, puesta la vida de su espíritu en sus habituales ocupaciones y solaces, no daba a la dolencia el cuidado que merecía y demandaba. Las opiniones de los dichos entendidos difirieron entre sí no poco: al paso que unos decían: «Vete al

MARCELA

campo. Toma aire, luz, y descanso», otros hablaron de reuma. Nadie dijo ni palabra sobre la temible plaga reinante.

Como el mal prosiguiera y avanzase, la intranquilidad de las señoras se cambió en ansiedad y zozobra. Entonces dieron en recelar que subían su calvario y que lo subirían lentamente y con pocas estaciones. Acudieron a los refugios de la impotencia humana: especialistas, regímenes, medicinas, celebridades. ¡Como si nada! La misteriosa destructora comía y comía el joven organismo, mientras las amorosas y aterradas mujeres advertían la decadencia del amado paciente. Cierta muy bien reputada eminencia de la medicina, primero por bondad y amistad que por presunción e inexperiencia, derramó por aquellos corazones femeninos, transidos ya de dolorosa pena, bálsamo muy consolador:

— «Yo, les declaró con seguridad, lo levantaré.»

La firmeza del sabio les dió un corto intermedio de alegría y esperanza. Pronto, sin embargo, se les disipó la halagadora ilusión. Perdía el mozo diariamente fuerzas; a vista de ojos enflaquecía, se desmoronaba. Ya no creían en la medicina. La poquedad humana saltaba a los ojos. Agarrábanse al arte o la ciencia del hombre como el que se ahoga a un papel flo-

lante: con asirlo tornaban al desengaño. Perdida la esperanza, locas de pavor, aquellas pobres mujeres se exasperaban, sentían que el presentimiento de la catástrofe les desequilibraba las facultades y sentimientos.

En la egregia mansión, solamente Roberto saboreaba, en el trágico tiempo actual, sus grandezas. Muchas veces se paraba en el hall para contemplar algún cuadro, alguna escultura. Pasaban sus ideas artísticas por período de transición. Andaba encariñándose con el estilo ojival, y entendía proteger a los artistas del país:

—«Necesitamos, solía decir, pinturas de los grandes maestros europeos para que nuestros principiantes aprendan la técnica del arte; pero debemos incitar a nuestros futuros y actuales maestros a reproducir nuestra preciosa patria, la cual, de los Andes al Plata, ofrece al ingenio y a los ojos nacionales dignísimos modelos, cuadros tan diversos como seductores, y, en ciertos casos, tan originales por la diferencia de ellos a los europeos.»

Mas sólo cuando se arrastraba penosamente a la biblioteca conseguía el completo olvido de sus padecimientos. Allí, solitario, tranquilo, rumiaba con celestial calor elevadas ideas y daba pasto a su acendrado patriotismo. En sus aspiraciones literarias, tan ardientes cual en todos los entendimientos cultos y penetrantes, denotaba a la

MARCELA

hora de ahora carácter social: habiendo descubierto serios vacíos de nuestra rica legislación, trabajaba concienzudamente para llenarlos. Cuando, durante la gestación, padecía algún calambre más fuerte que de ordinario, entonces, vislumbrando el apremio del tiempo, decía:

—« ¡Qué lástima...! », y continuaba en sus cavilaciones y escritos, y se moría en su puesto, en su tarea ingrata. Yo, modesto compatriota del hoy finado; yo, que he visto algunos fragmentos de la magna obra, no puedo menos, al aproximarme a la tumba del amigo, que olvidar la amistad para solamente deplorar lo que en clarividencia, delicadeza, y originalidad, ha perdido nuestra patria con la temprana muerte del bien dotado paisano...

El día en que, por dictamen de cierta consulta de celebridades médicas, llevaron al doctor Zurbarán al campo, ninguno de sus allegados y amigos tenían confianza en que volvería sano y por sus propias piernas. ¡Qué tristeza y qué confortamiento para los amigos suyos que tuvimos el amargo placer de verle partir! El físico era ya una ruina; pero el espíritu no sólo se le conservaba tan agudo y rico como de costumbre, sino que, despertado por los sufrimientos del cuerpo, despedía llamaradas sobrenaturales. Hasta el último instante su rostro pálido,

alumbrado por aquella su expresión de altura, no dejó de animarnos a esto u aquello.

Cerca de la capital pasó sus últimas semanas nuestro llorado conciudadano. La finca en que acaeció el doloroso desenlace, propiedad de Clara, tenida por una de las mejores de aquellos contornos, cautiva la atención de cualquier naturaleza devota de lo bello. Para el piadoso objeto actual, reunía condiciones especiales. Por estar a las puertas de la ciudad podrían acudir los facultativos urbanos. Allí tenía el moribundo silencio y tranquilidad, luz, aire y sol. La residencia no podía sobrepujarse: un palacio era la habitación; un paraíso el jardín: plantas, alamedas, pájaros, y caza. Sólo faltaba una cosa, aquella única por la cual doña Marcela y Clara dieran la fortuna y la vida: salud para el enfermo.

Las dos mujeres demostraron entonces la grandeza de su sexo, de tal suerte labrado por el Todopoderoso, que, humilde en la vida ordinaria, llega fácil y espontáneamente a lo sublime en los trances difíciles y peligrosos. ¡Qué escena más edificante que la representada por aquellas dos mujeres aristocráticas, quienes, apartando a sus servidores y enfermos, pegadas noche y día al adorado paciente, le servían, le acariciaban, le compadecían, sin otro inten-

MARCELA

to que calmarle, aliviarle, saciar el intenso amor que le debían y regalaban!

¡Pobre doña Marcela y pobre Clara! ¡Qué espectáculo horrible!: ¡Roberto se moría! En la titánica lucha que estas enamoradas mujeres sostuvieron con las fieras Parcas, fueron (y lo decimos apenadísimos) vencidas completamente: el combate terminó con cortar Átropos el hilo de la vida de Roberto.

Clara desapareció de la sociedad y hasta casi se pudiera decir que de la vida, si no cuidase la tumba de su esposo y vigilase la educación de sus hijos. La anciana no vertió muchas lágrimas; pero se desprendió de la vida. Ahora no buscaba más el bienestar en la riqueza y el boato, ni la dicha en la amistad y la familia. Iba al templo del Señor más puntualmente, donde oraba largos ratos. En casa se estaba desganaada, sin ilusión, sin deseo terreno, desencarnada de sí. En vano sus hijos, parientes, o íntimos, la querían consolar y la querían distraer; ella, suave y tenazmente, los desviaba diciéndoles:

— No os molestéis. Dejadme, dejadme con mis recuerdos. »

Y cuando le obedecían, reposadamente encaminábase al salón. Allí, sola y silenciosa, adoraba horas enteras el retrato del hijo amado. La balanza de ambos mundos se le inclinaba

al desconocido, donde residían sus dos personas más queridas: el esposo y el primogénito, el compañero de la mocedad y el ídolo de la madurez.

Tan rudo golpe debilitó las gastadas fuerzas de la anciana. Cierta tarde tuvo la señora que encamarse. Para la noche se puso gravísima. En torno del lecho de la moribunda, se discutió el eterno problema: ¿Llamaban o no al cura? Formáronse dos campos, el de los creyentes y el de los incrédulos. La incredulidad no exigía nada, no se oponía a sacramento alguno. Los creyentes, pues, telefonaron al sacerdote. Así, santamente, dejó la vida doña Marcela, madre del nombrado doctor Zurbarán.

Sobre el mismo sitio donde tantas horas pasara contemplando la efigie de su primogénito, levantósele un imponente catafalco. Dentro de un riquísimo cajón, digno del más fastuoso Presidente que haya tenido la Argentina, rodeada de hachas encendidas, cubierta de flores que piadosas y tiernas manos desparramaron, descansaba la matrona que en vida se llamó doña Marcela de Zurbarán. Revestida la sala de negro, ocultos los objetos de arte, únicamente contaba en la habitación algo que ya no era sino un cadáver, una cubierta, la caja de un espíritu, de un espíritu amado.

La velaron amigos numerosos y diversos. Con

MARCELA

ser tan vasta la morada, llenóse de escogido concurso que probaba el alto lugar que Marcela había alcanzado en la sociedad porteña. Junto a damas y caballeros de lustroso abo-lengo, veía uno famosos clínicos y cirujanos, abogados de nota, ingenieros nombrados. En un corro de comerciantes, ninguno de los presentes bajaba del millón. Pero quienes tal vez atraían más miramientos eran dos hombres relativamente jóvenes. Las personas repetían con admiración sus célebres nombres: éste era uno de los primeros escultores de la República, el otro aquel pintor a quien un solo lienzo le había ganado alto puesto en el Olimpo.

Como era tradicional costumbre entonces, las mujeres acompañaban a la difunta, y tantas se congregaron, que ocuparon el salón e invadieron las dos salas contiguas. Los caballeros llenaron los escritorios, el fumadero, los comedores, y hasta los patios. Durante la noche, las señoras rezaban, callaban, o hablaban sigilosamente de doña Marcela, de su enfermedad, de su vida, y al cabo se deslizaban en otros temas. Los señores charlaban de negocios y enfermos, pleitos y política, esculturas y cuadros. De cuando en cuando, entre tantas principales personas, aparecían antiguas compañeras, a menudo compatriotas, vestidas cuidadosamente, menos ricas y, sobre todo, menos encumbradas que las otras,

pero no menos entristecidas. Había entre los concurrentes hombres de ayer, de hoy, y de mañana, que vale declarar ancianos, jóvenes y niños.

Buen número de criados, cubiertos del severo uniforme de la casa, con bandejas de bebidas frías o calientes, pastas o bocadillos, invitaban a ello a la concurrencia. De tiempo en tiempo sonaban los teléfonos, y dolientes acudían a los aparatos: pésames de amigos, indagaciones de periódicos, consultas del entierro o del funeral. La suerte hizo que yo me quedase en un escritorio, donde hallé reunidas refinadas inteligencias. ¿Acaso sería necesario decir que el reciente fallecimiento y la proximidad de la muerte no desviaron a los asistentes de las mandanas preocupaciones? Allí encontré, fuma que fuma, a un antiguo amigo, el coronel Chorrillos; a un nuevo conocido, el contraalmirante Salvado; y, además, a un hombre relativamente joven, bastante silencioso e insignificante, a quien el ilustre y culto marino parecía hablar con cierta deferencia. En la primer ocasión que tuve pregunté a Salvado por el mozo en cuestión, y obtuve la siguiente respuesta:

— Es una promesa de nuestra patria. Por la índole de sus obras publicadas, representa nuestro moderno escritor. Posee un espíritu

MARCELA

que ha destilado las flores de la literatura europea y americana, pero que guarda el carácter nacional. Admira por su destreza y originalidad de pluma; pero solamente arrebatada por su alto patriotismo, por su noble desapego de todo lo que no es perfeccionamiento profesional, rasgo, en mi concepto, característico del genio.»

En un conspicuo lugar del salón, vi a una señorona vestida de rico negro, muy distinguida y muy venerable. En el marco de su pálida tez, brillaban dos ojos pardos, preciosos, luminosos, entre tiernos y enérgicos, que no tardé en reconocer: los de doña Margarita. Mirando al cadáver de su amiga y pariente, repasaba la transcurrida existencia, pensaba en el barco donde vinieron, en los felices y aciagos días, en el pueblecillo donde nacieron, aledaño de dilatados valles, cercado de variadas y frondosas montañas. «¿Dios mío, Dios mío, murmuraba, adónde vamos?...»

Pasó en este momento, a mi izquierda, casi rozándome, un individuo de buen porte, blanco cabello, fresco rostro, desenvueltos movimientos, y garbo aristocrático. Su distinción y simpático aspecto me cautivaron de tal manera, que pregunté:

—¿Quién es?

—Un potentado de la fortuna, me respondió

el contraalmirante. Tiene tantos millones como quilos.

—Pues no es poco.

—Tú debes conocerlo, inté: vino Chorrillos. Fíjate bien.»

El caballero se dirigió al túmulo. Era don Juan, aquel Juancho de la a'dehuela. Había escalado la cuesta de la vida tramo a tramo, vencedor un día, por tierra otro, y en las alturas hoy. Pasaba en su vejez y riqueza las peores horas: en la cumbre dominaba el chirrido de la maldita guadaña, y en la cumbre dormían montones de cadáveres queridos; en la cumbre aparecían montañas mayores, cimas más hermosas, y en la cumbre crecían cúspides más perfectas, más cercanas del cielo. Desde arriba veía a sus pies y sobre su cabeza la vida humana. Trepaban los hombres a los altos sin cesar, y sin cesar caían en la ascensión: unos por el collado del oro, otros por la torre de la grandeza, aquellos por el pico de la santidad. ¡Qué pena, qué pena verlos rodar en los pedregales de la esperanza, en las gradas del ensueño!

A vista de su amiga, tornó a ver el pueblo, los prados, las cabras, la fuente, aquella Marcela.

—« ¡Pobre!... ¡Pobre!... », repetía.

Luego se inclinó y le besó la frente; pero un

MARCELA

frío le heló los labios y el pecho. Lo que había amado en Marcela, ya no estaba allí. Le apartó de la muerta el principal dolorido.

Al día siguiente el séquito se formó en la enlutada mansión. Cuando el automóvil fúnebre se detuvo a la puerta, las entradas de las casas vecinas se llenaron de curiosos. Al aparecer el regio féretro, cubierto de flores naturales, llevado por los deudos, escoltado de altas personas, sintieron todos los mirones hielo en el alma, porque no pensaron en los ilustres acompañantes, ni en la pompa con que hacía la dama su último viaje, sino en el encierro definitivo de aquella bondadosa anciana que poco antes vieran pasar llena de vida.

El cortejo marchó en vehículos a la iglesia de la Concepción. La virtuosa señora había deseado hacer esta última escala de su vida en el templo donde se había casado, donde había bautizado a sus hijos, donde había orado por su primogénito, por su esposo, por sus padres.

De la iglesia pasaron a la Recoleta. Allí había construido Roberto el hermoso panteón de la familia, conforme en todo al regio del Escorial. Allí, entre el sarcófago de su padre y el propio, puso el de su madre:

—«Yo, solía decir en vida a doña Marcela, dormiré el gran sueño cerca, muy cerca de tí, madre mía.»

La comitiva depositó en su nicho a la difunta. Lloraron los dolientes, cerraron los enterradores la entrada, dispersóse la concurrencia, tornó la gente a sus habituales ocupaciones.

Dos mujeres, doña Margarita, en su palacio, Clara, en el de su finada suegra, hiciéronse a sí mismas idéntica pregunta y obtuvieron idéntica contestación:

—«¿Y ahora qué...?—Una cosa evidente: el pudrimiento.»

Clara agregó una consecuencia: ¿Para la muerta hubiera convenido más aquella espléndida caja, una menos valiosa, o ninguna? Y es que Clara, bella como la belleza, elegante como la elegancia, buena como la bondad, iba por aquellos momentos camino de la perfección y del sepulcro.

Así, bien querido lector, vivió y murió Marcela, la moza más garrida de su valle, la virgen de los troperos, la madre de un eximio patriota, la honrada matrona cuyas virtudes dieron realce a nuestra hermosa sociedad; y así, palabra de honor, me lo contó la noche del velorio el ciudadano Buruchuri, digno y humilde compatriota nuestro, a quien, deslucido entre la legión de los esclarecidos consoladores, descubrí en aquellas horas tan amargas como memoradas.

Buenos Aires, Diciembre, 1920..

MERCEDES

O

LA HISTORIA

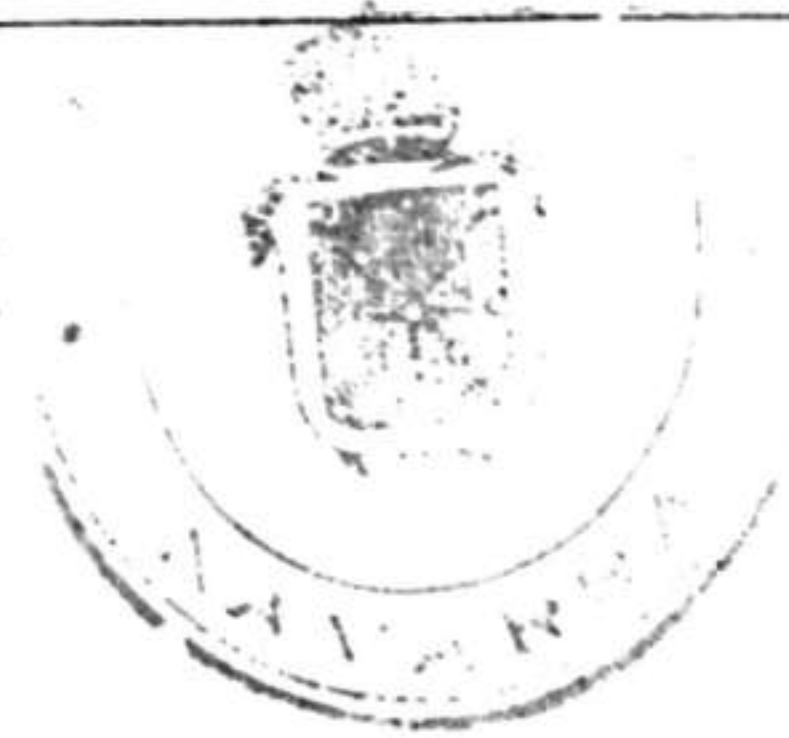
DE

UN AMOR INFORTUNADO



POR LA VENIA DE LOS DELARA

MERCEDES



Quisiera confiarte, bien amado lector, las vacilaciones de mi ánimo antes de resolverse a pronunciar; en este que los sutiles historiadores llaman con evidente injusticia el mundo de la ficción, el nombre que, en el de la realidad, lleva la heroína de esta historia, doncella tan conocida y justamente agasajada en nuestra alta y brillante sociedad.

Su glorioso apellido, tan familiar al mundo entero, despierta, en nuestra mente, toda la historia patria, y, en nuestros corazones, altivos sentimientos. Cuando suena cerca de nosotros, hacemos todos memoria de las rudas luchas que, con denuesto digno de nuestros rivales, sostuvimos, en las americanas tierras, por nuestra bandera y

libertad; o de los homéricos combates que libramos ardorosamente a los valerosos aborígenes de nuestras llanuras y montañas; o las nobles tentativas, tan justamente coronadas de buen éxito, que se hicieron para transformar la primitiva aglomeración humana en la bella República que, con la opuesta del Uruguay, dan al estuario platense motivo de justo orgullo.

¿Tenía yo, el más humilde de los soldados nacionales, modesta y errante pluma federal, derecho de publicar tan alto nombre? ¿Podía yo, escritor de más conciencia que partes, pregonar la vida que el Creador me reveló en momentos para mí de gracia? ¿Quién no conocía o conoce las virtudes privadas de Mercedes y las hondas simpatías que entre ricos y pobres, entre altos y bajos, gozaba y goza? ¿Y cuál de ellos, familiarizados todos con los sufrimientos de la cortejada aristócrata, no hubiera, a vista de la publicación, arremetido contra mí, cosa, por su riesgo poco temible, en verdad, pues como Cicerón si en algo estimamos nuestro oficio es por los peligros que nos brinda, pero horrible si se piensa que a los justos reproches no hubiéramos podido oponer sino una conciencia culpada y culpable? De otro lado, a contar los sucesos con nombres apócrifos, no robaría a la verdadera merecedora la fama de sus santas acciones, de sus claras virtudes?

Devanábame los sesos con tamaños titubeos y roíame el corazón con semejantes escrúpulos, cuando ¡tate! que me tropiezo con Melchor Buruchuri, a

MERCEDES

quien sin duda ya conocéis. Con acento bárbaro y vasco díjome, no bien le abrí mi pecho vacilante y alborotado.

—«No te me rompas los cascos. Al grano, don Nuño, que para reñir siempre es hora. Vente a casa de la interesada.»

Seguí a mi amigo y, con respetuoso paso, entré en el caritativo establecimiento. Allí, además de sentir agradecidos corazones, además de rever la sin igual belleza de Mercedes, a quien los sacrificios y padecimientos servían de insuperables afeites, oí, de los propios labios de la hermosa doncella, embelesado como los benditos al escuchar la voz del Señor, el siguiente gracioso consentimiento:

—«Con esta querida historia, caballero, el nombre de mis llorados padres queda tan inmaculado como siempre lo ha sido. Nada tengo que reprocharme de una afición cuya simiente sembró el Señor en los pechos femeninos y que a tan santos desenlaces suele de ordinario llevar y me ha llevado a mí misma. Leeré, pues, la historia con mucho placer, cuando usted la escriba, y, si el Supremo Hacedor derrama sobre su privilegiado intelecto, cual todos se lo imploramos, las gracias de la divina potestad, volveré, con el favor de su lectura, a verme moza y mundana, y, sobre todo, tornaré a encontrar de nuevo en vida al que tanto amé y amo. ¿No te parece, además, Buruchuri, que en los sucesos hallará la sociedad otra prueba de la nada de la existencia humana, alguna alma desorienta-

da indicación de un buen camino, y el ilustre literato, si aun busca gloria, ocasión de cosecharla, y, si sólo recreo, sumo, útil, y delicioso pasatiempo?»

Habituado yo a las lindezas de la Crítica, comprenderás, bien amado lector, cuán a gloria me supo tan confortante como indulgente juicio de mis desvalidos engendros, que si merecedores de ser comprados, quizás no esperen ser leídos, y mucho menos ser ensalzados por corazones cual el de doña Mercedes Delara, cuya corta vida, digo de doña Mercedes, voy a descubrirte, después de pedir a los dioses te inclinen a benévola condescendencia para mi pobre pluma.





I



ERA Mercedes un primor. Aventajada de talla, garbosa de cintura, enseñaba una línea de cuerpo impecable. Arriba los ojos azules, dulces, muy dulces, y los bucles rubios, muy rubios, como el oro; abajo unos piecitos de niña y en los lados dos manecias de infanta. Sus movimientos tenían natural donaire, su mirada inocente nobleza, y su inteligencia asombrosa elasticidad.

Debía a su padre la educación del cuerpo y el cultivo del espíritu. Este don Eduardo Delara, insigne profesor de nuestra Facultad, guiado por miras de muy alta clase, hizo que ejercicios adecuados dieran a la amada niña salud, feliz desarrollo, soltura, y gracia físicas; pero, en

particular, vigió aquel cerebro infantil con tanto amor como luz. Plantó en el fértil terreno semillas intelectuales cuidadosamente escogidas, tales, que hicieran de aquella creación divina el encanto de nuestra sociedad y la fabricadora de buenos ciudadanos. Porque el preclaro educador entendía que el porvenir de nuestra Patria estaba en los corazones e intelectos femeninos y que sólo cultivándolos con amplitud y honestidad cerebral tendríamos mañana los ciudadanos activos, avispados y patriotas que la República, si quería seguir su tradición de maravilloso y virtuoso desenvolvimiento, había de conseguir a cualquier precio.

— «La decadencia u atrofia de otras razas, solía repetir don Eduardo, procede de la estrechez espiritual de sus directores.»

El ilustre maestro, cuyos afanes útiles críticos han sabido encarecer tan generosa, perspicaz, y justamente, no nos ha dejado, según nuestro bien corto juicio, mayores títulos de gloria que aquella divina criatura y el genial discípulo a quien todos sus conciudadanos miramos con tanto orgullo como esperanza. Porque, lector, te lo decimos con lágrimas en los ojos, ¡qué perfección era Mercedes! A nuestra edad, coronada la cabeza con hilos de nieve y atados por indisoluble vínculo y conscientes deberes, una niña no es ya una mujer, sino una figura, una

MERCEDES

madre, una compatriota, un retazo de nuestra bandera.

Cuando la veíamos guiar atrevidamente su brioso alazán por Palermo, danzar graciosamente en nuestros soberbios palacios, manejar serenamente el auto en el laberinto de vehículos de la Avenida Alvear, entonces, cautivados de gozo y admiración, nos deteníamos enorgullecidos. Pero nuestro arrebató llegaba al éxtasis los días en que la contemplábamos que movía el ganchillo por los infortunados, que rezaba en su templo predilecto por sus padres, que dirigía, con fineza y largura de entendimiento, las conversaciones más arriesgadas y eruditas. Es al abordar a un patriota refinado cuando la dama da razón de su cuna y prendas. En esto no tenía Mercedes rival, y debemos manifestar, aun corriendo el riesgo de ser tildados de indiscretos, que más de una vez, al maravillarnos del tacto, dulzura, y nobleza con los cuales ella trataba a nuestro tan modesto como meritorio amigo Buruchuri, sorprendimos en los ojos de don Eduardo, un relámpago de satisfacción, como si dijese: «Tendremos una verdadera patriota.»

Tales conocimientos y otros muchos, así como la serena condición, daban a la señorita grandísima consistencia moral. Entraba en la vida, pues había cumplido recién diez y ocho

abriles, con paso firme y tranquilo. Anduvo algún tiempo por recreos, saraos, y teatros, como una avejica por el aire, las plantas, y las flores, tan linda, tan alegre, tan hechicera.

Los muchachos, dadas sus vistas linceas, no dejaron de ver y agasajar a la nueva belleza; pero quienes la miraron con mayor emoción fueron los ancianos, los padres de la Patria. Para ellos el momento era solemne: la moza revelaría la capacidad de los educadores nacionales, es decir las madres y los maestros. Iban a ver si adelantaban, se estancaban, o reculaban. La neófita colmó sus esperanzas y deseos: avanzábamos. Cierta caballero, cuya simpática persona todos recordamos con agradecimiento, en seguida de hablar en francés con la damita, declaró:

--« ¡Maravilloso! ¡El acento es perfecto! »

Ya había Mercedes probado el mundo, ya gustaba de todo lo que a las jóvenes ofrecía, y ya plenamente disfrutaba de sus decorosos entretenimientos, cuando cierta tarde, viendo la madre al capullo convertirse en delicada flor, le murmuró al oído:

—« Y ahora, querida mía, a escoger un novio.

--¡Pero, mamá, si acabo de entrar en la sociedad!

—Mejor que mejor. ¿No oíste lo que dijo nuestro Prelado el otro día?: ‘Las niñas deben

MERCEDES

entrar en la sociedad tarde, salir de ella temprano, y volver al anochecer de la vida.'

—Era una broma de Monseñor, mamá.

—Te equivocas, hija mía. Monseñor no bromea nunca en graves circunstancias, en ocasiones que puede mancharse el alma; sino que en América tiene que sembrar con sonrisas y cortesía.»

Cierto la joven no había discurredo seriamente sobre el punto matrimonial. Por el momento su única preocupación consistía en aprender de veras el inglés. En las partidas de raqueta con sus nuevas amigas, había comprendido la necesidad de perfeccionar su pronunciación inglesa.

—«Para jugar con elegancia a este saludable pasatiempo, acostumbraba decirle aquel pícaro de Buruchuri, es preciso pronunciar *tennis* con tonillo londinense.»

Pero, cuando comenzó a leer a Dickens, pronto se olvidó del tonillo para seguir apasionadamente a David Copperfield. Ahora, si oía a los jóvenes hablar de *foot-ball*, entendía todos los detalles, aunque, para charlar con Buruchuri de heroínas británicas, tenía que leer y leer mucho aún. El trato de Dickens esparció por su espírita chorros de finura, ternura, y bondad.

Cabalmente sucedió en esta historia, como en muchas otras, que el príncipe encantador apa-

reció en el momento oportuno. Y también suele acontecer que los infantes lleven nombres raros, y así nuestro héroe lo llevaba, y tanto que casi tiemblo al decirlos que se llamaba... No me reproches nada, bien adorada lectora, te lo suplico de rodillas y besándote las manos. Yo soy inocente. Peco por el cariño que te tengo, el cual me obliga a dar al protagonista de mi relato su verdadero nombre. ¿Acaso tacharías a ningún historiógrafo por nombrar Nabucodonosor al famoso rey de Caldea? Con que ¡chito! y permíteme proseguir y advertirte de camino que ahora más que nunca voy a necesitar de tu indulgencia y suavidad, pues vamos a pasar a terreno vedado.





II



UNO día en que el sol brillaba soberbiamente en el cielo bonaerense, Laura Chorrillos, aquella morenita traviesa, dichera, e irresistible, aquella mozuela con quien Mercedes había anudado amistad, le telefoneó, como de costumbre, el horario de diversiones. Su programa para aquella tarde era de lo más escogido: una escapada al Tigre, algo de deporte náutico, té en alguna quinta, y charla y juerga en todas partes. ¿Caballeros? Lo mejorcito de sus amistades:

— ...además, escucha bien, Mercedes, un número nuevo, un amigo de Rodolfo, un muchacho misterioso. Te gustará mucho, te aseguro. Adiós picarona. Trae mucha alegría. Iré a buscarte. Adiós, cara.»

¿Quién podría ser aquel joven maravilloso?

En vano Mercedes, deseosa de descifrar el enigma, repasaba en la memoria las amistades de Laura: Nadie poseía el misterio atribuído. ¿Sería una broma de su amiga? En fin se preparó tranquilamente. Al sonar las dos, hora de la cita, ya estaba lista en el vestíbulo, pensando en quiénes irían y cómo lo habían de pasar. Pronto oyó la bocina de Laura. Sin dar ocasión a que se molestase su amiga, le salió al encuentro, y subió a su lado. Rodó el auto por la madera suavemente. Entre cuento y confianza corrieron por la ciudad, cruzaron Palermo, tan lleno de recuerdos para ellas, y, rodeadas de árboles, costeano el río, llegaron al Tigre. Allí, cerca del Club Naval, descansaba un bonito yate, aparejado para la excursión. En la orilla, junto al embarcadero, un brillante grupo mixto de damas y caballeros se divertían garlando.

Desde lejos reconocieron ambas señoritas al amistoso cerco. A medida que se aproximaban, sonreían a los conocidos, y distinguían a los familiares. De pronto, cerca de Rodolfo, hablando con Elvira, vió Mercedes a un muchacho extraño. ¿Sería el número misterioso? Por ahora no aparecía el misterio. No bien se acercó el carruaje, los caballeros lucharon por ayudarlas a bajar, ellas prestamente pusiéronse en tie-

MERCEDES

rra, y todos rompieron en saludos, bromas, y sonrisas: juventud, sol, alegría.

Detrás, a bastante distancia, vió Mercedes al joven desconocido. Apenas tuvo tiempo de fijarse en él, cuando Rodolfo, compañero de infancia de la niña, la cogió de la mano y le dijo:

—«Ven, te voy a presentar un amigo mío, mi preferido.»

Y muy quedo, agregó:

—«Te lo recomiendo. Es tímido en demasía. No te olvides que eres demasiado bella hasta para los atrevidos.»

La niña sonrió. Ya se hallaban los tres cara a cara. Mercedes, desde el trono de su belleza, miró reposadamente a aquel hombrecito delgado, endeble, ruboroso, que por timidez se estaba con los ojos bajos, y por timidez se estaba con las manos atadas.

—«He aquí a la señorita Mercedes Delara, declaró Rodolfo.»

Y, volviéndose a ella con una mirada suplicante, añadió:

—«Mi amigo Nicanor Cárdenas.»

¡Nicanor! Mercedes tuvo tentación de risa; pero se contuvo, y ello le fué ahora fácil, porque Nicanor alzó a ella dos ojos oscuros, velados, tiernos, fascinadores. Aquella mirada suave y penetrante, aquella alma dulce y acariciadora, le atravesó, como rayos, el cuerpo hasta incrus-

társele en pleno corazón. Mercedes se desconcertó un tanto. ¿Sería esta turbación timidez? Mientras, hacían o decían las cosas de rúbrica.

—«Terminada mi gratísima tarea, dijo Rodolfo, sólo me resta por hoy insistir sobre que guardéis mucho recato en el decir, el obrar, y el naufragar.»

Los otros dos confabulantes le saludaron amistosamente, y él tornó a Laura, porque este gigantón, tan grande como bueno, andaba entusiasmado de la morenita, y no pasaba entre aquella gente por secreto para nadie que más que enamoramiento podía considerarse ya formal compromiso.

Las primeras voces de Nicanor no desmintieron su fama. Era en verdad un atropellado. No decía cosa a derechas, y lo que empezaba a incomodar a la joven fué que ella misma, cual contagiada del embarazo, no se sentía a sus anchas. En realidad ambos mancebos, deseando complacerse, dieron en lamentar su plática de solo a solo, si cabe juzgar a conversación tan corto cruce de sílabas.

Sus compañeros los sacaron del apuro lo trance.

— Señores, gritó Laura, al agua.»

Todos se dirigieron al río. Allí les aguardaba el precioso yate, bien marinado, largo de unos veinte metros, de líneas irreprochables,

MERCEDES

esmeradamente cuidado. Los excursionistas subieron a bordo. Dentro estaba la navecilla adornada a fuerza de gusto, arte, y oro. Era muy rápida: podía correr, gracias a sus poderosos motores, catorce millas por hora.

Perezosamente principió *La Silenciosa* a desahucarse de la orilla. Andando al paso, se desliza por el río Luján. En ambas costas tupida arboleda y, particularmente, sauces encantadores, de tierno verde y modestas copas. Hacia la población, edificios y quintas regias. La navecita, manteniendo su indolente andar, tan bonita de sí, se nos antojaba la reina del agua, cargada de juventud. Desde tierra la gente la veía más bonita aún, y, con las alegres y diversas sedas de las niñas, hacía de hermosa fantástica.

—« ¡Qué linda!... ¡Qué felices!... », pensaban algunos, o se lo decían unos a otros.

Los navegantes no gozaban el bienestar que les atribuían. Los varones y aun las mujeres, habituados al ejercicio muscular, sufrían de aquella quietud: no podían casi moverse. Las parejas, anhelosas de intimidades, padecían verdadero tormento pegadas con tanto compañero y amigo. Por último, Rodolfo, que estaba para casarse con Laura, dijo en alta voz:

— Señores, nos hemos metido en un peligro inaudito y hasta en pesada responsabilidad. El yate pudiera zozobrar y...

—¡Chis! ¡Chito! ¡Chitón!, interrumpieron varios.

—...y ¿qué no me diría don Antonio?»

Este don Antonio era el padre de Laura.

—Nada. Obraría. Hechos y no palabras, respondió uno.

—Tienes razón, contestó otro, te estás comprometiendo seriamente o mejor dicho ya estás comprometido.

—¿Si bajáramos a esta isla?, agregó un apurado.

—Precisamente es nuestra, intervino Mercedes. Hay duraznos exquisitos.

—A la fruta prohibida, pues. Supongo que no nos jugaremos el Paraíso.

—No hay manzanas, replicó Mercedes.»

La barquilla atracó a un cercano refugio natural y pequeño, como de juguete. Los excursionistas saltaron entre chistes y chanzas a la arbolada isla.

—«Cuidado, recomendó finalmente a alguien a Rodolfo, con naufragar en el puerto.»

El encargado de la quinta vino a dar la bienvenida a la niña y a recibir órdenes. Mercedes, después de saludarle y manifestarle sus deseos, se internó, cual sus huéspedes, en las frondosas alamedas. Dentro de aquel rinconcito de nuestra patria hallaba su delicado corazón recuerdos imperecederos. Sabía como su padre

MERCEDES

había adquirido aquella propiedad para satisfacer un capricho de su madre, allá cuando ambos comenzaron a hilar la madeja del lazo amoroso que los ligaría hasta la muerte. ¿Quién no ha conocido el celo, el fervor que, en cultivar esta isla, consumió nuestro famoso intelectual?

—«Duraznos como los nuestros, gustaba de afirmar, no los hay en todo el Tigre, ni en el orbe entero, y quizá ni en nuestras provincias.»

Mercedes, a medida que avanzaba por aquellos sitios, se acordaba más y más de su padre. Todos los objetos le hablaban del blando corazón y del fino intelecto de aquel hombre que tuvo tres cultos en la vida: el de su Patria, el de su mujer, y el de su hija. No dejó este varón pasar ningún día, sin sacrificarse en las aras de sus divinidades, hilo conductor que ofrezco a sus futuros biógrafos.

Mercedes hubiera querido estar sola o con un amigo del alma en aquella isla para hacerse a la idea, recorriéndola, que escuchaba aún palpitar el corazón de su difunto papá. Tenía gana de releer en aquellas plantas, en aquellos paseos, en aquellas fuentes y glorietas, la historia amorosa de don Eduardo.

—«¡Oh, pensaba su alma, qué agradable, qué sabroso, con un espíritu gemelo vagar por estos lugares, leer en ellos, con los ojos del amor, la santa historia de un sentimiento puro y ele-

vado! Buruchuri tenía razón cuando la noche pasada me decía que el amor no llega a su cenit, sino cuando, en plena fuerza espiritual del hombre, minorado el ímpetu de la carne, el varón se alza a la cumbre donde la mujer de ordinario habita.»

El alma gemela estaba allí, y no lejos; mas, como a muchos de aquellos pájaros amados, aun no la había visto, oculta el alma en las espesuras de la humana educación. Adivinaba Mercedes la presencia de las avejillas y del compañero: a ellas las creía cerca; al amigo, en el mundo. De repente un hornero, posándose en las ramas de un eucalipto, alzó alegre trino de trabajador en fiesta. El bosque pareció dorarse de encanto.

— ¡Qué hermoso!... — dijo extasiado Nicenor, con voz de extraña dulzura.

Mercedes le miró. Parecía, en su éxtasis, que, como aquel pájaro, se iba a deshacer entonando un himno de dicha, de admiración, de vigor; pero menos bullicioso, más melancólico, aunque no menos enérgico ni con diferente postura: la cabeza adelantada, los brazos separados del cuerpo, la boca avanzada y las narices abiertas, cual si quisiese aspirar la delicia de la naturaleza, el secreto de su atracción, la sustancia de su vida. Aquel hombre y el hornero aparecían más bellos que nunca a la hora del canto.

Pero faltaba la soledad. Tres adoradores cer-

MERCEDES

caban a la hermosa. El uno, el doctor Muniño, la quería por su físico y relaciones; el otro, don Juan Salgado, el popular consignatario, por su intelecto y metálico; y el tercero, Nicanor, se turbaba por aquel cuerpo escultural, por aquella inteligencia amplia, y, más que por ambas dotes, por aquel corazón de tan delicados y hondos matices: en sus labios rojos y en las inquietas alas de su nariz, veía un mundo de delicias; y en sus serenas miradas y en su natural recato, elevados y profundos sentimientos.

El doctor Muniño derrochaba ingenio; pero, en caudales de esta índole, ¿quién hubiera podido rivalizar con un consignatario de aquellos tiempos? El Mercado Central de frutos, emporio de tanta riqueza, lugar de tantos desvelos y afanes, solía tener sus horas de solaz, y entonces tornábase en facultad de agudeza y chanzas. ¿Quién no tiene presentes en la memoria, quién que lo haya frecuentado un par de decenas antes de la Gran Guerra, aquellos inviernos dorados y sosegados, cuando, desaparecida la cosecha de lana, atendíase a la de cuero con desahogada labor? Aquellos corros en torno de montones de cueros, aquellos cercos junto a los enormes ventanales y portones, ¿qué hacían sino lacerarse a tiros de entendimiento, recrearse con sabrosas historietas de ambos mundos? Allí aprendió Juan Salgado chistes in-

ternacionales: franceses y españoles, ingleses y alemanes; allí ejerció su facultad de réplica, allí creció su sorprendente sutileza.

Mas cuando el corazón habla debe la inteligencia callar. Aquella tarde no tenía Mercedes hambre ni de bromas ni de cuentos. Adormecidas las entendederas, ansiosamente deseaba su espíritu absorber bocanadas de sentimiento, de amor, de irrealidad. Presentía su alma el céliro del ensueño, como suele el cuerpo las mudanzas temporales. De vez en cuando, casi inconscientemente, movida al parecer por oculta fuerza, se fijaba en aquel hombrecito que iba con ellos, quien, sin aspecto de ocuparse, veía todo y, discretamente, posaba en ella de tiempo en tiempo aquellos ojos grandes, llenos, llenos de un magnetismo invencible: notaba recogían todo, lo chupaban, como la tierra a las gotas de rocío.

Se le antojó que la capa misteriosa cubría ya al interesante caballero. Sin confesárselo a sí misma, sentía deseos de recorrer sola con el joven aquellos parajes, envueltos ya en invisible seducción. Por causa del silencio de Nicanor, tuvo una sospecha que, con la rapidez del rayo, le ganó todo el espíritu. ¿Creía el mozo que se inclinaba ella con predilección a alguno de los otros acompañantes? Las circunstancias, tan acertadamente manejadas a veces por las

MERCEDES

altas e ignotas potencias, escucharon las íntimas voces de la adolescente. Rodolfo, apurado y a grito herido, llamó, por una consulta de lanas, a su amigo Salgado, el cual, lamentando que le molestasen para lo que él calificó de macanas, se alejó contra toda su voluntad. Cruzóse con el quintero principal, quien venía a suplicar al doctor Muniño que reconociese a un trabajador indispueto. El flamante galeno, deplorando por primera vez en su vida sus conocimientos médicos, corrió al enfermo, venturoso de que viesse la utilidad social de la medicina, y pesaroso de separarse de aquella mujer, a quien amaba, en el fondo, entrañablemente.

Los dos mancebos se hallaron sin compañía. Cambiaron una mirada por otra, una mirada entre tímida y atrevida. Caminaba Mercedes por entre los árboles con paso seguro. Conocía todos aquellos rincones a las mil maravillas. Desde niña, ¡cuánto había, con sus padres o sola, cruzado por allí! ¡Cómo se acordaba actualmente, envuelta en suave sentimiento, de su cariñoso progenitor; cómo se acordaba actualmente, despierta por la edad al amor, de la deferencia que el autor de sus días tuvo para con su esposa! Nicanor la acompañaba trastornado, fascinado de tanta perfección. Cuanto más la examinaba, tanto más le atraía: advertía su belleza, notaba su elegancia, y se ena-

moraba al pensar cuánta ternura destilaría aquel noble corazón.

Anduvieron silenciosos bastante rato. Ni el uno ni el otro, a pesar de sus intensos deseos, alinaban a mirarse. Nicanor quería decirle algo, terminar aquel pesado silencio; pero no se le ocurría nada y, aunque se le ocurriese un primer, lo hubiera desechado por indigno de declarárselo a tan valiosa compañera. También ella, contando además con la timidez del mozo, buscaba alguna salida; mas tampoco acertaba cosa propia para el caso y la persona. Finalmente, rompió Mercedes a hablar de este modo:

— «¿Quizá el señor se dedique igualmente a la medicina?»

—No, no, señorita, contestó el caballero más y más desconcertado.»

Quedaron ambos de nuevo mudos. Ella reparó la turbación de su interlocutor y se asombró no poco de la cortedad y titubeo del joven. ¿Qué dificultad había para dar prontamente respuesta completa a tan sencilla pregunta?... El se creía humillado de su propia conducta, deseaba contestarle, comprendía la obligación de hacerlo, y callaba, cada vez con mayor confusión. Por fin ella, tan buena como hermosa, sospechando haber cortado la audacia del mozo, compasiva por extremo, agregó entre larga y medrosa:

MERCEDES

—«¿Tal vez a la abogacía?...

—Tampoco, señorita», respondió con suma tristeza el caballero.

Y, tras breve mutismo que comenzó a inquietar y a herir a la dama, nuestro héroe, cobrando valor, manifestó:

—«No he seguido nunca profesión alguna. En mi niñez juzgaron los facultativos que no podría hacerlo.»

Y, como supiera que en nuestra aristocracia la ociosidad se tacha de oprobiosa, levantó a Mercedes los ojos oscuros, grandes, tiernos, cual si quisiese descubrir lo que ella sentía al oír tales palabras. Se encontraron con los azules de la niña, tan suaves, tan llenos de bondad, de compasión...

A partir de aquel instante, como si algún divino heraldo hubiera pronunciado la sagrada voz, ambos seres, a quienes ya unía poderoso impulso, fueron amigos, muy amigos.

Mercedes, con desenvuelta gentileza, le dijo:

—«¿Le gusta a usted nuestra isla?»

El joven, aunque turbado por hondos sentimientos, percibió la bondadosa intención de la dama y, habiendo perdido gran parte de su apocamiento, con animado tono replicó:

—«Muchísimo. Es preciosísima. Parece haber dirigido su cultivo y ornamentación persona de tantas luces como gusto y cariño. Pero, si no

le molestase a usted, quisiera, puesto que el sitio con su soledad y poesía nos tienta y convida, dar a su primera pregunta la respuesta que merece y debo.»

No se le escaparon a la joven la perspicacia y caballerosidad de su ya simpático acompañante, cualidades ambas que en mucho solía estimar, y, con blandura de voz y nobleza de intención, contestó:

—«Como usted quiera, pero si otro sujeto le fuese más agradable, le escucharía con igual placer y provecho.

—¿No le interesaría conocer mi vida?

—¿Por qué negar que sí?

—Si yo fuera su amigo y le preguntase cuál punto preferiría que tratásemos, ¿qué me respondería usted?

—Le respondo como a un amigo: el de su vida.»

Poco a poco el adolescente se había ido desprendiendo de su encogimiento y la doncella de su embarazo. Hablaban ahora ambos con naturalidad y amistosamente. El era suave, melancólico, y su voz apagada e incolora; mas gradualmente iba saliendo de su alma una tenacidad grande, muy enérgica, de fuerza tan inmensa como su dulzura. Por aquella deleitosa y solitaria guarida, por entre hojas y senderos misteriosos, por entre frutas y amorosas aveci-

MERCEDES

llas, cruzaban, como dos antiguos camaradas que tornan a verse tras larga ausencia, aquella mujer fresca, gallarda, linda, y aquel hombrecillo grave, enfermizo, concentrado, animada ella de honda y tierna emoción, transformado él con la hermosura, educación, y bondad de la dama.

—«En mi niñez, principió a contar el mozo, asusté a mis padres. Me veían crecer flaco, débil, raquítico, ellos tan orgullosos de la salud y lozanía de nuestro robusto tronco. Cierta conocido y estimado caballero, hombre de elevadísimo corazón, hombre muy encariñado con nuestra casa, cuyo nombre sonará gratamente cual ninguno a sus oídos, el profesor.... ¿Lo adivina?...»

La niña, que altamente interesada seguía el relato de su compañero, desvió su atención y la concentró en los recuerdos que la memoria le traía a la cabeza. Y en verdad que allí, vestida con elegante sencillez, la frente pensativa, estaba seductora y seducía al bueno de Nicanor, que no perdonaba detalle de su belleza, que lo recogía en su espíritu, que lo saboreaba apasionadamente. ¡Quién que tenga entrañas de hombre pudiera en justicia reconvenir a nuestro joven sobre que, al contemplar la obra maestra del Creador, olvidara la propia vida, la pregunta que acababa de hacer, y la loable intención con que la hizo? El hombrecillo, tembloroso y

encantado, los brazos separados del cuerpo, las manos en agitación, perdida la modesta actitud ordinaria, amenazaba con romper en ardoroso himno al Supremo Hacedor, a la sublime criatura. Mas, de súbito, como títere movido por el divino Titerero, se abalanzó sobre un rosal, escogió nerviosamente una soberbia flor, y vino a la bella, que, despierta de su meditación y sacada de su recato por los movimientos del mancebo, aceptó amablemente el obsequio al paso que comprendía lo que en el alma de aquel tímido encantado había sucedido. Decididamente Venus, desde el Olimpo, se divertía tejiendo en la Tierra corazones amorosos.

Tornaron a reanudar la marcha. Ella, a veces contemplando, a veces oliscando la rosa, andaba a pasitos quedos y pronunciaba, sin acertar, diferentes nombres. Pronto, deseosa de oír al mozo y su historia, volvió la cara hacia su acompañante, y, con sonrisa deliciosa, humilde, suspiró:

— «Me rindo.»

Estas palabras conmovieron hondamente al hombrecito. Hubo de hacer sobrehumano esfuerzo para declarar:

— «El profesor se llamaba don Eduardo Delara.

— ¡Mi padre!..., exclamó regocijada la niña.

— ¿Entonces conocerá usted mi vida?

MERCEDES

—No, no la conozco, continúe, por amor de Dios. Ahora más que nunca le ruego me abra su pecho como a fiel amiga.

--Estaba, pues, continuó, el muchacho, en que don Eduardo aconsejó a mis padres que no me obligasen a trabajar, que no me encerrasen en el colegio, que me acostumbrasen a viajar, a distraerme, a vivir al aire libre. Los autores de mi existencia no dudaron en seguir el sano consejo de tan estimado amigo. Desde entonces mi vida fué cual la de las aves de paso. Residía temporadas en el campo, volaba luego a las playas, venía a los parques urbanos, y emigraba a extrañas tierras. La yerba y las flores, los panoramas y los edificios, la tierra, los pájaros y el agua, me cautivaban el ánimo: ¡cuántos ratos felices he pasado en nuestro grandioso Jardín Zoológico, admirando de los carnívoros la fiereza, de los antílopes la graciosidad, de las aves el rico plumaje y forma, de los pájaros la asombrosa variedad y canto! Entonces, cuando las criaturas me alzaban al Criador, entonces sentía en la cabeza, en el corazón, un vacío inmenso. Refugiado muchas tardes en el Jardín Botánico, quizá sin calcular la inteligencia y labor que tantas plantas y flores reunidas y clasificadas representaban, avalorando únicamente la tranquilidad y aire del solitario parque, meditaba sobre mi desgraciada existencia...»

Hubo un corto instante de silencio. Mercedes acarició a su amigo con dulce mirada. El mozo, estimulado con tan rica prenda, prosiguió diciendo:

—«Aprendí a guiar caballos, a dirigir bandros, a gobernar automóviles. Todos elogiaban mis habilidades, mi despierta inteligencia, mi aptitud para diversos ejercicios o entretenimientos corporales. Yo, en cambio, como advirtiese que no sabía a los diez años las primeras letras, sufría, sufría horrores, hubiera preferido a aquellos ensalzamientos amargas censuras, acerbas críticas. En torno mío los mayores hablaban del teatro, los menores del colegio, sitios para mí vedados. Ocasionalmente pasaban en casa tardes de fiesta niños parientes o conocidos. Más de una vez, viéndoles leer libritos llenos de portentosas imágenes, les supliqué me repitiesen lo que leían, y ellos, tan amables cual condescendientes, me referían cuentecillos bonitos y, para mis pobres sentidos, gratísimos como la miel a los paladares lamineros...»

Ni el doncel ni la doncella osaban mirarse. El, alimentándose en la poesía del pasado, no podía sustraerse de su magia; ella, dominada por la misericordia femenina, evidente prueba de la parcialidad que por este sexo el Todopode-

MERCEDES

roso ha mostrado, callaba apiadada y enternecida.

— «En cierta ocasión, adicionó el caballero, dije a la mamá de mi padre, cuya blandura para conmigo rayaba en debilidad: «Dime, abuelita, ¿por qué no me llevas al colegio, adonde concurren tantos niños, al teatro, donde se representan escenas tan curiosas? Llévame, llévame al teatro, abuelita. Van también las personas mayores.» Enternecida la venerable anciana, a quien Dios tenga en su santa gloria, me contestó, mirándome con su noble cara, con su aire de afabilidad y grandeza: «Al colegio no puede ser. Ya el curso ha comenzado. Al teatro, ¿por qué no? ¿Quieres venir hoy mismo? ...» «Sí, sí, abuelita», respondí, y, animado por la bondad de su rostro, la amabilidad de su consentimiento, y la seguridad de su cariño, agregué: «¿Y me enseñarás a leer? ¡Hay tan bonitos cuentos en los libros!» La faz de la matrona dió señales de algo como interior lucha y finalmente oí de los queridos labios: «También te complaceré en esto. No me negarás que hoy paso de la raya.» ¡Pobre, pobre abuelita!...» suspiró Nicanor tan conmovido, tan entregado a Mercedes y a las confidencias, que no se acordó del poco trato que tenía con su bondadosa oyente. Mas advirtiéndolo luego su falta, se excusó con estas voces:

—«De seguro, señorita, que le estoy importunando con tales niñerías.

—¿Niñerías?... ¡Qué esperanza! Muy al contrario, intimidades del alma. Yo también he tenido una abuelita anciana, tierna, complaciente, embarazada. Si no fuera abusar de su cortesía, quisiera suplicarle continuase. ¿No nos habíamos convenido en que seríamos amigos? ¿Por qué, pues, no me trata como a tal?»

Incitado nuestro protagonista por tan fina voluntad, hizo nuevamente uso de la palabra:

—«Cumplió la amada señora su doble promesa. Primero me condujo al teatro. Echaba aquella tarde el célebre payaso británico, tan familiar a nuestra memoria, el señor Frank Brown, una pantomima, tan grata a nuestros ojos, La Cenicienta. Cuando desde el palco contemplé aquella sala prodigiosa, aquellos decorados deslumbradores, aquellas numerosas luces, aquella concurrencia tanta y tan rica y distinguida, dudé si habitaba, mudado en príncipe por alguna hada, algún palacio encantado. Mi sorpresa, mi maravilla, acrecían de instante en instante. Miraba a la escena y volvía la vista a la sala, y así, suspenso, embobado, se me iba la tarde. Yo no sabía qué me gustaba más si lo que veía en la escena o las niñas que adornaban la sala, ricamente puestas, derrochando con sus variados tipos, colores, y atavíos, asombro-

so placer, irresistible encanto. Pronto desaté la duda. Paréceme que me revecó arrastrado por mi abuelita a una preciosa muñeca viva, la cual se me antojó un ángel descendido del Señor. Todavía, después de tantos años, traigo en mi corazón aquellos ojos de cielo, aquellos cabellos de oro, aquellos labios sobrenaturales... ¿Acaso la conoció usted, Mercedes?...»

Al hacer esta interrogación, miró el mancebo a la doncella con los brillantes ojazos y ella a él con los celestiales luceros, garzos, tiernos, de mirada suave, como luz de luna. Sin saber el motivo, la niña se ruborizó, y, sin intención alguna, llevó la amada rosa a los labios de sangre. Él, sereno, dueño de sí mismo, observó la turbación y el gesto y los atesoró en el altar de sus entrañas. Los papeles estaban trocados en la hora de ahora. El caballero, sin insistir, prosiguió la historia de su vida.

— No volví por entonces más al teatro, porque el día siguiente salimos al campo mi abuelita, mi madre y yo. Durante el camino recordaba embelesado las nuevas escenas y figuras que había visto con mis propios ojos. Mi abuelita y mi madre, y más la primera que la segunda, me enseñaron a leer... Pensando en los cuentos que aprendería, estudié con suma aplicación. A cada rato oía en boca de las queridas señoras alabanzas de lo que ellas se compla-

cían en llamar mi asombrosa rapidez de comprensión. Poco después pude leer un cuento pequeño, microscópico, repleto de imágenes, regalo de mi difunto padre, y después otro, y otro. La lectura dió a mi vida un indecible bienestar, una cuantiosa riqueza, y una completa felicidad. Mi cerebro, poblado de nuevos seres, enriquecido de perspectivas ignoradas, lleno de conocimientos insospechados, veía paisajes de ensueño, personajes de idilio, y hacía combinaciones que me sorprendieron y agradaron infinito. En aquel punto y hora gocé un instante de los muchos que a las cabezas geniales ha concedido el Señor con dotarlas de la facultad creadora. Pero nunca me permitieron leer mucho ni seguido. Apenas si me toleraban diariamente una hora de lectura, cual si temiesen que, al contacto del ingenio ajeno, se quebrara el hilo de mi existencia...»

Mercedes se estremeció de horror.

--«Cierta día vino a casa un hombre de mediana estatura, panzón, rasurado, con anteojos de plata, y vestido de redingote. La abuelita le llamaba Monsiur Bontemps.

—«Este caballero, me dijo al presentármelo, es tu futuro preceptor e inseparable compañero. Debes seguir sus indicaciones como si yo misma te las hiciera y debes complacerle

MERCEDES

en cuanto te pidiere. Vigilará tu educación con la capacidad y desinterés que le hacen acreedor a nuestra estima, confianza, y respeto. Te enseñará todo lo que las personas de nuestra esfera deben saber. De paso viajaréis juntos. Conocerás nuevas tierras, distintos seres, costumbres diversas.'

Dirigiéndose luego al caballero, completó así su discurso:

—'Mi nieto no le molestará mucho. A pesar de su tierna edad sabe obedecer cumplidamente.'

Con serme el señor Bontemps simpatiquísimo desde la primera vista, el recorrer con él medio mundo, máxime separado de los míos, no me agradaba sobremanera. Tuve en mi habitación amargos pensamientos y veleidades de resistencia. Pero, como comprendiese cuánto cariño, cuán sana intención, guiaban a los que tanto me querían, sometíme, aunque con grandísima pena. Comencé nueva vida, más regular que antaño, si tal palabra cabe en semejante correr de un sitio a otro.

Viajamos por las provincias, por las vecinas Repúblicas, por Europa, por Norte América, por China y por el Japón. Los adornos de la naturaleza, las obras del ingenio humano, la novedad de civilizaciones tan perfectas algunas y tan

diferentes de la nuestra otras, no arrancaron de mi pecho una espina que tenía allí hincada: Yo no deseaba ver otra cosa que mi querida patria, mis amadas personas.

En medio de mi dolor, derramó mi amable acompañante no poca alegría. Sabía muchas cosas y otras tantas me enseñó con singular cariño y maña. Cada país era, para este útil compañero, cual un libro abierto y familiar en que, a alta voz, me leía acabadas descripciones, asombrosas historias. Si mi ingrata memoria no me traicionase a diario, sabría ahora Dios sabe cuántas verdades, sin ningún trabajo ni mérito...

—Mejor que mejor. El mérito vuelve a veces soberbios a los hombres. Perdona y prosiga, interrumpió Mercedes.

—Hallándonos en Yokohama, aquel hermoso puerto del potente imperio asiático, el señor Bontemps, a raíz de cierto telegrama de casa, rompió nuestro itinerario. En la ciudad nos aguardaban dolorosos vacíos: mi pobre abuelita, mi adorado y noble padre, rindieron al Hacedor el tributo de la vida. Mi desconsolada madre, señalándome retratos de los fallecidos, me repelía con insistencia:

—Murieron pensando en tí, Nicanor. ¡Te amaban tanto!

—Ahora, mamá, no nos separaremos más,

MERCEDES

le dije cierta vez y me cobijé en su regazo tierno y amante.

—Iremos juntos al Cielo, hijo mío, a unirnos con nuestros queridos difuntos. ¿Qué tenemos ya en la tierra?

—Tienes razón, mamá. No hay ahora nada más que cosas.

Mi engaño e ilusión duraron poco. Pero breves días más tarde me brindó el acaso una incommensurable ventura: volví a cruzarme con la compañera de la infancia, con la Cenicienta de mis recuerdos. A pesar de haber trascurrido desde entonces tantos años, tengo presentísima la maravillosa sorpresa: Descansaba yo en Palermo, en el Rosedal, sobre un elegante y blanco asiento de madera. Delante los ojos, senderos de arenillas, céspedes, y una bonita fuente. A un lado, cerca, sobre un rosa!, un chinchiribí humilde y pequeño, dominado por la melancolía y aristocracia del ambiente, se despedía del sol con su canto tan penetrante como poético. De pronto, cuando más extrañado estaba de lo absorto y manso que vivía el pajarillo, cuando más me sorprendía de la rica concurrencia que cruzaba por las sendas, netamente distinguí entre todas ellas a una preciosa niña que, frisando en los quince abrilés, madurada por los ardores de nuestra luz, parecía la divina criatura para la cual crecían las flores, susurraban las fuentes,

pintaba el sol, y trinaba la humilde avecilla. ¡Oh, qué hermosa, qué hermosa andaba mi ilusión de ojos de mar; qué hermosa, qué hermosa mi adorada de cabellos de paja! En ningún extremo del orbe, en ninguna de las fantasías humanas, ni siquiera en las subyugadoras creaciones de Tanyu, no había visto yo, ni podía existir, mayor inspiración del divino Maestro, que está en los Cielos...»

Mercedes, seducida por aquella voz cálida, por aquel tono suave, por aquella historia tan triste, por aquel espíritu amoroso, oyó el quejido de la boca amiga, dejándolo llegar al corazón. Sin querer ni poder resistir aquella insinuante y varonil dulzura, como si ella, Mercedes, fuera aquel pobrecito chinchiribí a quien el Señor embelataba con la conmovedora despedida de su diurno cuerpo luminoso. Detúvose un segundo y, sobre el césped delineado por su amante padre, elevó a Dios rendidas gracias y amorosa plegaria.

—« Mi dicha duró apenas, de nuevo confesó el joven. Acabábamos una noche de cenar, cuando mi augusta madre y mi buen ayo discutieron sobre mi futuro. Sostenía este fiel amigo que debía yo entrar en el colegio y prepararme para una carrera:

—‘Le aseguro, señora de Cárdenas, que le será

facilísimo a Nicanor ganar un título y ¡ello hace tan bien en nuestra época y medio!

—No, no puedo consentirlo, monsiur Bon-temps. Delara me recomendó tanto que no me prestase a semejante vida. Además ¿para qué necesita estudiar, si es rico?

—Para ser feliz, señora; para dar felicidad a su prójimo.

—No insista, querido amigo. Aplaudo y agradezco sus nobles aspiraciones. Mas sólo puedo autorizar a usted para que le enseñe algo de nuevo y le permita trabajar un poco más que hasta el tiempo presente.

Al hallarnos solos, mi santa madre hizo que me acercase a ella, y, con insegura voz, me declaró:

—‘Otra vez, querido hijo, nos vamos a separar. Tú renovarás el mes próximo el viaje. Iréis a Suiza, a París, a Londres, a Berlín. ¡Qué de bellezas destilarán en tu retina!

—¿Por qué no me acompañas, mamá? ¡Me aliviarías tanto el destierro!

—Lo he pensado; pero por ahora no puedo. Te prometo, sin embargo, que, no bien arregle mis asuntos, correré a Suiza, donde pondremos casa.’

Mi pobre madre no acudió a la cita. Bien pocos meses después, estando nosotros en Madrid, falleció, no sin instarme por escrito que

no mudase mi régimen. Volví, pues, a las andanzas, continué, sin entregarme de lleno, el estudio, en cuyo bálsamo confiaba como mi profesor, y así aquí me tiene usted, a los veinticinco años, sin carrera alguna, sin profesión determinada, aquí donde todos tienen la suya. Por eso, cuando usted, a quien siempre tan fervoroso culto rendí, me hizo aquella corriente pregunta, yo, que a sus ojos hubiera deseado aparecer como el primero de los sabios, sentí humillación y no acerté a dar la usual respuesta, por lo cual imploro el perdón de su bondad, así como por este largo discurso, hijo del desco de disculparme cerca de persona tan considerada.»

Tras corto silencio, la dama, esforzándose por desasirse del arrobo en que su compañero la sujetaba, con inefable dulzura y blando acento contestó:

—«Nada me cuesta excusar su tardanza, bien que confieso me tuvo usted con ella un instante lastimada. Mas olvidemos tanta crueldad de su parte. ¡Ha sido usted conmigo casi un ogro!, festivamente dijo mirándole. De la largura de su discurso, no tengo por que reprochársela, y, consiguientemente, por que perdonársela. Yo misma le he inducido a relatarme sus penas, y, si así no fuera, tan a rica golosina me ha sabido la voz de su poético espíritu, que le aseguro

MERCEDES

desearía continuase usted aún sus interesantes confidencias.

«Con el corazón en la mano, voy a decirle que, aunque creo comprender el alto sentimiento que impulsaba a su noble preceptor, apruebo por completo la insistencia y firmeza de su digna madre y el sabio plan de mi difunto y adorado padre. Y si no, vamos a cuentas, señor rebelde: ¿Para qué sujetarse a riguroso sistema de trabajo, si especiales circunstancias no lo exigen? Por otra parte, quizá la humana inteligencia crezca más y se desarrolle mejor, cuando en la niñez es menos esclavizada. Su apetito de lectura tal vez sea el mejor instrumento para aprender; y ya ve usted que no considero lo mucho que enseña el gran libro de la naturaleza. ¡Tanto, tanto, sin embargo, recoge el entendimiento mirando alrededor; tanto, tanto vagando por el mundo, hablando con los hombres! Usted mismo, Nicanor, es un patente ejemplo de estas teorías. Vuelve a nosotros, a pesar de su juventud, con tal madurez de inteligencia, que pocos se atreverían a competir-sela...

«No proteste y déjeme pasar a los recuerdos y a los agravios. También yo reconozco al compañero de mi infancia y lo reconozco en sus ojos negros y en su atrevida timidez. Somos los mismos que de niños. Y ahora, amigo mío a

los agravios. ¿Cómo ha podido usted, que, por cierto, recientemente no me ha escatimado galanterías, cómo ha podido, en este siglo de las postales, dejar de escribir alguna a su tan ponderada seductora de los ojos azules y de los rubios rizados? No me interrumpa. Usted es un ingrato, usted no ha guardado a la compañerita de su infancia....

— ¡Mercedes, Mercedes! », gritó alguien cerca de ellos.

El encanto estaba roto. La realidad era que discurrían por habitada quinta y que sus compañeros les echaban de menos.

— « ¡Aquí, aquí!... », respondió la señorita, mientras con una amistosa mirada y una sonrisa que aún tenía los delicados y alegres pliegues de las últimas voces del discurso, cerró las confidencias y vino a confesarle:

— « ¡Chis, chis, amado! Yo te abriré presto mi corazón. »

— « Al fin los encuentro, chilló el doctor; con tanto árbol y maleza no ve uno a nadie, ni a dos pasos. ¡Qué paraje más ideal para los solitarios y enamorados!

— ¿Qué tenía el enfermo, doctor?

— Nada, una hernia. Es un caso corriente. Me mandan todos a llevarlos a ustedes. ¡Poco que han andado! Empezábame a temer que se hubiesen ahogado. Vengan. Ya está el té servi-

MERCEDES

do. El punto es de lo más pintoresco. Pronto lo verás, Nicanor. En esto de panoramas, como en cirugía, no envidiamos a ningún país del mundo.

—Ni en empanadas, dijo una voz familiar saliendo de entre unos árboles.

—¡Buruchuri!, exclamó alborozada Mercedes. No sabía que estuvieses aquí.

—Vine a estudiar unas plantas, creyendo la isla deshabitada, y, como oyese vuestras voces, salí de mi ensimismamiento. Dime, Cárdenas, ¿qué respondes al doctor?

—De cirugía nada puedo decir. De paisajes los hallo sorprendentes y de otras cosas estoy seguro que las hay insuperables.»

Mercedes le pagó la flor con amable mirada, y Buruchuri sonrió paternal y picarescamente. No podía Melchor evitarlo: sus estudios y delicadas clasificaciones le habían hecho sutil y comprensivo, así como su cultivado corazón benigno y protector. Por otra parte, los azares, que alguna traviesa divinidad parece sembrar en propicias ocasiones, le habían dado a conocer tanto como sospechara.

Hablando de esto y aquello, llegaron al sitio señalado, el cual dejaba tamañitos los elogios del doctor Muniño. Debajo de un sauce llorón, instalada en rústicas mesitas, vestidas de blanco, cubiertas de ricos y en su mayoría ca-

seros manjares, servido ya el popular líquido, se solazaba aquella gente moza. Acogieron a sus compañeros alegremente y con ingeniosas burlas y dichos. Salgado, asaz comedido y galán, fortalecido además por el unánime y ruidoso aplauso de los jóvenes, se levantó, y, después de hacer a Mercedes una entre ceremoniosa y burlesca reverencia, le ofreció el brazo que ella hubo de aceptar, y la condujo graciosamente al único asiento libre de su mesita, al paso que, dirigiéndose a los otros cuatro compañeros con quienes la compartía, les declaró:

—«Poco os traje en mi persona, mas mucho en mi compañía.

—¡Que repita!, gritaron los otros.

—De un lado vuestra ardorosa y generosa invitación, de otro estos apetitosos dulces y sandwiches, permitidme cumpla primero la máxima de nuestros antepasados: *Mens sana in corpore sano*.

—¡Bis, bis!, vocó Buruchuri desde una mesa cercana.

—*Qu'est-ce que ça?* No, hables vasco aquí, che, replicó Salgado.

—Perdóname. He querido citar a Tito Livio.

—Está en la otra mesa, a tu izquierda. No nos molestes por culpa suya.»

La cortesía, el buen tono, la modestia de una doncella, y el natural pudor femenino, no

MERCEDES

toleraron que Mercedes desestimase el galano ofrecimiento de don Juan Salgado, para continuar con Nicanor un ya bastante prolongado aparte. Este mozo quedó con el doctor Muñiño, mas el joven cirujano, a quien desabrían las partes de su brillante rival, presto se desembarazó del afortunado caballero, quien, llamado por Rodolfo, tomó asiento en la mesa que presidía Laura y animaba con sus chistes tan abundantes como bien sazonados.

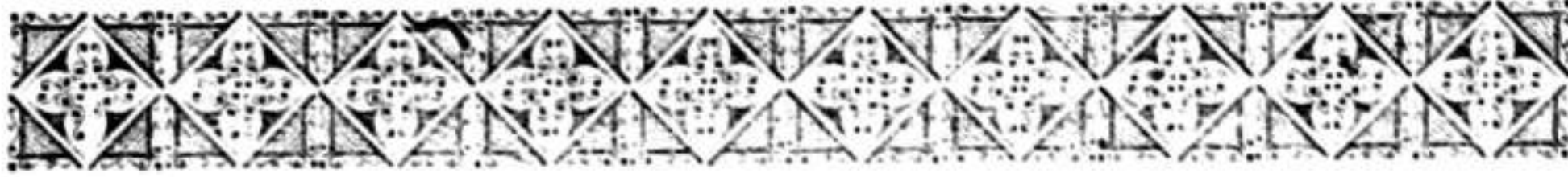
Gustada la merienda, desparramáronse los mozos nuevamente por entre aquellos árboles, de cuyas cargadas ramas cogían el gustoso fruto. Nicanor, entre Buruchuri y otro camarada, iba pensativo. Dolíase de la separación de Mercedes; pero, después de tan larga conversación como habían tenido, no juzgaba oportuno acercársele de modo atropellado.

Llegó hasta querer él, muy conocedor de la fruta, ir a la niña con pretexto de ofrecerle algún durazno tentador por su madurez y sabrosa carne; mas el temor de quedar malparado, de jugar a la querida dama una mala partida, comidió la porfía del mozo y le disuadió la idea.

También ella se acordaba de su amigo, también hubiera deseado recibir del misterioso compañero las atenciones, zalamerías, y favores que prodigan, cuando las galantean, los enamorados corazones a las reinas de sus ensueños.

Mas Venus y sus amorcillos, fatigados quizá de la labor de aquella cumplida tarde, no conducían los amorosos mancebos a los apropiados lugares y ocasiones, ni usaban de las flechas, que en su carcaj llevaban, envenenadas con amorosa fiebre. Por consiguiente, cuando Febo tornaba a recogerse, volvieron nuestros excursionistas primero a *La Silenciosa*, luego a sus autos, y finalmente corrieron a la alumbrada urbe, para cumplir sus numerosos compromisos nocturnos, sin que ni en el transecurso del viaje, ni en la amarga hora de la despedida, cambiasen Mercedes y Nicanor otra cosa que dulce mirada y amistoso apretón de manos.





III



Encontró Mercedes en casa con hambre de silencio, de soledad. A medida que avanzaba, procuraba más y más dominarse, pues sabía cuán sobre sí había de estarse para no revelar el secreto de su alma. Conocía a su madre, avaloraba, en su justo precio, la industria de la señora para sonsacarle interioridades.

Felizmente doña María andaba aquella noche de amores. Vivía para hacer memoria de su Eduardo, el finado esposo, tan galán y bueno, tan amante y culto. En tales ocasiones solía la dama, pretextando prematuro sueño, cerrar a todo el mundo las puertas de su cuarto. Y sola, luego que sacaba del primoroso cofre los queridos recuerdos, repasaba la transecurrida existencia: la gallardía del mozo, los agasajos

del enamorado, la mansedumbre y finura del marido.

En el regio comedor, vestido para recibir a las habituales amigas, sin compañía cenó Mercedes aquella noche. Mientras llevaba maquinalmente los manjares a la boca, soñaba en el caballero amado. Aquella vida de solitario errante le infundía honda piedad. ¿Qué podía realmente motivarla? Hizo memoria de vagos susurros oídos en lejanos tiempos. ¿Sería posible que la cruel enfermedad se cebase en tan cumplido mancebo?

Porque ¡cuidado si lo veía grande, ella, que ahora lo admiraba dorado por los rayos del travieso y enredador Cupido! Su cabellera, cejas, y bigotes, le traían a la imaginación el plumaje de aquellos renegridos de la estancia que maltrechos por el inconsciente cazador caían en las manos de la hermosa. Sus dolorosas palabras le recordaban estos animalitos, cuya agonía endulzaba ella con pasarles las delicadas manos por la blanda pluma: ¡qué dulce era entonces la mirada del pajarillo! ¡Cómo la suavidad del plumaje gustaba a las palmas de la bella! ¡Cuántas inocentes avecillas habían partido de la vida embriagadas por aquellas dulzuras de los felinos dedos, pagando con besos de sus ojos las caricias de la niña!

La vista clavada en el vacío, el tenedor, en

MERCEDES

su siniestra mano, delicadamente detenido entre la mesa y el propio rostro, veía la enamorada conmovedora escena: ella pasaba sus blancas yemas por la cabecita del amado, y él, pálido y moribundo, delicadísimo de agonía, la enajenaba con aquellos luceros ardientes y misteriosos.

« ¡Ah, exclamó para sí Mercedes, ya descorrí el misterio de mis amados ojos! : nos dan los últimos rayos del alma que se pone en el ocaso de la vida. »

¿Debo repetiros aquí la usual frase de los novelistas insignes y modestos? ¿Debo repetiros, digo, que la niña no pudo conciliar el sueño? ¿Debo deciros que allá, a las altas horas de la noche, cerráronse sus preciosos párpados? ¿Me obligarías, indiscreto lector, a leer para tí, en las cerradas ventanas de la amante, los tiernos delirios de la desposada? Si tal hicieras, tendría que confesarte que, gracias a costosa discreción, supe retirarme a tiempo, y que, apenas yo lo iba discutiendo en mi cerebro, cuando ya corría Venus sobre la doncella el tupido manto de la amorosa impenetrabilidad.

Al día siguiente, nublado y amenazador, almorzaron doña María y su hija en el comedorcito, servidas por una criada de confianza. Estas ricas damas, como antes las altas familias de Roma o la célebre reina de Francia, cansadas

de regios alcázares, buscaban, si se hallaban solas, la comodidad y bienestar en exiguas estancias, y así rendían, más o menos advertidamente, culto a la dichosa medianía. Trataban ambas damas, quienes solían de ordinario confiarse todas sus cosas, de ocultar la una a la otra el secreto de sus corazones, los delicados pensamientos de la pasada noche.

—«¿Así que se nos casa Laura?, preguntó la anciana. Creo será feliz. Rodolfo es un buen partido.

—Y ella se lo merece.

—¿Quién te dice lo contrario? Yo creía que se la llevaba Buruchuri.

—¿Qué ocurrencia, mamá! Buruchuri tiene otras aspiraciones.

—Sí, la de comprar empanadas. ¿Por qué me miras con esos ojos? Te digo que anteayer a la tarde lo ví comprando empanadas. ¿A qué no adivinas dónde?

—Dilo.

—En el mercado del Centro, allí donde pasa medio mando todos los días. ¡Me dió una rabia!... Paré el auto y le esperé para cascarle las nueces por habernos traído esto de Europa.

—¿Qué quieres..., mamá? Allí los sabios y aquí todos compran pasteles en las confiterías. ¡Cuántas veces le traía papá caramelos y pastelitos del Aguila!

MERCEDES

—No digas zonceras. Los pastelitos son una cosa y las empanadas otra, y si tu papá, después de enlazarnos santamente, dió en comprar bombones, fué por mí y para mí; mientras que Buruchuri se los compra y se los come él mismo. En persona me lo dijo su propia madre.

—Espero que no lo trataste mal.

—Sí; ¡le iba a descerrajar unos tiros! ¿Crees que soy Chorrillos? Se salvó gracias a Dios. Figúrate que, cuando salió con su paquetito, lo llamé. ¿Qué supones que hizo? ¡Se puso a sonreír, el sinvergüenza!

—No iba a ponerte cara de perro rabioso.

—Calla, te digo; figúrate que, cuando voy a abrir el pico, se me adelanta y me dice: «Doña María, mire con quien vengo. Cárdenas.»

—¿Nicanor?

—Sí, mujer. ¿Acaso he tirado un nuevo aerolito? Apenas lo ví, se me partió el alma. ¡Pobre muchacho!

—¿Por qué?»

Doña María la miró con extrañeza. El tono de Mercedes, tan encendido, le picó. Tras corta vacilación, dijo:

—«Porque, porque ha perdido a sus padres.»

Las dos mujeres guardaron un rato silencio y ambas pensaron en aquel muchacho. Su padre había sido el íntimo amigo de don Eduardo y, después del matrimonio de este caballero

con doña María, tanto don Juan como su santa esposa, vivieron con ellos en estrecha y noble amistad, la cual fué gran solaz así para los unos como para los otros.

De pronto entró la vieja sirviente, quien conocía a Mercedes de la cuna, y, con una mirada, llevó la atención de la señora a la niña: La pobre enamorada, abstraída, cavaba en la rigurosa vida de su amado.

—«¿En qué piensas? ¿No ves los macarrones?»

—En nada, mamá, o sí, en el mal color de ese muchacho.

—¡Pobre!

—¡Sin embargo las muchachas le quieren!»

Doña María puso los ojos en su hija, como si intentara escudriñarle el alma, y, con grave entonación, le afirmó:

—«Pues las muchachas no deben quererle, sino como amigas.

—¿Por qué?»

—¿No has visto su color? ¿No te digo que es un enfermo?»

—Enfermos, enfermos, poco o mucho, lo somos todos.

—Sí; pero los que son mucho cual Nicanor, y los que son conscientes de ello y nobles como Nicanor, no se casan. Nunca podrás imaginarte

MERCEDES

cuán horrible es ver en un hijo nuestros males o flacos, nuestras taras. ¡Pobre don Juan!

—¿Qué enfermedad es ésa, pues?

—Tisis.

—¿Tisis? ¿Y su padre...?

—¡No! Su padre, cuando se casó no era tísico, o por mejor decir, no sabía que lo era. La enfermedad se declaró pocos meses antes de nacer este muchacho, primero y único vástago que han tenido. ¡Pobre don Juan! El, tan bueno, tan caballero! Cuando lo supo, se puso malo, inconsolable, y de alegre, gallardo, y conversador, se volvió triste, apocado, y taciturno. ¡Pobre! Cada día se hizo más devoto. Por quitar a su hijo el mal que recelaba haberle dado, hacía cosas inauditas. ¿Por qué te parece que él, incrédulo meses antes, llamó Nicanor a su chico?

—¿...?

—¡Porque había nacido el día del santo varón!... Creyó que el mártir le protegería.

—Y lo ha protegido. Ahora está sano.

—Sano, no; protegerlo, quizá; ¿qué sabemos nosotros de lo que pasa en el Consejo del Orbe?»

Terminado el almuerzo, Mercedes, como todos los días antes de volver a su habitación, fué a besar a su madre. La anciana, que acostumbraba recibir con indiferencia el ósculo fi-

lial, la abrazó aquella tarde con cariño y le advirtió:

— «¡Y ya sabes, vida mía, Nicanor puede y debe ser un buen amigo; pero no podrá nunca ser un esposo como Dios mandó.»

Sin responder palabra, se retiró la joven a su cuarto. Sentada en la cama, traspasada de dolor, pensaba en su adorado.

— «¡Pobre, pobre Nicanor!, se decía. ¿Qué culpa tiene él? ¿Voy a abandonarle miserablemente? ¡Jamás!... Mamá está en lo cierto: seré su amiga, su amiga enamorada. ¿A qué, pues, atormentarme? Me alegraré para recrearle. Le gusto y le doy felicidad; seré, por lo tanto, su bálsamo, su alivio; mientras viva aquí le buscaré, le daré el vigor de que su naturaleza carece. ¡Pobre, pobre amigo mío! Pero... ¿es correcto que una mujer busque a un hombre, es correcto que la cegada discorra por la boca del precipicio?»

Sus ojos vieron entonces allí, junto a la cama, sobre el velador, una preciosa figurita de oro, el regalo que don Juan le hiciera en la primera comunión. Dirigiéndose a ella y postrándose de hinojos, murmuró:

— «¿Qué haré, virgencita nuestra, qué haré? ¿Seré buena o mala?»

Parecióle que la reliquia se animaba, que de sus ojos brotaba tierno estímullo.

MERCEDES

—«Sí, seré buena. Le daré el consuelo que a nadie falta en este mundo. Si hay obstáculos, si hay peligros, tú me los removerás, tú me los trocarás en verde prado.»

Mientras oraba, colmósele el pecho de sosiego y suavidad, y a la borrascosa tormenta de su alma sucedió resplandeciente sol, que daba calor, vida, y gozo a su hasta entonces desolado espíritu.

Levantóse, meditó unos segundos, y entró en el tocador contiguo. Después de aproximarse al teléfono, pidió comunicación con Buruchuri. Melchor no estaba en casa; pero tomaría el té aquella tarde en Hárrods, con las de Berriburu, sus primas. Todavía tenía Mercedes algún tiempo libre que empleó en arreglarse, en trazar planes, y en pensar en Nicanor con indecible ternura. Bastante temprano, tras de mirar al retrato de su padre y pedir al difunto le amparase, salió la niña.

En Mayo y Florida, despidió el auto, se internó en la angosta calle. Tenía singular cariño por aquella vía tan antigua como favorecida. Con los años y con las avenidas diagonales, había perdido algo de su primitivo boato y recogimiento; pero aun continuaba siendo lugar de magníficas tiendas, centro de los atrevimientos juveniles, y *deambulatórium* de personas mayores y respetables. Las damas guar-

daban ley a aquel templo de sus hazañas. Allí, más de una vez, vieron reflejada en los ojos de los caballeros la propia seducción.

Mercedes, mirando esta vitrina, deteniéndose en aquélla, cruzando la calle, adornaba con su gracia el aristocrático pasaje, y le daba algo de la suprema distinción que éste poseía. Todo y todos rendían allí culto a la belleza y elegancia nacionales, todo, hasta la manera de ofrecer los artículos el comerciante, decía alabanzas de la delicadeza y del refinamiento de nuestras mujeres. Entre sí los vendedores contendían en brindarles lo más bonito, lo más elegante, lo más precioso, del modo más delicado y tentador. Cada ventanal era un pequeño museo; cada escaparate revelaba abundancia, perspicaz derroche de arte, arte de exposición, arte de producción, arte de colección. El gusto y riqueza de nuestras damas habían llegado a saberse en todos los confines del globo, y de todos los rincones del universo despachaban primores para ganarse el privilegio de calzar a nuestras señoras, cubrir las bellezas de su cuerpo, o acariciar su busto, cabellera o manos, con ricas y apagadas o vistosas joyas. Mercedes, linda como nuestra querida Patria, deslizábase deslumbrante por el asfalto; pero sin intentar atribuirse la propia luz.

Conveniente nos parece que, dejando a la

MERCEDES

niña hacer tiempo y compras en los pisos inferiores de la colosal tienda, nos anticipemos a ella y subamos al salón del té, para ver si ha llegado ya Buruchuri, y qué demontre hacía nuestro querido amigo. Bien que acostumbrado a frecuentar confiterías tan deslumbradoras como las más famosas de Europa, confieso que, ante tan espléndida sala, ante tan aristocrática concurrencia, sentí renacer mi perenne cortedad, grave falla de mi carácter que no ha conseguido arrancarme ni el famoso profesor francés y mío, aquel venerable señor Lurde, amigo cuya ausencia o muerte siempre lloro.

Allí estaba nuestro respetado compatriota Buruchuri. No es el presente lugar ni tiene mi pluma la precisa talla para no digo cometer la ligereza de juzgar, ni siquiera para encarecer la monumental labor del preclaro ciudadano que, conduciendo la nacional Botánica adonde la ha llevado, con hechos demostró al mundo, como tantos otros compatriotas nuestros, que, si es cierto que tenemos respetables y afortunados capitalistas, es injusto decir que no somos otra cosa que enriquecidos mercaderes, cual calamniadoras y serpentinas lenguas lo han asegurado.

El eminente sabio, merced al afectuoso patriotismo de nuestras damas, andaba por el alto mundo con bastante desahogo, quiero decir que,

a pesar de haber perdido en años de honroso confinamiento la costumbre de la sociedad, parecía, por la condescendencia y protección femeninas, tornar a su antiguo desembarazo. Había nuestro paisano traído de extrañas tierras, además de los trabajos intelectuales que todos agradecemos, tres manías, porque ya sabéis, amables compatriotas, que todos tenemos derecho a varias, y enumero aquí las de nuestro amigo: la de la caza, la del mate, y la de las empanadas.

Del trasatlántico se trasladó a la estancia y allí descargó escopetazos y más escopetazos, de suerte que las pobres vacas y ovejas no sabían si aquello era la invasión de los bárbaros o el hundimiento del mundo. A la noche, entre blando e irónico, le manifestó su padre lo siguiente:

—«Desde que has llegado, querido hijo, nadie pasta o come tranquilo: el vacuno por el ruido y nosotros por el vacuno.»

Al otro día, volvió a la ciudad curado para siempre del primer antojo: aquellas pobres perdices, mansas y modestas; aquellos graciosos pechos colorados, bravos y adornantes; aquellas inofensivas palomas, domésticas y arrulladoras, conmovieron su alma buena y tierna y, cuando se acordaba de las muertas por él, sentía pena, remordimiento. Cierta conocida suyo me dijo meses después que el ilustre maestro atri-

MERCEDES

buyó las siete terribles desgracias familiares que hubo más tarde de sufrir al hecho de haber muerto inútilmente, aunque de un solo tiro, a siete urracas adormecidas.

—« ¡Ah, murmuraba Buruchuri, no soy culpable! Tomé sus pechos acercándose para dormir por la panza de un gato amarillo que se arrastraba contra sus víctimas.»

Por esta inocencia, sin duda, los siete terribles azotes no se consumaron por completo y se acompañaron con los siete consuelos del Señor.

¿Quién no había visto escoger yerbas a Buruchuri? Conocía las numerosas casas donde particularmente expendían el polvillo nacional. Muchas veces salía de una de ellas con un paquetito de mate superior. Entendía nuestro héroe que el cimarrón tomado a media tarde multiplicaba su potencia de trabajo. En las empanadas no había pensado durante todo el tiempo que permaneció en Europa; pero ahora no perdía ocasión de juzgar por ellas a un nuevo pastelero y ved aquí la causa de hallarse dentro de aquel salón, invitado por sus primas.

Allí disfrutaba el sabio a sus anchas. Como todos los hombres de esmerada educación intelectual, tenía el gusto de lo bello. Además desde su niñez estaba hecho a la holgura. Con Buenos Aires había caminado a la perfección.

Ahora, después de larga ausencia, después de haber visto tantas bellezas mundiales, creyó que tal vez algunas arrugas marchitarían el rostro amado; pero, al verlo, lo halló espléndido, seductor, casi en plena lozanía, hermosura, y perfeccionamiento.

Allí, en aquella aristocrática y popular tienda, Buruchuri, que no tenía un centavo, gozaba de la riqueza nacional. Desde su asiento veía la suntuosa sala, regia y alegremente decorada. Era espaciosa, estaba llena de mesitas claras, cubiertas de blancos manteles y servilletas, con servicios de metal y porcelana. Abundaba en gente ricamente puesta, millonaria de aspecto, y, quizá de hecho. No había o se presentaba ninguna mujer anciana, joven, o niña, que no luciese costosas pieles, fino calzado, o valioso sombrero. Los hombres, menos numerosos que las señoras, vestían admirablemente. Buruchuri saboreaba ahora arriba la misma vista de opulencia que poco antes catara abajo, en la calle Florida: enjambre de ricos, abundancia, largueza, en una palabra, Buenos Aires.

La orquesta, que estaba bastante de nuestro joven, tocó un tango. Los sonidos corrieron por la sala, completaron aquel boato, agitaron a la concurrencia. Un camarero vino a Buruchuri para tomar órdenes. Melchor, que había dejado a sus primas abajo, pidió tres tés y las consa-

MERCEDES

bidas empanadas, y continuó sorbiendo aquella delicia espiritual. ¡Cuánta, cuánta mujer hermosa! Iban unas, llegaban otras, comían o bebían muchas. Buruchuri examinaba todo cuidadosamente, religiosamente, discretamente: Cuando las veía tan graciosas, tan elegantes, tan señoras, su corazón, como si bebiese un aire mágico, se hinchaba, se enorgullecía.

Retornó el mozo, sirvió el té, los emparedados, la manteca, las tostadas, los dulces, la mermelada, los pasteles, y las empanadas, y marchóse. Buruchuri al ver todo esto se inquietó: sus primas tardaban. Miró a la puerta para ver si venían y de repente vió aparecer una figura tan familiar como querida. Galanamente ataviada con un delicioso vestido marrón, estaba lindísima Mercedes. Los dos amigos se saludaron afectuosamente.

—« ¡Tres té, Buruchuri!

—Sí, espero....

—¿Esperas? ¡Y nosotras que siempre te creemos absorto en altas combinaciones científicas!

—Siéntate.

—No. Vengo por tí. Quiero verte esta noche en el Coliseo.

—¿Afeitado?»

Mercedes sonrió y, tomando acto continuo su cara un tinte grave y clavando en su amigo los ojos, con expresiva mirada le contestó:

—«Acompañado.

—Iré con mamá.»

Mas, como advirtiera que Mercedes no estaba para bromas y notase él la singularidad de su mirada, le dijo:

—«Tú dirás con quién.

—¿No te lo imaginas?... Vendrá Laura....

—Y Rodolfo.

—¿Crees que con su amigo, aquel Nicanor?...

—No sé.

—¡Cómo!, ¿no sois amigos íntimos?

—De todo corazón.

Y le dejás solo aquí, en su patria, donde casi no conoce a nadie. ¡Pobre muchacho! ¡Parece mentira que hayas vivido tanto tiempo en el extranjero!

—¿Me supongo que no pretenderás que le invite al Coliseo?

—¿Cómo?

—Estará harto de oír a estos cantantes.

—A los artistas los escucha uno cada nueva vez con mayor placer. Además estaremos nosotras; ¿dudas que valgamos unas horas de vuestra consideración? Te estás poniendo descortés, Buruchuri.»

El joven iba a defenderse, cuando aparecieron sus primas. Después de saludarlas y bromear un instante, despidióse de ellas Mercedes

MERCEDES

y, al estrechar la mano de su amigo, le recomendó con muy significativa mirada y sin ser oída de las otras señoritas, quienes ahora se sentaban, lo siguiente:

—«Ya sabes. No faltéis.

—«Iremos», contestó Buruchuri con seguridad y miró a su amiga salir bonita, resplandeciente, enamorada.

Los tres primos se sirvieron, gustaron los alimentos, y bebieron el tibio líquido; pero, con más hambre de espíritu que de cuerpo, comían poco, miraban mucho, y conversaban sin cesar. Las primitas, tras de manifestar a Buruchuri que la Botánica le había avivado el ingenio, hicieron donaire del físico del mozo, sin descuidar lo que pasaba en torno. Nada dejaban sin atención o comentario: advertían la beldad que entraba o salía, reparaban en este o aquel vestido, en aquellos cuerpos, en estos ojos, en la distinción de uno, en la gracia de ésta, en la relativa vulgaridad del otro. Súbitamente les entró a las muchachas la ternura y los tres primos hablaron de los primeros años de la infancia.

Cuando, cosa de las seis, bajaron a Florida, la calle había mudado de cara: ¡ni siquiera un automóvil! En cambio estaba cubierta de gente de ambos sexos que iban a sus quehaceres o venían de ellos, llenando las veredas y pa-

vimiento. Las muchachas se dirigieron a pie hacia la Avenida de Mayo y Buruchuri subió a la plaza San Martín. Por aquí alzabase el gigantesco hotel, donde se hospedaba su amigo Nicanor, y, según le habían dicho, cuando telefoneó de lo de Harrods, le encontraría a las seis y media en su departamento.

Dió, en efecto, allí con el caballero, quien no vaciló en resolver que seguiría a su amigo. Quería a Buruchuri por sus nobles esfuerzos intelectuales y por la bondad y rectitud de su corazón, y Buruchuri a él porque se le había metido en la cabeza que aquel espíritu de Nicanor encerraba algo como de divino, como si el Supremo se ocultara en débil cuerpo. Nicanor se vistió y los dos amigos fueron a cenar al palacio de doña Margarita.

— Inútil que nos apurémos, Nicanor, mi madre no estará en casa hasta la hora exacta. Anda hoy de tiendas.»

Los dos camaradas cruzaron lentamente los pasos de la plaza San Martín.

— ¡Qué hermoso es esto!

— ¿Verdad..., Nicanor?

— Parece así, rodeada de soberbios palacios, el jardín del predilecto alcázar de alguno de aquellos asiáticos Emperadores de las fábulas.

— Aquí, en estos bancos, cerca de nuestro pró-

MERCEDES

cer, me siento feliz con las riquezas de nuestra patria.

—Tienes derecho. Mira el Santísimo Sacramento. Sus agujas llevan el suspiro de una matrona a las sagradas plantas del Señor... ¿Qué me dices de estos árboles? Para tí, botánico impertérrito, serán delicia del entendimiento; para mí representan la unión federal tejida con lazos verdes e indisolubles.»

Hubo un momento de silencio. Los dos jóvenes pensaban en la ciudad, en la patria. De pronto Buruchuri, como temiese que su amigo se entristecía, sin ninguna otra intención que la de divertirle las tristezas le preguntó:

—¿Qué opinión formas de nuestras mujeres?

—He oído muchas veces mentar su belleza y elegancia: pero creo como el finado doctor Declara que su misión debe ser menos la de agradarnos y maravillarnos, que la de darnos ciudadanos egregios.

—¿No piensas que siguen esa regla?

—Estoy seguro de ello; pero, como decía el célebre doctor, luchan aquí con un país nuevo, sin instituciones ancestrales. Felizmente poseen prodigiosa energía, amplio espíritu, y extraordinaria facilidad de asimilación. Nosotros mismos, amigo Buruchuri, conocemos damas

respetabilísimas que han recorrido en años etapas de siglos.»

Cerraron de nuevo la boca. Buruchuri aguardaba ansioso la voz de su amigo, con la esperanza de que iba a pronunciar una de las sublimes arengas que nacían de sus labios, cuando aquella especie de sobrenatural delirio bullía en el espíritu del mozo. Pero su compañero, descendiendo de las generalidades a las intimidades, le confió:

—«Amigo Buruchuri, no voy a revelarte un secreto. Sé que involuntariamente has descubierto el sentimiento que alegra mi afligido corazón. Desearía, sin que comprometamos a la niña que tú y yo queremos, me respondieses a una pregunta.

—Habla.

—¿Crees que tiene mi adorada otro amor que el nuestro?

—Amor, no tiene sino a tí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por esos favores, invisibles a los ojos profanos, que concede el corazón encendido solamente a los seres privilegiados.

—Yo creía que era piedad, amistad.

—Te engañas. Amistad, la tiene por mí, tan grande y noble como yo por ella. Piedad, tal vez te tenga. En el fondo, amigo mío, frecuentemente va la piedad con el amor. Tu destierro,

MERCEDES

orfandad, y pureza de costumbres, bastarían a explicarla. Mas, en el amor, hay otros elementos: cosas confusas, inexplicables e invisibles, corrientes ocultas, predestinación.

—Y su titubeo, ¿cómo lo interpretas? ¿No descubre acaso la presencia de un rival?»

Buruchuri sostuvo la mirada de su amigo y replicó:

—«No, titubear, no titubea Mercedes nunca. Solamente prevee poderosos estorbos.

—Su madre.

—¡No! En estos casos poco pueden las madres. El amor no conoce nada más que un dique: la voluntad divina.

—No comprendo.

—Vuestra conciencia os deliene a ambos.

—¿Te lo ha dicho?

—¿Me lo dijiste?...»

Siguió breve silencio. Ya estaban cerca de su destino. Buruchuri, volviéndose a su confidente, pronunció con honda simpatía y sincera amistad estas palabras:

—«No te entristezcas. Adivino que Dios te prepara dulzuras inefables. Cenemos contentos. Hoy la veremos. Dan función de abono. ¿Qué puede alegrar más a un enamorado que contemplar la belleza de su amada? Estará irresistible entre bellas y sedas, entre luces y decorados.

VALENTIN URTASUN

--¿Y si no fuera?

--Irá. Rodolfo me ha dicho que Laura va esta noche.»





IV



DOÑA Margarita acogió a Nicanor con sumo miramiento. Daba a este muchacho la admiración y respeto que siempre había tenido a aquel don Juan Cárdenas, tan inteligente, tan locuaz, tan distinguido, y tan desgraciado. Por otra parte a la buena señora le bastaba tocarle ir al teatro para ponerse de excelente humor. Era una melómana. Su oído se había formado tan gradual como involuntaria e inconscientemente: Primero oyendo a su mayorcita romper el piano para aprender piezas populares, y asistiendo a los teatros de género chico, donde tanto se acordaba de su tierra; después aguantando los ejercicios clásicos que durante tres horas consecutivas y

diarias practicara su menorcita; y ahora, de propia voluntad y gusto, subía a los palcos teatrales todas cuantas veces asentaba en Buenos Aires una buena compañía de ópera. Tantas funciones había visto, a tantos celeberrimos cantantes había escuchado, que, a pesar de la fuerte cultura musical de aquel selecto auditorio, no desagradaba su presencia en la sala de los fervorosos de la música. Además, tanto había ascendido esta meritoria señora, tantas lontananzas contemplado desde el día que dejó su pueblecillo vasco de España, que cualquier escena que se representase en las tablas podía comprenderla admirablemente y, en muchos casos, hasta sentir la emoción del creador. Mercedes, con tener tan honorable blasón y tal vez por ello mismo, quería y agasajaba a aquella digna señora que había dado a la República útiles ciudadanos, cuando no excelsos, amén de una vida ejemplar.

A la hora que doña Margarita y doña Leonor, su confidente, atendidas de los dos caballeros, entraron en el Coliseo, la sala estaba deslumbrante. La primera mirada de los jóvenes fué hacia el palco de Mercedes: la encantadora rubia no había aún llegado.

Luego forcieron los ojos a la concurrencia. Reconociendo a unas, saludando a otras, y ad-

mirando sin cesar, quedáronse asidos al muy halagador espectáculo. Aquello era la tierra de promisión. Había bellezas de todas clases, de todos gustos, de todas razas: morenas, rubias, castañas. Dentro de estos colores se distinguían matices delicadísimos: cabelleras de color de paja y cabelleras de doradas hebras; cabecitas oscuras y relintas, cabecitas negras y renegridas. La compostura de los cabellos variaba infinitamente: tocados modestos, peinados atrevidos. Los trajes, con sus diversos tintes, coloraban el lugar de arco iris: blancos y celestes, rosas y granates, anaranjados y verdes. Sus cortes y gustos daban igual diversidad: unos sencillos, otros complejos; éstos simples, aquéllos adornados con profusión de ingeniosas guarniciones. ¿Cómo mi pobre pluma podría describir los soberbios cuerpos, los acabados brazos, las espaldas y pechos tentadores? ¿Cómo tanta distinción, cómo tanto refinamiento y elegancia? ¿Cómo la expresión de los rostros, cómo los latidos de los pechos? La obra maestra de los dioses, fruto de la divina inspiración, ¿puede ser acaso jamás reproducida por mortales manos sin perder de su valor, sin perder hasta el barniz de la celestial oriundez?

En la platea algunos formaban cercos, muchos se reconocían por amigos; entraban los tardíos, salían los cumplidores; se acomodaban

los impacientes, apuntaban sus impertinentes las interesadas. Desde los palcos, las niñas, cargadas de joyas, contemplaban la vista y presumían de galanas con enormes abanicos de multicolores plumas. Arriba, público culto, decente.

Nuestros conocidos no tardaron en ver a los suyos y entre ellos a varios de los nuestros. Allí estaba Salgado, grande, fornido, hermoso, alaviado impecablemente, perorando y perorando. En otro corrillo, Muniño, con soberbios brillantes en la pechera, los puños, y la cadena, estaba hecho un dije. Allí, en los palcos, la menudita Laura y el gigantón de Rodolfo, juntos, charla que charla, confundiendo sus almas más y más con el trato y la general simpatía. La niña estaba deliciosa en su vestido sencillo y blanco; pero ni la carita de nácar, ni los ojos de alegría, ni los labios de brasa, cautivaban tanto como aquella su cabecita de ébano. ¿Qué guardaba que así atraía? ¿De dónde brotaba su encanto? ¿De la forma, del brillante negro pelo, de la suavidad de los mechones, del bello conjunto de partes primorosas y combinadas? ¡Misterio!

—« ¡Qué raro, decía doña Margarita a doña Leonor, que no esté todavía Mercedes!

—Quizá tenga otros compromisos.

—Por ninguno faltaría. ¡Y vaya si entristecerá a más de un muchacho con su tardanza!

MERCEDES

Excepto Laura y nuestra célebre belleza nacional ninguna ha tenido jamás tantos galanteadores.

Nicanor estaba intranquilo. ¿Vendría?... Las palabras de doña Margarita no le sosegaron ni pizca. Y ciertamente que, a pesar del propio cariño por Buruchuri y de la intensa afición musical suya, su amartelado pecho, de no ver a la niña, hubiera preferido la soledad. Súbitamente, cuando ya los espectadores clavaban la vista en el telón de boca, el antepalco de Mercedes se abrió y la famosa beldad, vestida de rosa, distrajo la sala y le mostró los hombros incomparables, el busto enamorado, el alto cuello de cisne, y la cabecita de oro. Dirigió sus dos grandes y azules luminarias a Cárdenas. Le miró derechamente un rato, sin rebozo alguno, dichosa de decir a todos que le distinguía, y luego le saludó con celestial sonrisa. Las luces se apagaron y el primer acto de Salomé comenzó.

¿Por ventura hay entre mis contemporáneos quien no haya aplaudido repetidas veces a la genial actriz que ha hecho amar el arte y estimar a su patria en tantas capitales europeas y americanas? Trabajaba ahora ante un público de fuerte cultura artística y acostumbrado a muy linajudas cantantes, a quienes agradecía el talento regiamente. La estrella brilló con

prodigiosa luz en los tres actos. Así Cárdenas como Buruchuri admiraron más que la potente voz el don de escena, la gracia de movimiento, la mímica tan habladora, y las preciosas figuras que allá en la escena dibujaba con su mágica persona: La danzarina anda, corre, gira; queda, rompe, cruza, vuelve; se desliza, cae, se levanta; se abre, cierra las alas, revolotea. Formaba cuadros tan bonitos, tan animados, tan bellos, que sus apropiados gestos, sus andares lentos o rápidos, sus posturas lánguidas y amorosas o animadas y trágicas, rendían igual seducción que la de la princesa bailadora, hermosa y temible. Corría la maga hechizo, voluptuosidad, arte, horror, poesía. De tal suerte que el público parado, alterado, subyugado, rompió su avasallamiento en entusiasmo y loores: el arte había vencido la escabrosidad del asunto.

Desde el primer acto quedó el público contento, nervioso, exaltado. Durante el intermedio, los espectadores se esparcieron por la sala, los paseos, los palcos, el café. Pronto rodearon a Mercedes no pocos de sus amigos, tantos, que llenaron el palco. Se comentaba la reciente compra de un padrillo en Inglaterra, hecha por un acaudalado aristócrata. El precio había sido enorme, pero toda la Argentina sabía cuánto beneficio semejantes enormidades habían producido al país. Al mencionarse el pagado im-

MERCEDES

porte, no escasearon las voces de admiración:

—« ¡*Egregius equus!*, dijo el doctor Muniño.

—« ¡*Civis benemeritus!*, replicó el consignatario, quien entendía que el país debía glorificar a los grandes ganaderos.

—«Cierto, les declaró Mercedes. Nuestra querida patria debe mucha de su riqueza a estos desembolsos cuantiosos y perspicaces.»

En tanto que tales palabras pronunciaba, sonreía muy afectuosamente al señor Salgado. Aquella noche cumplía con él de modo tan fino, que se percató el simpático consignatario de que de galanteador pasaba a considerado amigo. Por otra parte ya se lo suponía y su alma generosa no le guardaba sino rendimiento. Comprendía además cuánta belleza moral atestiguaba la preferencia de Mercedes. Procuró retribuir sus finzas con rendir atenciones a Nicanor, cosa que le fué fácil porque tenía cariño y compasión a aquel hombre extraño, elevado, y enfermo.

Para dar coyuntura al joven de romper su silencio, Salgado le interrogó como sigue:

—«¿Quién es aquella mujer del palco de Burchuri, vestida de blanco, que ahora se levanta? Apuesto Cárdenas cualquier cosa que no adivinas su nacionalidad?»

—«Fácil me será acertar, Salgado, porque su padre me dijo, cuando veníamos de Europa, que era francesa», contestó Nicanor con especial sua-

vidad, pues había descubierto la intención de su amigo.

Salgado, examinando con gemelos a la niña, agregó estas palabras:

— ¿Vinisteis juntos? Tu caes siempre bien. ¡Qué bonita es! Mira su cabello dorado qué apariencia tan vistosa tiene. La boca es un beso, de pequeña; pero lo que más me choca y agrada es su nariz aguileña, tan chiquita y fina, y sus ojos de sonrisa tan seductora.

— ¡Quién sabe, Salgado, declaró con bondad Buruchuri, si su padre no es un nuevo comprador de lanas y en tal caso podrás tentarlo con un buen negocio? De la lana podríais pasar al cuero.

— No te hagas el tonto, Buruchuri. La lana y cuero ajenos y la piel propia son dos cosas distintas, por lo menos en la consignación.

— Lo más cautivador en esta señorita no es, sin embargo, su belleza, sino su educación, continuó Cárdenas. Cuando la trataba en el barco, me suspendía cada vez más. 'Decididamente, concluía yo, los franceses han resuelto el gran problema de la educación femenina: instruir a la mujer, libertarla, conservarla mundana e inocente, casera y elegante, religiosa e intelectual, y, sobre todo, femenina.' Nosotros, los hombres, no perdonamos ni perdonaremos jamás a los educadores que quiten fineza, gracias, o

MERCEDES

capacidad a la mujer y, particularmente, que la humillen, que la desadornen: nosotros la queremos siempre graciosa, desahogada, natural, y siempre reina ocupar el trono que el amor masculino le ha esculpido.

—Gracias, Cárdenas, dijo Laura con entusiasmo. Nosotras también queremos que en el hombre se conserve su masculinidad, y para esto la primera condición es abrir su intelecto a la bendición del Señor, pero noblemente y a todas luces divinas y humanas y con todas las puertas de par en par. Los pueblos que degeneran o se estancan deben tanta desgracia a sus sistemas de educación, a la estrechez de espíritu de sus educadores. Afear la belleza moral del ser humano es, además de un crimen, una necesidad. Cuanto más grande un hombre o mujer sean, tanto más honrarán a su patria y tanto más dirán bien del Creador. Y la grandeza humana no crece sino en cerebros ampliamente oreados.

—¡Bravo, Laura, exclamó Buruchuri con ardor. ¿Y qué de nuestra educación?

—Buena; pero mejor sería con menos música y más deportes y, en particular, más literatura. ¡Silencio! Por ahora no hay lugar a contesarme.»

En efecto se anunciaba ya el comienzo del segundo acto. Todos se despidieron de Mercedes.

—«¿Nos veremos en la confitería?, le preguntó Laura.

—No, hoy no iré. Espérame mañana en tu casa.

—«¿Tú también?», le dijo Laura sonriente, y miró a Nicanor con simpática mirada. Porque, dígase lo que se diga, gustan más aún las mujeres que los hombres ver que en el mundo une Venus corazones.

Cuando Cárdenas y Buruchuri, quienes, tal vez por pircardía del segundo, quedaron los últimos, dieron principio a la despedida, la niña, con simulado enojo, les reprendió de este modo:

—«¿Cómo?... ¿Me van ustedes a abandonar? ¿Me van ustedes a dejar con las sillas?»

Los dos caballeros, sin aguardar nueva invitación, muy contentos y satisfechos tornaron a sus asientos. Mercedes puso a su amigo a la izquierda, y a la derecha a su amado. ¿Con qué pluma se puede pintar la felicidad de Nicanor? Su amor le colmaba de cuidados. A tiempos, de una primorosa cajita, le ofrecía microscópicos caramelos; a tiempos le encendía con sus ojos amorosos; a tiempos le arrullaba con suaves lindezas. Pero quizá el embeleso del mancebo no llegó a su paroxismo, sino cuando las fibras de su espíritu, despiertas por la música y el amor, silenciosa y recatadamente distinguían las

MERCEDES

bellezas de la mujer deseada y querida, y se saboreaban con tan ricas golosinas.

Luego que terminó el segundo acto, Mercedes se puso en pie, y, seguida de ambos caballeros, pasó al antepalco. Buruchuri pidió permiso para salir a fumar un cigarrillo y Mercedes de buena gana se lo dió diciéndole entre burlas y veras:

—«Te autorizo hoy a quemar hasta una cajetilla entera.

—Que Dios te retribuya la generosidad, respondió el mozo y tomó la puerta.

Los dos amigos, uno cerca del otro, se sentaron en el saloncito. Hubo un rato de silencio. Cruzáronse miradas ternísimas. Mercedes, con la pierna derecha encima de la izquierda, mostraba descuidadamente la punta de su calzado. El, admirándosele, susurró con embobamiento:

—«La zapatilla de Cenicienta.»

Ella, levantando algo el pie y así mostrándosele poquita cosa más, le miró las preciosas manos, al paso que murmuraba:

—«Pero no aspira a un Príncipe... Quiere a un ciudadano...»

—¿A Buruchuri?...

—¡No, no manches, por Dios, con suspicacias la pureza de un sentimiento a'lo!, quejóse Mercedes con energía mientras descruzaba la pierna. Buruchuri es mi mayor amigo de la

infancia, el discípulo preferido de mi padre, el compatriota ilustre. Yo le admiro la nobleza de alma, la belleza de algunos rasgos físicos, y, sobre todo, los desinteresados esfuerzos por la ciencia y por la patria. Pero Buruchuri no es ni quiere ser mío, sino nuestro, argentino.

—Perdone usted mi ligereza. No vi la importancia de mis palabras. Yo también rindo culto a Buruchuri, yo también sé lo que le debemos, yo también sé lo que no le pagamos.

—No quiere tampoco pagos. Es orgulloso como muchos hombres de elevada moral e ideas. Cuanto más les debemos, por más grandes se estiman. El goza con saber que se le deben recompensas como otros en poseerlas, o mejor dicho tanto como el que más, porque sabe que no las usurparía... Pero el amor es otra cosa. A mi amado le dió vida el Señor para mí. Yo no sé cómo es, yo no sé sino que le amo, que cuando me mira me atraviesa, y que cuando me atraviesa me enamora...»

Y apenas volvió el rostro a su amado, agregó:

—«Pon, Nicanor, tus ojos en los míos, mírame adentro, en el alma, que voy a darte mi corazón. Yo te quiero ahora como entonces, tanto como tú a mí. Léeme bien, querido mío, yo no puedo ser, por amor, sino tuya; pero nuestra unión efectiva traería nuestra desgracia, lo que importaría poco; y la de nuestros hi-

MERCEDES

jos, lo que nos quemaría las entrañas. Pero, entiéndeme bien, Nicanor, sólo tu me rindes, sólo tú me cautivas, sólo tú me tienes...»

Los ojos de Mercedes estaban cuajados de perlas y su voz decía tanta entereza, tanta ternura, tanto amor, que el doncel cayó de hinojos a sus pies y le besó las manos con el corazón anegado en tristeza y agradecimiento. Ella tenía ahora aquella cabecita negra en su regazo, ella podía ahora acariciarla con sus manos de rosa como antaño el plumaje de los renegridos; mas con un gesto que pareció desechar la idea, levantó la cabeza, enderezó el cuello, serenó los ojos, y, sacando del pecho una preciosa medallita de oro, dijo al hombre que amaba:

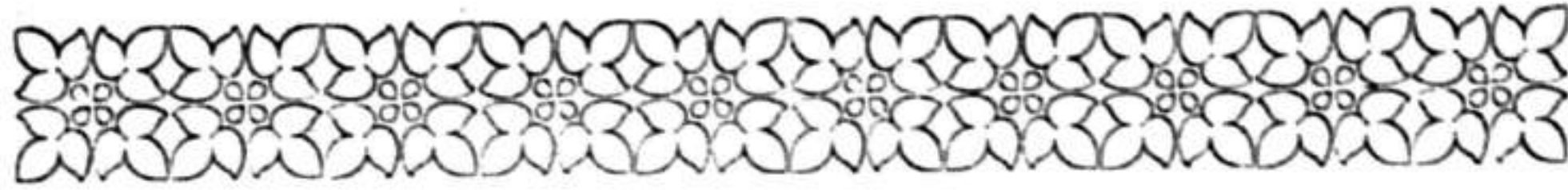
—Alza el rostro, amado mío. Atiende lo que va a confiarte sino tu desposada, tu predestinada: Beso en una cara de esta medallita el sol de nuestra bandera y en la otra la imagen de nuestra Virgen. Si está de Dios que caigas en el extranjero, no lo hagas sin besar las dos caras: con el primer beso me traerá nuestro sol tu retrato, y con el otro nuestra Virgen tu corazón y tu amor. Si me vuelves, me dará la medallita el testimonio de tu cariño y me la devolverás con un beso.

—Moriré con ella.» dijo el mozo llevándose la a su pecho y comiendo con los suyos los ojos de su amada.

VALENTIN URTASUN

Sonaron los timbres. Anunciaban que iba a comenzar el tercer acto. Los dos enamorados recobraron su posición natural y su dominio anterior. Buruchuri entró acompañado de nueva persona, una deliciosa señorita, una hermana suya. Mercedes les rogó se quedasen en su palco, y ella, cuando comenzó la función, salió del antepalco, abandonó el teatro, y poco después oraba en su cuarto delante de la Virgencita de don Juan.





V



Los últimos días que Nicanor pasó en Buenos Aires fueron los mejores de su vida. Recorrió la ciudad nuevamente al paso que se maravillaba de su gigantesco desenvolvimiento. Entretúvose no poco errando por los sitios que de niño frecuentara. Con Mercedes tornó a hilvanar varias veces amorosas pláticas, y hasta no me resisto a compartir con vosotros la vanagloria de saber que una vez me vieron y se dignaron fijar su vista en mi humilde persona, una vez, que, como tantas otras, dulcemente entrelazados, vagaban por los poéticos senderos del Parque Lezama, paraíso que la munificencia del gran ciudadano ha donado a sus compatriotas.

Buscaban allí, como yo, no solamente la sombra de los frondosos árboles, el aroma de las

abundantes y diversas flores, las voces de los felices pajarillos, sino también la dulzura de pasadas escenas, el recuerdo de aquellas noches estivales, cuando la caridad de nuestras matronas engalanaba el deleitoso jardín para solaz de todos y beneficio de los que sin ellas llamaría desamparados.

Así, atándose cada día más fuertemente con nudos del alma, consumían horas deliciosas, mientras un lujoso trasatlántico, salido de la costa europea, cruzaba el mar, arribaba a nuestro puerto, y se lavaba para la pronta vuelta.

Cierta mañana con Laura, Rodolfo y Buruchuri visitaron el palacio flotante. Cuando llegaron al departamento que ocuparía Nicanor, Mercedes le dijo contenta y enternecida:

—« ¡Qué bien irás aquí! »

El joven, reprochándole la idea con una mirada, le afirmó:

—« No lo piensas o, por mejor decir, no lo repitas. Me alejo de tí con el alma partida y de mi patria con el corazón desgano. Ya no veré su magnificencia, ni su bello clima, ni su verde manto y tocado, ni su cielo, ni su fauna. Ya no veré cuando corra el día trabajar al hornero, ni le veré mover su simpático cuerpecito con andares elegantes y aire cuidadoso, ni le veré subir a una rama para deshacerse en pregonar, con su potente pico, el júbilo de hallarse donde

MERCEDES

se halla y hacer lo que hace: la patria y el trabajo silencioso y continuado. De ambas bendiciones he carecido. Es en lo que me diferencio de Buruchuri. El padeció destierro; yo, destierro e inacción, que vale decir extrañamiento sin alegría, sin consuelo, sin mérito. Quiérello mucho; es mi mejor amigo, o, para ser más justo, es, como tu mantienes, nuestro, argentino. Si un día el Supremo resucita a los muertos, al empuñar la bandera argentina, llamará a nuestros compatriotas y seguro responderá Buruchuri: « ¡Presente! » Es, cual el hornero, compañero eterno e inseparable de la Argentina. Mientras viva, en ella lo verás: callado, laborioso, cantor, y nuestro. ¡Quiérello, quiérello mucho!

—Te complaceré. Pero no te quejes. Dios te ha dado la mujer.

—No me quejo. Me basta saber donde nació y saber que una mirada mía conmueve tu alma. Este pajarillo me ha refrescado la memoria de aquella tarde del Tigre en que me confesaron tus ojos que me amabas. Me ha hecho compañía tantas veces, que quiero grabar su imagen y mi cariño en tu corazón. Cuando en los parques sufría, cuando admiraba a nuestra Patria, cuando gozaba de la vida, andaba él en torno, subía, y cantaba... Me dan ganas de quedarme con él y contigo.

—No digas eso. Tu salud es nuestra felicidad.

—¿Qué importaría hoy o mañana? ¿No te parece mejor aquí contigo y con él?

—No me atormentes, amor mío. Tú vas en busca de salud, no de tumba. Me verás y lo verás, me oirás y le oirás.

—¡No! Y, sobre todo, no sufras, vida mía. Presiento, y tú también, que no volveré; sino que con el viaje no hay peligro de descontentar a nuestra conciencia: no me suicido, muero... ¡No te horrorices, querida mía! Déjame hablarte. Déjame delirar que soy capaz de hacer alguna vez noble locura. A tiempos quisiera quedarme para morir aquí, para descansar en *La Chacarita*.

—¿En la Chacarita?...

—Sí, allí. Tú hubieras preferido aquí, en la Recoleta, donde en regios panticones atesoramos de nuestras más ilustres osamentas, de nuestros más adorados huesos, de nuestras más ricas cenizas. Yo preferiría en la Chacarita. La Recoleta es el cementerio de la Buenos Aires pasada, la Chacarita el de la Buenos Aires futura; es grande, colosal, como la urbe de nuestros días, su creadora. A mí me gustaría allí, en modesta y simple tumba, porque es alegre, amplia; porque es rica en árboles, en trinos de pájaros: desde la tierra oiría a nuestro amigo y soñaría

MERCEDES

en tí, y cubrirías mi tierra con flores y orarías en mi tumba.

— Guardaré tus reliquias en mi casa y tendré un altar para que oren y recen por tí, por tu alma. »

Al separarse aquella mañana, sintieron mucha pena los dos enamorados, como si la idea de la muerte los hubiera unido más aún.

Cuando un par de días después salían Nicenor y Buruchuri para el muelle, apenas subió el primero al auto, se le acercó un changador. Era Juan, el incorregible borracho, a quien conocía de niño, a quien tanto había protegido su padre, a quien la borrachera le quitó más de una vez la fortuna. Venía triste por causa de que se iba el niño y porque cuando partía alguno a Europa, se acordaba de su tierra.

— « Adiós, niño. ¡Feliz usted que vuelve para allá!

— ¡Feliz usted que se queda! »

Le estrechó la mano, le dió unos pesos, y pensó: « ¡Pobre desgraciado! ¡Más que yo... o tal vez menos! »

— « Te lo recomiendo. Como decía el viejo, no tiene otro defecto y es fiel como un perro y honrado a carta cabal. »

Arrancó el vehículo y suavemente se dirigió al puerto. La mañana era deliciosa: dorada,

fresca, límpida. En la dársena, junto a otros enormes trasatlánticos, estaba el que le llevaría, con la bandera nacional al tope y la propia en popa. Cerca del barco, sobre el muelle, vió una muchedumbre de hombres y mujeres contenidos por fuerte barrera de policías. No lejos, al lado de muchos otros automóviles, se detuvo el de Nicanor. Bajaron ambos amigos, se abrieron paso por entre tanta gente, y, al pretender cruzar la línea de agentes, se les atravesó de por medio un marinero argentino, bien puesto y urbano, a decirles, con tono cortés y perentorio:

—«El billete, señores. Sólo los pasajeros pueden pasar.»

Mientras mostraba Nicanor su billete, Burchuri le dijo:

—«Sigue. Voy a buscarla. No tardaremos.»

El viajero continuó adelante. Se halló en un trozo de calle, entre el barco y el depósito, unido al primero con varias escalas, las cuales tenían cerca grandes letreros en que se indicaba la clase de pasajeros a que pertenecían. Habiendo llegado a la suya, guardada por un marinero nuestro y otro de la compañía, mostró Nicanor de nuevo el pasaje, subió a bordo, y respondió al saludo del capitán y varios oficiales, quienes, elegante y cuidadosamente ataviados,

MERCEDES

atendían, desde la entrada, a los futuros compañeros.

En el vapor ya había muchas personas. Apenas pudo el mozo echar una mirada alrededor y al muelle, cuando distinguió a Mercedes y Buruchuri. Cubría el cuerpo la hermosa con un ligero traje azul y la cabeza con un sombrero de igual paja y plumas. Entre el sombrero y el pecho azules, los ojos garzos. De blanco únicamente traía el cuello y una plumosa boa, algo abierta adelante. Como joyas, fuera de las obligatorias, una sola: del cuello de la niña una cadenita, y de la cadenita un medallón de platino y perlas, dentro del cual fácil nos será imaginar lo que la doncella guardaría.

¿Sería posible que yo me atreviese a intentar describiros lo que al estrecharse sus manos se dijeron, lo que al mirarse sus ojos se cambiaron? En aquella mirada hubieron ambos de ver, quizá mejor que nunca, por qué se amaban, secreto que ignoraba hasta la propia inteligencia.

Mientras Buruchuri conversaba abajo con los amigos que iban llegando al muelle, los dos enamorados se estaban en el barco. Pasaron a la banda opuesta, la que miraba al mar, la relativamente solitaria.

— «Adiós, amado, le decía Mercedes; vete seguro de mi cariño, de mi amor, de mi pena.

—¿Qué última prueba me das de los sentimientos de que blasonas?

—Mi presencia aquí. Todos nuestros amigos saben que nos amamos, todos nos lo han dicho más o menos claramente, todos nos esperan en tierra, todos están ciertos que cantamos, para despedirnos, el postrer canto de amor. Basta esto para que una mujer quede comprometida, para que pierda su turno de doncella en las lides del amor. A los ojos de la sociedad, bien mío, ya no soy Mercedes Delara, sino la novia de Cárdenas. ¿Te agrada mi nuevo título social, incrédulo?

—¿Y a tí?

—Siento al oírlo el placer del amor.

—¿Cómo, pues, no me acompañas?

—Porque nuestra Virgencita no lo quiere.

—Tu respuesta llena mi alma de dulce consuelo. Quería oírlo otra vez y ahora me voy contento. Si fuera sano, ¿la novia de Cárdenas vendría conmigo...?

—Sí, sería tu esposa.

—Sí, pero no lo serás.

—¡Quién sabe! Quizá tu enfermedad no sea tan grave como suponemos, quizá soportes esta última prueba cual tantas otras, y entonces volveremos juntos.

—No, volver, jamás. Anidaremos aquí, en lo nuestro, con lo nuestro.

MERCEDES

—Así te adoro, vida mía. Aquí brotará de nuestro amor todo el encanto. Construir el nido en tierra extraña es error horrible.

Un fuerte sonido les interrumpió. La chimenea del barco daba el primer resoplido de partida. Buruchuri apareció. Venía a recordar a su amigo que varias personas le esperaban fuera. Quedó luego con Mercedes y bajó al muelle el viajero, no sin mucha dificultad, porque tanto en el barco como en tierra había un mundo de gente. Sus conocidos formaban pequeño y distinguidísimo grupo. En medio de ellos estaba Salgado, más simpático que nunca. Había preferido no vender personalmente las lanas aquel día antes que faltar a la despedida. Apenas vió a Nicanor, corrió a apretarle la mano, y le condujo al cerco amigo, donde se hallaban, entre otros, varios antiguos conocimientos nuestros.

Para cada uno tuvo Cárdenas una frase delicada, una de esas ideas que se acomodan en el alma. A Laura le confesó con dulcísima suavidad:

--«Adiós, Laura querida. Me llevo tu imagen con orgullo. Has crecido tanto en hermosura y capacidad, que nos halagas. Serás de un hombre que merece tu valioso amor y mi humilde amistad.»

El coronel Chorrillos, al oír esto, le abrazó. A Rodolfo, le dijo mirándole en los ojos:

— « Gracias. Te la debo. »

Él le contestó :

— « ¡ Vuelve ! »

Mas ciertamente correspondió a nuestro querido Buruchuri la tarea más penosa de aquella mañana: habiendo vuelto Nicanor, los dos amantes se abrazaron de tal manera, sus almas se confundieron de tal modo que apenas si, merced a varias serias incitaciones y hasta al empleo de la fuerza culta, los pudo despegar, bien que sin desencastillarlos del amoroso refugio. Cuando Mercedes bajó, retiraron del buque la última escala. Todos sus amigos la cercaron y, dentro de aquella multitud, le hicieron un holgado vacío, desde donde publicaba su amor y belleza.

Así la veía su novio, habiendo vuelto a la banda de la costa, desde la nave extranjera. Como Laura le advirtiese que Nicanor la miraba, bajó la niña las manos, y clavó los ojos azules en su amor, abiertos, grandes, enamorados. Así la contemplaba ahora él, mientras el barco, lentamente, sin que lo notase, se desprendía del dique. Los pasajeros desde los puentes, y los acompañantes desde la calle y depósitos, se despedían ahora con las manos, con los sombreros, con el enternecido corazón. ¡ Cuántas cosas se decían ! : amor, cariño, despedida final, simple hasta luego.

De pronto Nicanor vió que entre el barco y

MERCEDES

el malecón había una faja de agua. Tuvo un sacudimiento horroso y se agarró con los ojos a los amados luceros. Los de tierra, súbitamente, como a voz de mando, se agitaron, se inquietaron, redoblaron los saludos, las voces, las despedidas. Algunos, adelantándose hasta el agua, gritaban un nuevo chiste, voceaban la última recomendación, enviaban la postrera palabra de cariño.

Trascurrió un instante. Ahora Nicanor ya no percibía sino una figura celeste y una mancha blanca, rodeada de pañuelos. Las personas, los pañizuelos, los sombreros desaparecieron. Saludaban los de a bordo sin distinguir otra cosa que una masa que ya no alcanzaban a individualizar. Ahora no quedaba a la vista sino lo voluminoso: el muelle y los guinches, los depósitos y las cosas, las torres y las cúpulas. El puerto estaba lleno de naves. Cerca y en torno no descubrían los pasajeros sino mastiles venidos de todas partes del orbe con carga hasta los topes.

Cruzóse el barco con otro de Holanda, el *Gelria*, enorme y bello alcázar del agua, luego con otro de estrellada bandera, el *Eolus*. Pasó cerca del Hotel de Inmigrantes, maravilla de su clase. Nicanor, quieto en su sitio, absorto en su pasión, no veía sino una figura celeste y dos ojos azules, cargados del alma que amaba. De repente, abriendo, como por divino impul-

so, los párpados a la realidad, advirtió una elegante mole, bien conocida, de color de mar. Parósele el alma: allí, en la popa de la nave, un escudo, el nuestro, y un nombre, el que más quería: Buenos Aires. Se le saltaron las lágrimas. Por amor de aquel buque, con don Eduardo, el padre de Mercedes, y con don Juan, su propio padre, había venido en su niñez al puerto. ¡Con qué satisfacción acudían a dar la bienvenida al bonito crucero, cuya potencia creía insuperable! Sin querer, sin sospechar, rendía homenaje al talento, habilidad, y arte de sus constructores. O por mejor decir, saludaba, no al barco, sino a la bandera, a algo propio, a la marina nacional. Con emoción miraba ahora, ahora que se alejaba de la Patria, el uniforme de nuestra fuerza de mar. Los años de escepticismo estaban muertos, muertos para siempre. Ya comprendía lo que quería decir aquel vestido, aquel escudo: no lo había aprendido en el colegio, ni en los cuarteles, ni en el sagrado momento de la jura de la bandera, sino en el destierro adonde el destino le arrastraba sin cesar, camino cada vez más penoso de recorrer.

Palmo a palmo dejaba las aguas argentinas, palmo a palmo se apartaba de la urbe querida, de la ciudad de los jardines y los palacios, de las flores y la abundancia. Ya no veía sino chimeneas, flechas, árboles. Parecía la rada un in-

MERCEDES

menso lago y se le antojaba a Nicanor que la costa les iba a ceñir de ramoso abrazo.

Llamaron a almorzar. El maestra la le condujo a una mesita. Desde allí, por varias aberturas, podía contemplar el exterior. Atravesando su vista alguna ventanilla, miraba el agua del mar, los árboles de la patria, el humo de la capital. Aquellos hojosos paraísos, aquella costa familiar, los había Mercedes de niña adornado, de meza embellecido. Una multitud de escenas sorprendentes, deliciosas, escenas cuya protagonista era su amada, y cuyo asiento la patria común, pasaron por su fantasía, mientras, excitado de la música, el amor, y la ausencia, descuidando los manjares que le servían, notaba de tiempo en tiempo que el alma se le partía, y esforzándose en ocultar su profunda pena.

A la tarde se puso el sol esplendoroso. En nuestra magnífica bóveda, verdaderamente azul o celeste y blanca, sucedían unas maravillosas instantáneas a otras no menos extraordinarias. Finalmente el astro del día, ahora rojo como el fuego, se extinguió. El cielo, cubierto de muy luminosas estrellas, tan cerrado como el mar, daba sensaciones de artista mágico y sobrenatural. El agua, cuanto más lejos de la costa corría, más mudaba de color, y por momentos haciéndose esmeralda, turquesa, záfiro, ofrecía a

Cárdenas deliciosísimo placer: le parecía que de la madre del río salían los ojos de Mercedes, entre azules y verdes, impenetrables, luminosos, amados.

--« ¡Vida mía! », murmuró derramando lágrimas.

Poco después fondearon en Montevideo. Tanto había nuestro héroe recorrido la capital vecina, tan encariñado estaba con ella, tanto había andado por allí su querida, que, al rever el familiar cerro y la bonita población, se creyó aún en su patria o en vísperas de visitarla; pero a la madrugada el vapor zarpó del puerto y se alejó de la preciosa joya oriental. Costearon primero tierra uruguaya, luego brasileña, y últimamente hasta perdieron la alegría de contemplar el continente americano: la nave puso proa a Europa.

Entonces, entonces sintió Nicanor la realidad de la partida, entonces maldijo aquellos palacios flotantes que invitaban a las gentes a dejar la Patria, que ponían el corazón de los hombres en dos hemisferios, que hacían a las personas infelices para toda la vida. ¡Cuántos, cuántos europeos no han vuelto a tocar las tierras patrias; cuántos, cuántos argentinos no hemos visto cerrarse los amados ojos! Mas pensando presto Nicanor en que por el mar llegaría de nuevo a su adorada, bendijo aquellos monstruos

MERCEDES

del agua que le llevarían a ella, que daban a los pueblos tantos beneficios.

Tócanos ya a nosotros despedirnos de nuestro desdichado amigo Cárdenas, aunque por breve rato, para volver a nuestra querida patria. Mercedes, apenas vió esconderse en el ocaso los adorados luceros, volvió a su coche y se dirigió a Luján. Le parecía, especialmente en los últimos tiempos, que la Virgen argentina ponía una rampa de seda entre sus compatriotas atribulados y el Señor, creador del Cielo y de la Tierra. Cuando la hermosa penetró el alegre santuario, la madre del Salvador, solitaria y bondadosa, la acogió con amable sonrisa. Nuestra bella amiga prosternóse de rodillas ante la milagrosa protectora. Luego con llorosos ojos, le elevó la siguiente plegaria:

— «Reina de los Cielos, madre nuestra, protege de mi amado los pasos. Guárdale de las femeninas tentaciones. Conserva en su pecho mi imagen. Devuélvemelo sano y amoroso. Si ha de morir en tierra extraña, bésale de mi parte a la hora de la muerte, y consuélale de sus cuantas y padecimientos. En todas ocasiones, cuando amanezca, cuando brille el sol, cuando duerma el día, acompáñale, acarícialo, cuídalo. Díle siempre, Virgencita, que le amo, que no me olvide, que soy suya, sólo suya. Y a mí, divina protectora, hazme buena, críame valor, ponme

en las entrañas de mi novio. Y ahora, vos, señora, vos, que amparasteis mis amores, dadme de mi adorado los rasgos, de mi adorado los ojos, de mi adorado la voz.»

Sentándose, comenzó a pensar en el hombre querido. ¿La Virgen, compadecida de la niña, le traía el amado al templo? Sólo podemos decir que allí, entre súplicas y acciones de gracias que destinaba a la Madre de Dios, veía al ser preferido, y tan grande era su ilusión, que creía oírle, y hasta deliraba que en efecto tenía lugar el siguiente diálogo, bien que, dadas las creencias pagana y cristiana, no sabemos nunca los pobrecitos mortales si dentro de nuestro cuerpo somos nosotros que vivimos o somos simples campos de las recias batallas que se libran o los dioses entre sí, o los ángeles buenos con los malos.

—«Me voy, me voy, Mercedes, le decía Nicanor. Parto contra toda mi voluntad. ¿Mi destino? Pero ¿quién guía nuestro destino, si no esas divinidades que adoramos? ¿No te parece que son crueles conmigo? ¡Darme pulmones y no dejarme respirar en mi Patria, darme amor y no permitirme gozar de la amada! ¿No es esto atroz e injusto tormento? ¿Qué les hice yo, impotente gusano de la tierra?

-- ¡Calla, calla, amigo mío! No escudriñes lo que está fuera de nuestra inteligencia. ¿No

MERCEDES

sería la mañana insensatez cual si el soldado se empeña en apuntar adonde su fusil no alcanza? Deja al orbe que siga su curso. Tú no eres tan desgraciado como lo dices. Mírate y mira en torno. Dios te ha dado riqueza, amistades, querida. Te aparta de tu patria por designios que ignoramos; pero hace que la ames, te da su imagen para que alegre tu destierro, y te conduce al barco por las manos de una doncella....

—¡Que tantos han pretendido, que tan alto dice de su arte, que tanto habla de su potencia, que tantas fuentes de amor guarda en su alma! Tienes razón. No procuremos desgarrar nosotros el velo del misterio. Dios escoge para semejante tarea trabajadores, a quienes libra el secreto a su hora y en grado conveniente. Nosotros hemos nacido, yo para admirarte, tú para consolarme.

—¿Te consuela que mis ojos te miren, mi voz te hable, y mis labios te besen? Yo pediré a nuestra Virgencita que me veas siempre, que me oigas todos los instantes, que me sientas de continuo. Yo te amo, te amo a tí por tus ojos, por tus labios, por tu espíritu. Y tú, Nicanor, ¿me amas aún?

—¿Por qué dices aún?

—Afirman que en Europa las mujeres son tan lindas, dicen que en París además de ser finísimas se arreglan muy bien; cuentan que en

Londres son tan bonitas, como figuras de cera, como muñecas de ensueño. ¿No le has oído nunca a Buruchuri discurrir de las mujeres inglesas?

—Buruchari no sabe a veces lo que se dice. Los autores británicos y algunas relaciones privilegiadas le han trastornado. Mujer como tú no la hay en el mundo entero y rubia que te iguale ni en la Argentina.

—¿Y las morenas?... ¡Repiten todos los viajeros tantas seducciones de españolas e italianas!

—El amor no se ceba, amiga mía, en los colores, líneas y capas; sino en los espíritus, en las predestinaciones. Hemos nacido el uno para el otro y así moriremos, tú pensando en mí, yo pensando en tí.

—Dime, dime, amado, tu amor...»

Mas en lugar de la voz serena de Cárdenas, una lengüita delgada, aguda, traviesa, le zumbó al oído:

—«Vamos, Mercedes, ya has estado bastante tiempo. No te entristezcas así.»

Era Laura que había venido a ofrecer algo a la Virgen para que Rodolfo no se descaminara después del matrimonio y, como viese a su amiga, tuvo compasión, y se comidió a llevarla y entretenerla. Mercedes no deseaba salir de allí,

MERCEDES

mas al fin hubo de ceder y así se fué después de susurrar :

— Gracias, Virgencita, por haberme concedido de mi amado la presencia; gracias, Virgencita, por haberme concedido de mi amado la seguridad del amor. Cúbrelo con tu sagrado manto, consérvame digna de su celo, y despa-rrama tu conmiseración sobre nosotros.»





VI



ERCEDES cambió mucho. Del mundo no quería sino el recuerdo del ausente y de la tierra la soledad. Favorecía la época sus intenciones: Las fiestas sociales terminaron, los principales teatros cerraron sus puertas, la Universidad suspendió sus cursos, las altas clases se desparramaron por Montevideo, Mar del Plata, la campaña, y las provincias. Mercedes pasó el verano en la estancia. A pesar de radicar esta finca cerca de la capital, a pesar de ofrecer infinidad de atractivos, poco o casi nada había corrido por ella. Sus padres prefirieron siempre o la isla del Tigre o las montañas de la provincia. Ahora, cuando yacía víctima de fatales sucesos, anhelaba el campo, la tranquilidad, el silencio; ahora, co-

razón herido del infortunio, anhelaba tierra no roturada, donde, como antes en el Tigre el autor de sus días, pudiera labrar la historia de su acendrado amor.

El campo le dió el único placer que, dadas las circunstancias, podía disfrutar. Aquella inmensa superficie plana y verdosa, cortada solamente de trecho en trecho por las masas de las estancias y puestos, aquel solitario paraíso del mundo, armonizaba a las mil maravillas con su alma primaveral, llena de amor infinito, y sin otro habitante que el retrato del adorado Cárdenas. A la tardecita salía a caballo, montada en el Nene, magnífico animal criollo, negro, no muy grande, inquieto, de ojos nobles, fogosos. ¡Qué hermosa aparecía Mercedes vestida de amazona! Con su presencia la llanura se embellecía, se alegraba, se ponía más encantadora. Sólo Mercedes allí estaba triste, de luto, y, al trote corto, andaba por los campos de la estancia pensando y pensando en su amado. Cerca de las casas encontraba millares de pajaritos afanosos, juguetones, cantadores; más allá, sobre un montículo de tierra arada, percibía un pecho colorado o amarillo, y más allá otro y otro, moteando la negra tierra y la verde hierba de rojo o gualdo.

Luego vió que allí abajo, dócil, modesta, con humildes ojos, pastaba tranquilamente la bo-

MERCEDES

nita hechicera de la campaña bonaerense: la inofensiva perdiz.

—« ¡Cuánto, cuánto la quería Cárdenas! », exclamó Mercedes.

Unos metros más allá otra, viva, tiesa, alta la cabecita y el cuello, bastante inquieta, comía y escuchaba, miraba y cuchichiaba.

—« La niña, dedujo Mercedes, que ya en la sociedad siente los pasos del amor: ¿Serán dardos y flechas? ¿Serán besos y niños? ¿Cazador o amante? ».

Acullá una tercera corría a todo correr, baja la cabecita, agachado el cuello, empequeñecido el cuerpecito como si quisiese agazaparse.

—« ¡Pobrecita, si soy yo!, dijo Mercedes y paró el potro. Estás asustada de nosotros como yo de las potencias superiores. Si amaras ahora, seríamos gemelas. »

Y siguió su camino, algo más vivamente, para ver una cuarta, despierta, azorada, dispuesta ya a volar:

—« Así, cuidadosa, debí yo vivir y de seguro mi bien no me habría cogido. ¡Qué tonta soy! ¡Me quejo de haber sido deseada, querida! Porque él me quiere, me lo dijo su voz en el Tigre, me lo imprimieron sus labios en el Coliseo, me lo atestiguó su emoción al separarnos. Yo también, Nicanor, te amo, como probablemente se amarán estasavecillas, como tú que-

rías, para anidar en un rinconcito de nuestra tierra.»

Una liebre saltó, corrió, se disparó.

—« ¡La loca!, exclamó Mercedes. ¡Qué atropellada! ¡Si no soy un enemigo, si no soy otra cosa que paloma herida, herida por el misterioso cazador, por el cazador miles, millones de veces más grande que el que tanto temes!»

La liebre, sin cesar de correr, desaparecía en las pajas, reaparecía en el campo, saltaba a grandes saltos las matas y a medida que corría, enloqueciéndose y enloqueciéndose, más y más aumentaba la velocidad de la carrera. Súbitamente la niña detuvo el bridón: cerca, allí, en el suelo, había un terito, chiquito, niño.

—« ¡Qué monada! ¡Cómo le hubiera gustado a mi prometido! Lo llevaré al jardín para que me traiga a la memoria del ausente la presencia.»

Y desmontó, y lo persiguió, y lo cobró.

—« ¡Qué lindo! ¡No te asustes, zoncito! Te cuidaré bien como al retrato de mi amado, como a la ilusión de mi vida!»

Pronto sus padres, gritando ¡tero, tero...!, revolotearon en torno del cautivo y la apresadora. ¡Qué hermosos eran y qué valientes! Blancos y negros, con soberbio copete y rojas defensas, volaban amenazadores, cercando a la bella cazadora. Mercedes montó de nuevo y comen-

MERCEDES

zó a trotar, y el prisionero a chiar, y los padres a dar gritos cada vez más agudos, más estridentes, más provocadores, mientras pasaban cerca de la niña, cual si fuesen a estrellarse contra su cabeza. Mercedes se conmovió de tanto valor, de tan alto instinto paternal, y, sujetando al bruto, suavemente dejó caer al suelo el tierno animal.

— «Vete, le dijo, vete a tus padres, a tu campo, a tu libertad.»

Acto continuo cruzó su memoria la adorada imagen del amigo: huérfano, desterrado, y preso de potencia sobrenatural.

— «¡Pobre, pobre mi amado! Lo estrujan como yo a este pajarito. ¿Lo soltarán?»

El bullicio de los teros había alarmado a los habitantes de la vecina laguna: bandas de chorlitos, diciendo chorli, chorli, volaron rápidos y se escondieron pronto. Multitud de gavioetas, blancas de cuerpo y negras de cabeza, acudieron chirriando a cernirse serenamente sobre la intrusa, mientras infinidad de ariscos patos subían, subían al cielo, ligero, corriendo, alto, muy alto, disparando de un lado al otro, buscando albergue donde posarse.

— «¡Ah, cómo se complican las cosas, pensó la niña, y cuán inocente e impensadamente he alborotado a estos animalitos que se aprestaban a dormir! ¿Quién sabe si con nosotros no sucede

otro tanto? ¿Quién sabe si nuestros mayores verdugos no son seres tan inofensivos como yo? ¿Quién sabe si no nos hacen tanto daño al distraerse como yo de honda pena?»

Súbito el caballo aceleró la marcha, galopó, corrió. Ella, los ojos clavados en el espacio, azuzaba al animal, loca de adelantarse, loca de alcanzar al deseado: allí delante, a dos metros de la montura, veía siempre, sin conseguir tocarlo, el rostro querido:

— « ¡Vida mía, vida mía, quédate, espérame », gritaba como demente.

En esto paróse el noble bruto: había allí una tranquera. Sobre uno de los postes, a manera de remate, vió Mercedes una lechuza, blanca y cenicienta, moteada, con su enorme y giratoria cabeza, con su encorvado pico, y con sus grandes y amarillos ojos, tranquila, serena, impasible, fija la vista en la de la doncella.

— « ¿Qué quieres decir, canalla, ave de mal agüero? Te voy a dejar seca », le increpaba Mercedes.

En tanto, pasaba el látigo de la derecha mano a la izquierda, sacaba el revólver, apuntaba a la lechuza, y la derribaba de un tiro. Acercó en seguida el caballo al animalejo.

— « ¡Qué bella es su pluma! »

El avechucho le clavó los ojos de gato, mo-

MERCEDES

vió el agudo pico, y la miró fieramente; pero de pronto una nube de inmensa tristeza y ternura cubrió la retina del moribundo y expiró.

—« ¡Pobre, pobre animal, tal vez amigo nuestro! ¿Quién sabe lo que le cuesta, lo que paga sus avisos? ¿Por qué, por qué lo he muerto?... »

La niña se serenó un poco. Abrió la tranquera y penetró el potrero de la estancia. Con el sosiego se le ablandó el corazón y rompió a llorar.

—« ¡Qué loca soy! ¿Y la lechuza?... ¿Será cierto que anuncia desgracias? ¡Qué tontería! Y si las anuncia realmente, ¿acaso tiene ella la culpa de que acaezcan? Fuera de esto, ¿quién ignora que los males nos circundan? ¿Por ventura no sé que Nicanor morirá y yo también? ¿Qué otro peor mal podría anticiparme? ¡Ah, ya caigo! exclamó. ¿Qué me olvida? Fantasía, disparate, extravío. Me ama, me ama, pobrecito, quizá demasiado. Si es demasiado, Virgencita, ¿no convendría disminuirle algo? »

Ahora iba Mercedes al paso, aquietada, compuesta. La noche se posaba sobre el campo. De la tierra, de los yuyos, de la maleza, brotaban voces extrañas, maravillosas, de insectos y pájaros, de batracios y reptiles. La sinfonía era turbadora, desconcertadora, seductora, misteriosa, como su amado. Tuvo la novia miedo, tuvo

miedo que la viesan allí sola y de noche, y partió a galope tendido para la estancia.

Allí, en las casas, sobre todo de día era feliz, todo lo que lejos de Cárdenas podía ser. Tres cosas le daban del bien querido la sensación: un torito, las flores, y el hornero. Aquel animal jovencito, gloria de aquella estancia donde había nacido, colorado, con la cabecita fiera y los ojos nobles, tenía la bravura de su prometido. A las flores las escogía Mercedes para el ausente, las combinaba a su gusto, las colocaba cerca de su retrato. Al hornero lo apreciaba como a compañero de su amor, como a favorito del amado.

¡Cuántas veces por la mañana miraba al hermoso toro, tomaba del jardín las flores, o, con el colrecito de su pasión, vagaba por los frutales, ombúes, álamos, y casuarinas! Muchas se sentaba a la sombra de algún arbolillo y escuchaba del bosque los sonidos, del campo los habitantes. Las palomas, mansas, buenas, y amorosas, zureaban en las ramas; los pajarillos chirlaban, gorjeaban, volaban del nido, y volvían a él con alimento para los pichones; los benteveos rompían la suavidad del ambiente con sus gritos de «bicho feo, bicho feo», tan traviosos e irónicos, y alegraban el aire cuando mostraban el pecho, tan amarillo y bravo. Las urracas sobresallaban a Mercedes con sus charlas inaguantables, con sus chillidos horrorosos, con

MERCEDES

sus plumas de loca, y con su fama de sagrado. Pero ningún animal, ni las calandrias, ni las torcazas, ni las cabecitas negras, ni los teros reales, ni las avestruces, arrastraban su simpatía tanto como el hornero. Cuando veía su cuerpecito canela, blanquecino, y rojizo, su andar modesto y gracioso, su casita sólida y alegre, sus hábitos laboriosos, amorosos, y domésticos, se acordaba de su amado, manso y humilde, casero y solitario; pero solamente cuando el pájaro saltaba a las ramas, cuando brincaba a la puerta del nido para alegrar la selva con su trino, solamente, digo, entonces de su novio le traía la completa imagen, le daba el alma, aquella alma que a la hora del gorjeo parecía también romper el cuerpo, deshacerse sobre la tierra. De esta suerte, cuando se fué apoyado en la banda, sus ojos se agrandaban, comían el cuerpo, se extendían, se mudaban en alma inmensa, palpitante, encendida de amor, de apasionado fuego.

— ¡Nicanor!, ¡Nicanor!, ¿por qué te has ido? ¿Por qué no te has quedado? ¿Qué importa un poco más de vida, puesto que moriremos? Por culpa mía no estás aquí, por culpa mía espirarás en el extranjero, por culpa mía mis dedos no acariciarán tus dolores, mis besos no cerrarán tus párpados.

Cierta mañana hubo gran novedad en la es-

tancia: Buruchuri se presentó, sin anunciarse, a caballo, cabalgando a lo gringo. Todo el mundo le agasajó con cariño, porque todos le querían. Como camarada, inmejorable: cortés, alegre, poético, y reservado.

Doña María, que estaba en el jardín, salió a recibirle con estas voces:

—« ¡Tú por aquí, Buruchuri! ¿Qué dice la vieja?

—Recuerdos y que deje la Botánica.

—No le hagas caso. La ciencia te llevará muy alto, ¿entiendes?

—Muy bajo, a la ruina, piensa la vieja.

—Te repito que no le lleves el apunte. ¿Y las muchachas?

—En Mar del Plata.

—¿Qué traes en ese paquete? ¿Empanadas?

—No, señora. Ya me supongo que tendrá usted la cocinerita tucumana. Eso me ha inducido no poco a venir.

—Gracias; pero ¿qué traes ahí?

—Pijamas. No me obligue a revelar mayores intimidades.

—No te hagas el pavo. Suelta la sin hueso.

—Ya podrá usted suponerse.

—Está muy triste, ¿sabes?

—No me extraña. El también se fué deshecho. ¡Pobre!...

MERCEDES

— ¡Qué barbaridad! ¡Sucederles semejante desgracia!»

En esto llegó Mercedes. Los dos jóvenes se saludaron amistosamente. Buruchuri empezó a contar sus penas. A última hora había decidido hacer el viaje y apenas tuvo tiempo de tomar el tren.

— «Hubieras debido telegrafiar para que te mandásemos el automóvil a la estación.

— No se me ocurrió y lo siento. Vengo molido. ¡Hacía tanto tiempo que no andaba a caballo! ¡No podía montar! Tuve que hacerme tener el animal por un peón y me costó subir más que si fuera la Torre Eiffel. Cuando empecé a galopar, me pareció que me iba al suelo, que me saltaban el vientre y los la los del busto, y tengo las piernas, mi Dios, que no puedo moverme.

— Hazte fricciones, gringo, dijo doña María. Voy a mandar que preparen unas empanadas. ¿Querrás de dulce y carne?

— No recuerdo de otras.

— Me alegro porque no podríamos hacértelas »

Mercedes y Buruchuri entraron en la casa.

— «Te traigo una carta.

— ¿De Nicanor?

— És claro. ¿Cómo puedes sospechar que, si no, me hubiera expuesto a tamaños bifes? Di-

me, dime ¿es verdad que convienen las fricciones o es que la vieja se burla de mí?

—Dámela.

—Sírvasela, joven.»

Mercedes, carta en mano, fué a su habitación, mientras enseñaban a Buruchuri la suya. El mozo se internó diciendo al mayordomo:

—«Dile a la tucumana que venga a conferenciar conmigo. Traigo todos los ingredientes. Doña María se chupará los dedos.»

En tanto Mercedes llegaba a su cuarto. Deceosa de leer la carta, procuraba, sin embargo, reprimirse. Acomodóse en un silloncito, abrió el sobre, y ante todo le arrebató una cosa la atención, a saber el monograma de la carta: sobre el papel gris azulado estaban entrelazadas e impresas en plata las letras M. y N. La amorosa ocurrencia le agradó sobremanera, y le ensanchó no poco el corazón, de suerte que entre consolada y afligida dió principio a la lectura.

«Amada esposa:

«Cuando veas mi letra, te acordarás de mí, como de tí me acuerdo cuando la escribo. Tu corazón saltará del pecho al rasgar el sobre, como mi corazón del mío al cerrarlo. ¡Pobre

MERCEDES

amada mía! ¡Cuánto, cuánto debes sufrir, si te desvelan los mismos padecimientos que me consumen! Desde nuestra separación, hallo que la vida se ha tornado insípida. Todo me parece vulgar, insoportable: vulgar el barco, vulgar las gentes, vulgar sobre modo las fiestas o entretenimientos marítimos. Sólo me place el mar, tan grande, tan enigmático, tan agitado, como tu alma que adoro. ¿Tuya o mía?

«Me alejé de nuestras costas con el alma rota, partida, creyendo siempre que veía, que veía tu figura, tu figura idolatrada. A la tardecita me acometió una tristeza inmensa. Hallábame sobre el puente con tu recuerdo, cuando noté algo de anormal que atrajo mi cuidado. Miré: arriaban nuestra bandera. Suceso baladí, pero suceso que me dió la impresión desgarradora de nuestro alejamiento. Aquello me decía que allí acababa la Argentina.

«Desde entonces, cosido con la banda, miré al mar que nos separaba y nos uniría. En el ocaso el sol rojo, magnífico, se ocultaba; y enfrente la luna, más suave, asomaba su pálido rostro; en medio, entre los dos astros, resplandecían tus ojos azules, tus ojos amantes, tus ojos adorados. Adonde quiera que dirigía la mirada, los veía: ras en ras con el agua, delante de mis labios, y allí sobre mi cabeza, en el cielo, en el cielo con las estrellas. ¡Lo que de

amoroso no me decían! Al verlos inquietos, al verlos lacrimosos, al verlos embelesados y dolientes, sentía, discúlpame, amor mío, bálsamo grande, bálsamo que curaba mi corazón lastimado, torturado, desgarrado. Perdóname, cielito mío. Quiero tenerte enamorada, prendida, sujeta. Dime, dime tu pasión en tus cartas. A mi ensangrentado pecho, tu cariño, tan delicioso, será como el aire a mis pulmones. Quiero que mi amor te altere, te martirice, te abraze; quiero que mi amor te coja, te estruje, te consuma. Miro tu retrato sin cesar y sin cesar espero contemples el mío. ¡Cuántas caricias le digo! ¿Las oyes? ¿Te dice algo el mío?

¿Qué cruel soy! No, no, vida mía, no quiero estés en ascuas, sino, como siempre te he querido, tranquila, serena, majestuosa. Todas tus virtudes necesitarás pronto. El cielo de nuestra vida se encapota. No te forjes ilusiones. Tu astro se esconde. Nuestras esperanzas serán frustradas. Debo hablar claramente: no estoy bien, no hay remedio, me voy. Anoche tuve la certeza de mi triste destino. El huracán amoroso me ha dado el golpe de gracia. No culpes a nadie de la pena que nos aflige. Sin nuestra santa inclinación me hubiera extinguido miserablemente; con ella, tal vez muera unos días antes, pero seguro de amantes llamas y con sensaciones deliciosas: tú, la hermosa, tú, la desecada, tú, la

MERCEDES

gloria de Dios, tú eres la mía, la mía... Dándome apenas cuenta de la caída, me voy gozando de tu belleza, de tu imagen, de tu propiedad. ¡Mía, mía! ¡Dichosas palabras! ¡Tú, mía!...

«Tus recuerdos, tus fotografías, tus escritos y palabras, nuestro común pasado, son mi dicha, y hacen celestial el ocaso de tu amante. Con ellos gozo indecible ventura en el camarote. Allí abro mi tesoro, el estuche de mis caudales, el fonógrafo, y convierto la vulgar habitación en un paraíso: oyendo tu voz, mirando tu retrato, te veo en el Tigre, blanca y curiosa; en el Coliseo, rosa y enamorada; en el puerto, celeste e inconsolable. ¿Cómo decirte lo que entonces siento? Beso tu cara, tu rizo, tu alma.

«Perdona mis locuras. Bendice, corazón mío, al Señor, agrádecele la suerte que te ha deparado. No amas a lo amable, no quieres a tu futuro dueño, no adoras a la inconsciente maternidad, sino das belleza a la vida del enfermo, derramas la luz de tu hermosura sobre el moribundo, cubres sus retinas de divino paisaje, de celestiales imágenes. Me voy contigo.

«Pronto llegaré a tierra y seré más feliz porque mejor podré dar a tus ojos, a tu boca, a tu cuerpo, el incienso de mi cariño. Te digo adiós, te ofrendo mis últimos instantes. Prende sus la-

bios en los tuyos quien te adora y es y será siempre y por entero tu

Nicanor.»

Mercedes sintió que los labios del ausente se posaban en los suyos. Mercedes sintió que la cabeza del amado descansaba en su regazo. Mercedes sintió que el corazón del amante estaba atormentado.

Abundantes lágrimas corrieron por sus mejillas.

— ¡Pobre, pobrecito, murmuraba, pobrecito, se me muere! ¿Pero acaso no me lo habían dicho? ¿No me lo aseguró él mismo? ¿Por qué ha partido sino en busca de un poco de aire, de un aire que no existe en el mundo? No será nada. Una crisis sentimental. El temor de perderme le hace ver las cosas lúgubrementemente. ¡Pobrecito!...»

Pero buscó en la carta la frase terrible y presto la halló. Decía ciertamente: «Anoche tuve la certitud de mi triste destino.» ¿Qué prueba era ésta tan evidente? Se lo preguntaría. No sería tan grave. ¿Antes de partir no le había dado esperanzas de cura, no le había dicho que jamás notó síntomas graves? En tan corto tiempo no podía ser tanta mudanza. Entonces hizo

MERCEDES

memoria de aquellos pobres animalitos muertos repentinamente.

-- «¿Mas qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Qué sabemos? ¿Cómo me ama! Siendo su corazón encendido como el mío, poderoso como el del león, agitado por el mar del amor. ¿Qué más da que caigamos en la tormenta, si caemos abrazados?»

Luego, acariciando el retrato de su amado, le dijo:

-- «Tu amor me tiene, tu amor me inquieta, tu amor me da deseos de tu yugo amado. Si me quieres trastornada, lo estoy; si me quieres desorientada, así me dejaste; si me quieres en amorosas ascuas, mira la lumbre que me encendiste. No dudes, Nicanor, soy tuya, tuya como el sol del cielo, como mis labios de tu pecho.»

El temor tornó a ganar su espíritu. ¿Sería cierta la proximidad de la muerte? ¿Cómo saberlo? ¿Y Buruchuri? ¿Por qué venía la carta por su interposición? ¿No traía algún secreto? Seguro. Tocó el timbre nerviosamente. Mientras acudían, mirándose al espejo, procuró componerse algo, de suerte que cuando la doncella llegó, pudo decirle naturalmente:

-- «Dígale al señor Buruchuri que tenga la bondad de venir, y le introduce en mi saloncito.

-- «Muy bien, señorita.»

Buruchuri, cuando llamaron a la puerta, es-

taba arreglándose lo mejor que le era posible, pues sabía que para abordar a doña María convenía, fuera de llevar el ingenio despierto, tener la corbata en su sitio, el pelo bien peinado, y el traje irreprochable. No le extrañó la solicitud de Mercedes y hasta tenía motivos para esperarla. Apenas se halló en el saloncito con ella comprendió cuán transformada estaba, notó las huellas, los destrozos del amor; ¡sus ojos arrojaban una mirada tan inquieta, tan extrañada, tan dolorosa, al interrogarle de la siguiente manera! :

— «¿Qué sabes de la enfermedad de Nicenor?»

— Nada, es decir nada de nuevo.

— Termina.

— Una crisis.

— No comprendo.

— Un ataque.

— ¿Acaso...?

— Sí... Un vómito....

— ¿Cómo lo sabes?

— El señor Bontemps me lo ha escrito.

— ¿Qué te dice?

— Que te quiere locamente, que no piensa más que en tí, que se agravó la enfermedad, que, si Bontemps no le hubiera detenido, se habría vuelto de Montevideo.

— ¡Amor mío!...

MERCEDES

—.....

—De seguro te han dicho algo más.

—Sí; Nicanor me escribió estas líneas.»

Mercedes se abalanzó a leer la carta que su amigo le ofrecía, la cual rezaba los siguientes sentimientos:

«Querido amigo:

Te envío estas cortas líneas para confirmarte lo que de mi enfermedad te dice *monsieur Bon-temps*. Hemos perdido todas las esperanzas. No des mayor importancia al suceso. Tal es el destino de todos los mortales: antes o después la solución debe ser una misma, la única, y el contratiempo igualmente triste para los míos. Así, por lo demás, caigo dorado por el sol más precioso del orbe.

Ya sabes que con Rodolfo sois quizá mis únicos amigos en mi patria. Rodolfo tiene urgentes preocupaciones ahora y no sería noble divertirle de las amorosas dulzuras. Tú, en cambio, mi buen amigo, me agradecerás que te saque por corto tiempo de tus estudios. A pesar de confiar tanto en la energía de Mercedes, quisiera no me la dejes a su pena. Procura que no se tome de la tristeza. Repítele a menudo que muero feliz porque me ama y que su amor ha

sido casi mi única dicha en la vida y, sin duda alguna, mi mayor sentimiento, consuelo, y felicidad. En especial acostúmbrela a la idea de que pronto mis fuerzas se agotarán.

Perdona mi encargo y franqueza.

Cuenta por seguro que, con estar tan enamorados Mercedes y yo, hacemos buen lugar en nuestro corazón al inolvidable Melchor y a sus intelectuales servicios.

Te abraza fuertemente

Tu amigo

Nicanor.»

Mercedes dobló cuidadosamente la carta, al paso que se reconcentraba. Poco a poco los nubarrones de su frente se disiparon; poco a poco la luz de su apacible hermosura le cubrió la cara. Mientras guardaba la carta en el pecho, cobraba una tranquilidad que desconcertó a su amigo, y le declaró:

—«Tu tarea será fácil, Buruchuri. Nicanor me quiere serena y serena me verás. Supongo que escribirás pronto a tu amigo.

—Hoy mismo. Si me das tu carta, me voy mañana. Espero alcanzar el próximo correo.

—Conformes. Dentro de poco iremos a comer. Mírame bien, anota todos mis movimientos, re-

MERCEDES

coge mis ideas, adivina mis sentimientos, y escríbele todo. Ya habrás observado mi reciente transformación.

—En efecto.

—Dile que me destrozó la pena; pero no te olvides de ponerle que no bien leí tu carta, la guardé en mi pecho, y me serené, y te dije que la mejor prueba de amor que la esposa puede dar al esposo es obedecer sus mandatos. ¿Entiendes?

—Todo. Además te leeré mi carta, o mejor dicho te la daré para leerla.

—Gracias. Eres un buen amigo. Emplea mis palabras.

—Descuida. Le diré que te llamas su esposa.

—¿Y no me consideras tal?

—¿Quién lo duda? A los corazones los une Dios. Las fórmulas humanas son diligencias secundarias. Todos tus amigos, por otra parte, te juzgan suya.»

Cuando a la hora de almorzar Buruchuri anunció a doña María que iba a volver a la ciudad al día siguiente, la buena señora puso el grito en el cielo, y, cuando lo vió partir sin hacer gran caso de las empanadas, manifestó su extrañeza:

—¿Crees, Mercedes, que Buruchuri está chiflado?

—Me parece cuerdisimo.

— ¡Ni siquiera se ha llevado algunas lucumanas!

— Los hombres como Buruchuri, mamá, son hombres ante todo de espíritu. Las cosas materiales no hacen presa en ellos, cuando las espirituales hablan.

— ¿Está enamorado?

-- No; se le muere su mejor amigo.

-- ¡Ah!... ¡Pobre, pobre!... O tal vez sea una gracia del Señor. Ya no padecerá más.»





VII



El intenso dolor de Mercedes nada correspondía tanto como la campaña. Allí no hallaba a ninguno que, con su presencia, palabras o gestos, le hiciese preguntas dolorosas de escuchar o adivinar, difíciles de oír o responder. Además, en aquel desierto, sola, podía hablar más a su gusto con el ausente esposo. El campo es, sin duda, en razón de su soledad, de sus irracionales habitantes, el buen compañero del hombre entristecido por la vida. Mercedes había tomado cariño a la fértil tierra, al poderoso sol, a aquellos pobrecitos animaluchos, porque se le antojaba que todos cubrían sus castos amores con Cárdenas.

Pero acortáronse los días, decreció el calor y, por las ventanas del cielo, asomó el invierno

su fría cara. Aunque de ordinario la temperatura no descende mucho en Buenos Aires, aunque los alados encantadores no abandonan nunca el país, con todo doña María insistió en que volviesen a la ciudad. Mercedes se oponía dulcemente. Hallaba en aquellos lugares gran fuerza para cumplir la voluntad de Nicanor, la obligación de apaciguarse. No dejaba el novio carta, y ¡vaya si le escribía! sin agradecer su obediencia, sin dar serios testimonios de amor, sin manifestar constantes afirmaciones de la proximidad del funesto desenlace. La niña, en pura verdad, había, merced a su profundo amor, conseguido tranquilizarse. Sin perder nada de su pasión, sin dejar de rendir el culto merecido a su novio, ahora le quería con el sosiego con que amamos a los seres perfectos, a los seres eternos, a los seres divinos. No deseaba retornar a la capital. Las urbanas diversiones ya no la atraían, y tenía en la actualidad horror a las confidentes.

—«Tú y yo solos, solitos», decía al retrato de Nicanor.

Entendió, empero, muy bien a su madre. ¡Pobre vieja!, pensó. ¡La tengo encarcelada aquí! Está harta de soledad, pájaros, y estancia. Sin amigas ni visitas, sin conversaciones ni diversiones y deberes sociales, se aburre. No tengo derecho de amargar sus últimos años con se-

MERCEDES

mejante crueldad. Nicanor no aprobaría jamás tal cosa.

Así, pues, cierto día entablóse entre ambas la siguiente plática:

—«Vamos, nena mía, no seas porfiada, no pretendas enterrarte aquí. Sufres y sufro.

—Como quieras, mamá; pero te advierto una cosa.

—¿Y es....?

—Que no cuentes conmigo para la sociedad.

—¿Qué... te ha dado la chifladura monjil?

—No, no he nacido para tan santo estado. Me falta por completo vocación. No haré sino retirarme del mundo.

—No te entiendo.

—¿No? Dejemos por hoy tan triste tema.»

A la llegada de doña María a la ciudad, todo el mundo desfiló por su casa. Las almas nobles suelen, en los dolorosos trances, dar la medida de su grandeza. Tanto para Mercedes como para Nicanor no hubo sino elogios. Hasta la rival de la niña, aquella morenita alta, delgada, con aquellos sus seductores ojos negros tan graciosos, tan ensalzados, tan temibles, no publicó otra cosa que estas palabras de simpatía y admiración:

—«En suma, la historia amorosa de dos bellos cuerpos y dos hermosas almas. La consumación del amor no habría sabido tan bien al

paladar femenino y hubiera arrancado ese sello de divinidad que tan gratamente aromatiza este noviazgo. Antes admiraba la belleza de Mercedes, ahora envidio su suerte. Le ha tocado un amoroso divino e intangible.»

Con todo, Mercedes, al contrario de su madre, anhelaba, buscaba, conseguía el apartamiento. No era sólo la ausencia del amado quien se lo prescribía, no era sólo la seguridad de la próxima catástrofe, sino el convencimiento de que su alma estaba picada, tomada, marchita. Las diversiones sociales, las damas y caballeros amigos, no tenían ahora para ella sabor alguno. A las bombillas del Colón, prefería actualmente las velas del templo; a los susurros de los salones, los quejidos de los árboles; a la vista y trato de los hombres, la contemplación del retrato amado, los solitarios diálogos que con él tenía en los parques, entre árboles, flores y pájaros.

Pero en ningún lugar tomaba tanta y tan grande dicha como en la quinta del Tigre. Allí solía acompañarla con sumo placer su madre. Las dos mujeres hallaban en el favorito recreo los rastros de los enamorados corazones. Las dos habían amado a dos hombres dignos de ellas, y de los dos uno cayó en plena gloria y grandeza, y el otro iba a sucumbir en el corazón de la juventud. Con los años, saboreaba

MERCEDES

doña María más y más el amor de su difunto, y, con la proximidad de la catástrofe, su hija se apegaba más y más al ser idolatrado.

Doña María comprobó la fuerza del amor de su hija. No la vituperaba de tan santa preferencia. Al contrario, se alegraba infinito. Entendía que era en el amor donde la mujer daba la altura de su capacidad.

—«Una mujer, concluía, que no sabe amar o no ha amado nunca, es ser incompleto, imperfecto, sin divinidad.»

Ella misma había querido a su Eduardo con locura y todos sabían los obstáculos que tuvo que vencer para arrancar el maternal consentimiento. Estas consideraciones aparte, la buena señora quería a Nicanor. Empero halló sumo placer en ver la manera como su hija sobrellevaba su desdicha. Sin duda la muchacha rumiaba alguna idea; pero iba, al parecer, por buen camino.

Cierta mañana en que, después del desayuno, hojeaba su periódico favorito, descubrió un retrato, una cara conocida. Miró con atención y reconoció a Nicanor.

—«¡Malo, malo!», murmuró la señora.

Efectivamente no podía ser peor: el caballero había muerto. Dedicábale el mundano cronista los tradicionales elogios a las familias distinguidas y a los amigos queridos que no han

podido hacer nada de notable. La trivialidad de las alabanzas dió a la buena señora la medida justa de la desgracia: aquella alta inteligencia, aquel fértil corazón, pasaba a otro mundo sin dejar en éste vestigios de su potencia y riqueza: era una mina inexplorada que perdía la tierra.

— « ¡Qué lástima, susurraba la señora, que no le haya dado por escribir! Se nos muere un gran poeta y de tal manera, que se nos muere hasta su alma e inteligencia. ¿Qué hacer? ¿Cómo decírselo? ¡Pobrecita! Yo no me atrevo. Llamaré a Laura, o mejor a Buruchuri. Este mozo está al tanto de todo. ¡No! Iré yo. Es mi deber. Más vale que yo vea la primera explosión que no un extraño. »

La señora fué, con el papel en la mano, al cuarto de su hija. La encontró más agraciada que nunca, a pesar de su palidez.

— « ¿Qué tienes, hija mía? »

— « ¿Pues? »

— « Te veo algo más pálida. »

— « Ilusión. Y tú ¡qué raro tan temprano por aquí! »

— « Te traigo una novedad. »

— « ¿Cuál? »

— « Grave... »

Mercedes, con gran asombro de su madre, sonrió y le dijo:

— « ¿Fiebre? »

MERCEDES

—Fúnebre, replicó doña María maquinalmente, y más y más sorprendida de la tranquilidad de su hija.

—La sé.

—Me parece que no.

—Seguro que sí. Me la dió ayer tarde Buruchuri.

—¿Dónde?

—En la iglesia. No me sorprendió. La aguardábamos. Todos los días recibíamos noticias telegráficas del señor Bontemps y sabíamos que ya no era sino cosa de instantes.

—Creía que te ibas a...

—¿Por qué? Nicanor no quería, quería que a la hora de la muerte lo mirase como el primer día que lo ví en el Tigre: serena, tranquila, confiada. ¿No crees, mamá, que le complazco, no crees que así será feliz y me amará más? ¿No te parece, mamá, que estoy sossegada? Déjame ahora un rato sola.

—No, me atemorizas.

—Déjame, déjame, estoy hablando con mi amado.

—No, no, porque me asustas.

—No me hagas sufrir, mamita; te juro que no haré nada malo. Te doy palabra. Más tarde te revelaré mis planes. Vete, por Dios, mamita querida.»

Finalmente doña María hubo de ceder y que-

dó Mercedes sola. Se vistió de blanco, con el mismo traje que el famoso día del Tigre, con las mismas joyas, con el mismo calzado, con el mismo sombrero. Después de echar una mirada al espejo, clavó la vista en el retrato de Nicanor y le dijo:

—«Mírame, amado. Así me viste. Mírame serena, tranquila, dominadora, como cuando te avasalié. Pero ahora estoy enamorada, obedezco, cumplo el mandato de mi esposo... Nicanor, ayúdame. Me desconcierto, me aturdo.. Gracias.. Ahora estoy bien, repuesta. Te amo.»

Y, vuelta la cara a la reliquia, le dijo:

--«Virgencita, tú que lo has traído, me lo guardarás en el Cielo; tú que lo consolaste, me fortalecerás. Dame serenidad, Virgencita....

—« ¡Qué hermoso estás, Nicanor, en el marco de nuestro sol! ¡Qué bella tu cabecita pálida, qué bellos tus párpados entornados! Duerme, mi querido. Ahora sí puedo acariciar tu cabellera. ¡Cuán negra! Parece azabache. ¡Qué suave! Parece seda. Dame, amado, tus labios sin color...

«Gracias, Virgencita. Estoy fuerte, resignada. Viviré para confortar a los que padezcan como mi amado, a los que sufran el terrible azote. Debí empezar por Cárdenas. ¿Me dices, Virgencita, que así fué? ¿Eés, pues, cierto, Virgencita, que me llevaste a la hora de la muerte

MERCEDES

a su lado; es cierto que se fué sintiendo mis caricias; es cierto que mis labios recogieron su último suspiro; es cierto que su corazón y amor fueron míos y lo son aún? Gracias, Virgencita, gracias. Voy al templo a rendirte estas joyas, a humillarme a tus pies.»

Las costumbres de Mercedes no variaron de hoy en adelante. Hacía ya mucho tiempo estaba reclusa en el mundo. Con el reciente y rudo golpe descargó del pecho una horrible incertidumbre y un fuerte peso. Ahora no dudaba en su desgracia, ahora no se martirizaba con la imagen de que Cárdenas rodaba por el mundo sufriendo, solo, sin familia, sin amigos, sin otro corazón cercano que le amase salvo aquel del señor Bontemps. Tal vez su aparente cortedad no era sino el temor de contagiar a sus semejantes.

El nombre del preceptor le sonaba bien a los oídos. Tanto lo había asociado a su amigo, que actualmente le parecía una reliquia del difunto. Adquiría además con la muerte de Nicanor mucha importancia. Él lo había visto morir, él había sentido sus agónicas palpitaciones, él era su fiel amigo, su albacea. No tardó en telegrafiarle vendría a cumplir la sagrada voluntad de su discípulo.

Mercedes, antes de realizar el plan que tenía trazado, aguardaba al preceptor, mientras ren-

día culto al inolvidable desaparecido. Para servir mejor a la memoria de su querido, dióse más tarde a trabajos intelectuales, y halló en estos esfuerzos gran consuelo, algún entretenimiento, y, por último, gran gusto y reposo.

Pero por ahora su pensamiento capital estaba concentrado en el preceptor de su fallecido. Quería saber detalles de los últimos días. *Monsieur* Bontemps no ignoraba la impaciencia con que le esperaba, y daba cuenta de sus pasos. Sabía Mercedes que venía, supo que llegaba, y, finalmente, un buen día se presentó el ayo. La niña le recibió inmediatamente en su saloncito.

Al entrar, el preceptor no ocultó su emoción. Iba a ver, a conversar con aquella maravilla a quien tanto había querido Nicanor, él, que viera indiferente las bellezas del mundo. Continuaba bastante grueso, y, como antaño, mezclaba en sus rasgos la bondad y la inteligencia, el celo y la energía.

Su emoción llegó al colmo, cuando sintió los pasos de Mercedes, cuando la vió aparecer. Y es que nunca estuvo tan hermosa como al ir a escuchar la postrera voluntad del hombre amado. Vestida de negro, frescos los colores del rostro, bien abiertos los ojos garzos, y abundante la blonda cabellera. Su mirada, su aire, su porte, revelaban tanta serenidad, tanta dul-

MERCEDES

zura, tanta resignación y tal perfecto dominio de sí misma, que *monsieur* Bontemps, ofuscado de la belleza física de la mujer, quedó prendido de la grandeza moral de la dama.

Ahora comprendió qué había amado en aquella mujer su querido discípulo, qué había encontrado en ella que no hallara en tantas bellezas como viese: era el alma gemela. De los azules ojos de la dama brotaba, como en vida de los ojos negros del fallecido caballero, aquel fuego extraño, aquella dulzura que prendaba, aquella fuerza espiritual pegadiza y dominadora. Tomaban los ojos su mirada en las entrañas de los corazones. Aquellos seres miraban desde el alma, por el alma, con el alma.

Aunque tenía el don de mundo, aunque había vivido siempre entre altos señores, *monsieur* Bontemps, con poseer natural atrevimiento, aspirado que hubo la fragancia embriagadora de aquella hermosura, se confundió un tanto. Mercedes, a pesar de la emoción, a pesar de parecerle que venía con el amado, a pesar de lo mucho que esperaba saber de Cárdenas, advirtió lo que sucedía en el espíritu del caballero, y, adelantándose un poco, le extendió la mano fina, larga, suave, y le dijo:

— ¡Dichosa me siento de ver a usted. Le aguardaba con vivos deseos. Siéntese. ¿Verdad que me habría hallado a su gusto?

—¿Cómo no hallarla bellísima, señora? Don Nicanor....»

El ayo enmudeció. No podía decir ni siquiera una sílaba. La emoción le dominaba. Al pronunciar el nombre querido, la imagen y la historia del difunto subieron, con una lágrima, desde su corazón hasta su inteligencia. Por último rompió exclamando:

—«*¡C'était un brave garçon...!*»

Corrió un rato silencioso. El buen camarada, recobrada la naturalidad, agregó:

—«Perdóneme, señora. Me he olvidado de que era su ayo para considerarme sólo como hombre que le estimaba. Desde que nos separamos, no pensó sino en su novia y en su Patria. La quería a usted cual sólo los grandes corazones saben hacerlo. Yo creo que en su amor había algo sobrenatural, algo divino. Si yo fuera pagano, señora, afirmaríala que alguna divinidad había descendido al mundo y se había encarnado en aquel cuerpecito para prenderos en las redes del amor. ¿No os sorprendió jamás, señora, la misma idea?»

—Infinidad de veces. Nuestro amor fué algo de extraordinario. Caí en las redes sin pensarlo, así, de pronto, como una avecica. Luego que le vi, noté en mis entrañas un sacudimiento extraño, como si invisible fuerza hubiera desgarrado el velo del amor. Su voz, diciendo cosas

MERCEDES

tal vez vulgares, me arrobaba; sus cariños, corriendo por mi cuerpo, me enloquecían; y su ausencia fué tan presente, que me dió dirección, calma, concierto. Más, prosiga, señor mío, cuénteme algo del bien amado.

—El amor le consumía, el amor le agotaba. Su cuerpecito decaía y su alma se dilataba. Cuando llegamos a nuestro destino, me obligó a que alquilásemos un departamento en un sanatorio especial. El lugar no podía ser más alegre: bonitas e higiénicas habitaciones, jardines, pájaros. A la entrada tuvo gran consuelo:

—‘¡Al fin en casa!’ me dijo.

Pero, al ir al jardín, adonde yo mismo le incité a salir, tuvo uno de sus pocos instantes de desesperación.

—‘¡Qué sol tan pálido!, declaró. ¡Qué pájaros tan mudos! Estas aves no tienen misterio. ¿Por qué vinimos de nuestra patria?’

Entonces, viéndole tan fuera de sí, traté de consolarle con estas voces:

—‘Vamos, señor, que tal vez la señorita os contemple. ¡Quién sabe si no piensa que su recuerdo os anima?’

Sus ojos tomaron tinte divino. Desde entonces no volvió a desesperarse. Pensaba siempre en su Mercedes, desde el alba a la oración. Las cartas de la señorita las aguardaba por todos los correos, las delectaba con amorosa fruición.

Cualquier recuerdito que trajeran, ya fuesen cintas y medallas, ya rizos y flores, lo avaloraba tan alto, que hacían de su vida una continua delicia. ¡Cuántas veces yo, nadie más que yo, le sorprendí recitando trozos de las queridas cartas! Porque decía: 'Mi amor deben ignorarlo, mis locuras no verlas. Usted sí, Bontemps, porque se lo contará a mi adorada. Ya sabe, Bontemps: cuando me muera, tome el primer barco y mientras le entregue las reliquias de nuestra sagrada unión, dígame que me moría dulcemente, inflamado en su amor, viendo como en lontananza andaba el astro de su hermosura, como sus rayos doraban mi triste destino'...

—¿Qué locuras son ésas, señor Bontemps?

—Las que os mencionaba en su carta número ocho.

—¿Las hacía?

—Continuamente....

—¡Amado, amado!...

—A medida que llegaba la hora fatal, se revestía de mayor tranquilidad:

—'Bajo a la tumba contento, me dijo, porque me ama, porque la fineza de nuestro amor me asegura que nos encontraremos en el Cielo. ¡Qué gracia ser amado intensamente, ser amado por Mercedes! ¿Sabe, Bontemps, lo que es Mercedes? Es una virgen, un trozo de cielo, es mi amada, mi prometida, mi predestinada, mi

MERCEDES

esposa a los ojos del Señor. ¿Verdad, Mercedes, que eres mía, mi mujer, mi esposa?... Bontemps, córrame sobre la cama la tabla, tráigame el papel y pluma.'

Así lo hice y escribió estas líneas. Mercedes cogió y leyó la carta:

'Adorada esposa mía:

Muero, muero contigo, muero amado, amado por tí. Te veo como el día del Tigre. ¡Qué hermosa estás! ¿Por qué no te besé en aquel instante, cuando besabas la rosa? No sabía que entonces acariciabas mi alma. Ahora te besaría, te abrazaría, te comería. Te veo como estabas en el Coliseo, ¡qué hermosa!, cuando al entrar, de pie en tu palco, entonabas el himno de amor!... Se me van las fuerzas...! Bontemps! Trae la medalla... Sol nuestro, toma mi beso, lleva mi cabeza a mi amada, dásela con la aureola de tus rayos. Y, tú, Virgencita, tú, que nos protegiste, tú, que la quieres, toma mi beso, dile la fuerza de mi amor, dale la serenidad de lo divino... Bontemps, llévasela. Miro tus retratos, Mercedes. Me voy contigo. Ya no tengo vida... Adiós. Te veo sobre el fondo de azabache y chispas de fuego del mar

como una ninfa del océano... Ahora como te vi la última vez... Aun admiro tus ojos como garzos...'

—¿Y después, Señor... ?

—Murió....

—¿Lo trae ?

—No quiso de miedo del contagio. Mis cenizas, me dijo, son para Mercedes.

—¿Manifestó algún deseo ?

—Sí, quiere que usted viva para aliviar los dolores de quienes padecen el desapiadado flagelo, quiere que usted cierre los ojos de los otros, de aquellos que mueran en su patria sin dinero, sin amigos, sin amores. Voy a repetir sus palabras :

—'Se irán de la vida felices como yo porque, al irse, verán a Mercedes y la amarán como yo la amo.'

—Obedeceré tan santas órdenes.

—Os deja su fortuna para ese intento. Quisiera a mi vez suplicaros una cosa.

—Concedida, amigo mío, ¿cómo titubeáis ?

—Yo también lo quise. Yo también anhelo asociarme a su obra. Son sus deseos que, en el establecimiento, aunque bajo vuestra autoridad, os sirva de administrador, para quitaros todo ese trabajo vulgar y penoso.

—¿Cómo duda usted que vacilaré en cumplir los deseos de Nicanor, en allanarme a sus

FIN DE MERCEDES

intenciones de usted, en patrocinar tan justa inclinación? Pero ¿por qué no se queda en el mundo? Tiene para usted tantos atractivos.

—Le quería, a pesar de mi humilde clase, como a un hijo. Sacrificándome por su obra, seré feliz. Quisiera velar con usted a fin de que el enfermo, ni en los menores detalles, no sospeche la explotación, no vea otra cosa que amor.»

Después que *monsieur* Bontemps hubo cumplido su misión entregando las reliquias que para Mercedes traía y poniendo en sus manos el dinero de Nicanor, los dos, la esposa y el ayo, dieron toda su energía a la fundación y sostenimiento del soberbio «Asilo...», cuyo nombre fácil os será reconocer, que, fuera de dar con sus magníficos edificios y condiciones higiénicas y humanas belleza a nuestra Patria y honra a nuestro adelanto, es consuelo de tantos afligidos, y señal de la caridad de nuestras damas, pues el ejemplo de Mercedes no ha dejado de producir abundante fruto en el fértil corazón femenino.

Buenos Aires, Diciembre, 1920.



ADELA

O

DOY

QUE LA VENTURA

NO

CUELGA DE DINERO





I



Don Nicolás Ríonegro, el gran estanciero, a quien su padre dejó tantos campos y tantas ovejas, vivió en Buenos Aires holgadamente y sin mayores pretensiones ni trabajos hasta que, moribunda su esposa, recibió de los queridos labios la siguiente despedida:

—Adiós, Nicolás. Me has sabido querer y muero agradecida a tus cariños y cuidados. Ahora te toca tarea más difícil. Vela por nuestra hija. Hazla primero feliz que brillante.

—Vete tranquila. Te doy mi palabra, contestó el marido.

Cuando la buena señora pasó a mejor vida, quedó nuestro caballero muy cariacontecido y no poco desconcertado, porque, al fin y a la postre, no había tenido hasta entonces otras pasiones que su Casilda, la nena, y el cimarrón.

Apenas despidió a la pobre finada, se le presentó uno de estos problemas menores de la vida, cuya falta de solución tanto mella de ordinario el bienestar de los hombres: ¿Quién le iba a cebar el amargo?

Su única hija, Adela, niña de unos diez abri-les, dióse, *motu proprio*, a tan delicada faena. Y así siguió mi compatriota tomando mate de amigas manos y, a esa hora deliciosa, entre pocillo y pocillo, que decía el señor Vargas y Pozuelo a quien presto conoceremos, charlaba con Adela, como antes lo hiciera con Casilda, la santa, según repetía su desconsolado consorte.

Al ver el asiento de la niña, al notar la gracia de su cara, al distinguir la relativa gravedad de sus facciones, se le venían a la chola las palabras de la difunta, y prorrumpía en sus adentros:

—« ¡Vaya si velaré por la criatura! »

Ipsa facto puso mano al asunto. La educación de la chica le mareó no poco. Sin detenerse a definir el arduo problema, desde un principio lo circunscribió admirablemente: aquello no le interesaba sino en cuanto concernía a su hija. Dos ideas descollaron paso a paso en su cere-

ADELA

bro: que la educación debía variar según la clase de los educandos y que para su intento las gentes se dividían en dos campos, el de los pobres y el de los ricos. De tales verdades sacaba el sistema educativo: los unos debían ser preparados a buscar lo que les faltaba, los otros a usar de lo que poseían. Adela estaba con los últimos. Plata tenía hasta, a su cuenta, de sobra, pues don Nicolás, criado en la opulencia, sabía muy bien que arriba de lo necesario estaba lo superfluo, lo que él llamaba el tesoro del diablo.

Mientras la nenita le traía o llevaba el cimarrón, mientras lo tomaba o paladeaba, discurría sobre su pensamiento favorito:

— «Hazla primero feliz que brillante», me dijo la santa cuando se me iba. ¿Cómo hacerle el gusto? La cosa es peliaguda. Yo no debo mi relativa felicidad al estudio, puesto que nunca he leído otra cosa que periódicos; ni al dinero, puesto que me sobran seis partes de las siete que heredé; ni a las pasiones, puesto que, gracias a Dios, nunca he tenido ninguna. Yo se la debo al viejo, a su educación, a sus sanos principios. Me parece que lo estoy viendo cuando me decía:

— «Ni grandes vicios, pebete, ni sumas pretensiones, ni excesiva avaricia. Ver todo y dejar la mayor parte. No cojas sino lo preciso, lo indis-

pensable: Un hogar humilde, una mujer mansa, mucho cimarrón y buen asado. No dejes jamás el mate. Prefiero verte arrinconando el tabaco. El mate es nuestro, imprescindible. Nutre el cuerpo y el tomarlo hace al hombre reposado y filósofo. Entre chupada y chupada se sosiegan los nervios y se maduran serios proyectos. La mateada da buen humor y tiempo para reflexionar, para no precipitarse a la acción. ¡De cuántas barbaridades me ha salvado!

—¿Qué barbaridades son ésas, ché viejo?

—*Callate, zonzo.*»

Con esta eterna pesadilla en la cabeza, interrogaba de vez en cuando don Nicolás a la chica:

—«Dime, Adelita, ¿quiénes son más venturosos los ricos o los pobres?»

—No sabría decírtelo, viejo. Nuestro vecino, el italiano, a pesar de su riqueza, no es feliz, porque padece de los riñones. En cambio, Bambula, su puestero, se queja de la fortuna y está contento de su buena salud, de su mujercita hacendosa, y de sus traviesos chicos. Nosotros, con más bienes que todos ellos juntos, no somos tampoco felices desde que nos falta la vieja.

—*Tenés razón, Adelita, tenés razón.*

—A nuestro mayordomo no lo creo tan dichoso como a nuestros peones, porque se le ha medido en la cabeza que su nariz se ha puesto im-

ADELA

presentable, lo cual no me parece, por otra parte, cierto. Don Eustaquio se olvida con frecuencia de sus ricos aperos para resentirse de la gloria que de su calva recibe: su pelada es tan mentada en el partido como nuestros toros. ¡Pobre hombre! ¡Me da una lástima!... Si pudiera, le pegaba la mitad de mi cabello.»

Rfonegro apreciaba bastante la inteligencia de su hija y estimaba particularmente el toquecito de bondad con que teñía todas las observaciones, la pincelada de amor con que quitaba la crudeza o ruindad de los hechos, de las reputaciones, de las debilidades humanas. En suma, volvió a admirar en la niña la nobleza de la madre.

A vista de semejante capacidad, nuestro hombre, al rumiar lo de la educación, se acobardaba, temía errar el golpe. De sus meditaciones había sacado en limpio que el amaestramiento de Adela podía hacerse ora en el colegio, ora en casa. La evidencia de la supremacía de la cultura colegial de seguro le hubiera saltado a los ojos en seguida, si no deseara con tanto ahinco tener a su hija siempre cerca, a su alcance. De suerte que no bien pensaba en la escuela, no veía sino el alejamiento del hogar, serios inconvenientes, posibles peligros, probables contagios de todo género con otros seres de diferente índole, qui-

zá pervertidos, quizá mal inclinados de naturaleza.

El acaso, tan compañero de las humanas vicisitudes, vino en su apoyo, y le obligó a tomar partido. Estando cierta vez en el campo, hizo una visita a su vecino, el inglés, en cuya estancia halló gran novedad. Don Gualterio estaba rejuvenecido. Digamos ante todo que este caballero escocés, el cual siempre se hacía lenguas del país al que debía su actual fortuna, no había encontrado otro medio de educar a sus pequeñuelos que el importar directamente de Inglaterra una escocesa pura, pues entendía don Gualterio que sus descendientes, amén de hablar el castellano con acento netamente criollo, pronunciasen la lengua nacional con un dejo escocés de rechupete. Como acabase de llegar de Edimburgo *miss Macfield*, salíase don Gualterio de su habitual circunspección, sobre todo cuando oía el tono de su país; y a la verdad que, sin entrometernos en esta cuestión fonética y sólo mirando a la puntillosa estética, cúmplenos decir que con la venida de *miss Macfield* la República hacía una valiosa adquisición.

Tanto más que, al pasar por Londres, consiguió la compañía de cierta *miss Nicholson*, quien trajo a la capital y a la estancia de don Gualterio, fuera de un cuerpo más alto que la columna de Nelson y un sombrero mayor que

el Imperio británico, unos preciosos ojos azules que daba gusto contemplar.

Don Gualterio la presentó a su convecino de esta suerte:

—Quiere ser institutriz, sabe algo de castellano, y respondo por ella. A ver si entre sus numerosas relaciones le busca usted alguna buena plaza.

Don Nicolás dió palabra de ocuparse en ello. El deseo de guardar a su hija cerca, el ejemplo del inglés, y la buena apariencia y recomendación de la londinense, vencieron su duda. Así *miss* Dorotea Nicholson se calzó el empleo de institutriz de Adela.

La condición de esta señorita no podía ser mejor. Buena de corazón, sensata de costumbres, equilibrada de ideas. Trabajaba sin matarse, pero constantemente. Su educación era la de su clase: sólidos principios religiosos e intelectuales.

La inglesa echó raíces en aquel hogar. Alejada de su familia y patria, tomó cariño a aquel señor tan juicioso y ponderado, a aquella niña tan razonable y sola, a aquel hogar tan sólido, tranquilo y honesto. Modesta y respetuosa para con todos, solía, sin perder jamás su dignidad, prestar a don Nicolás el miramiento a que tenía derecho por su condición y vida. En el fondo lo consideraba «un verdadero gentleman», lo cual,

traducido, era cierto. Cuidó de la huerfanita amorosamente. Le enseñó muchas labores, algo de piano, buenos rudimentos de diversas materias y le dió copia de pequeñas cosas útiles y de principios y ejemplos sanos, todo ello saturado de una regla fundamental, gratísima a Ríonegro: la felicidad debía buscarla en sí misma y no en los bienes de fortuna.

De esta amplia enseñanza nada satisfizo a don Nicolás como el oír a su hija balbucear en la parla de Thackeray. Frecuentemente, cuando le visitaba algún íntimo amigo, entre mate y mate ordenaba a la chicuela lo siguiente:

— « ¡A ver, Adelita, salude al señor en inglés! »

Adelita complacía a su padre, y al bueno de don Nicolás se le salía el gozo por todos lados.

Los años transcurrieron de este modo, enseñando una, aprendiendo otra, gozando el tercero, y felices todos, hasta que *miss* Nicholson, charlotcando en cierta ocasión con don Nicolás, le indicó convenía o poner a la niña en el colegio o completar su educación literaria por medio de un profesor. Con lo del colegio no transigió el caballero, con lo de la literatura sí.

Se puso, pues, a buscar el necesario maestro. ¿A quién dirigirse para encontrarle? La casualidad, tan metida de suyo, le salió segunda vez al encuentro. Acaeció que cierta tarde, mientras Ríonegro paseaba por la calle Estados Uni-

ADELA

dos, vió en la puerta de una casa a su amiguito Ernesto. ¿Qué hacía allí el mozo? Ya le había visto en aquel lugar varias veces y ya comenzaba a escamarse.

—«Lástima, pensó, que este simpático muchacho se enrede en una de aquellas aventuras infantiles que hacen al hombre desgraciado para toda su vida. Voy a sondearlo.»

Ernesto, joven de unos diez y ocho años, tenía la gracia de la juventud, la agradabilidad de un entendimiento despierto, y el encanto de un excelente corazón. En advirtiendo la presencia del amigo de su padre, corrió a su lado, y le interrogó como sigue:

—¿Qué tal, don Nicolás? ¿Y Adela?

—Todos bien, gracias. Y tú ¿qué te trae por aquí?

—La buena sombra y el estudio. Salgo de tomar una lección.

—No sabía que fuera colegio.

—Colegio, precisamente no; es una casa particular; pero alquila en ella una habitación un señor que, a causa de su pobreza, doctrina en todo lo que caiga.

—¿Qué tal es el maestro?

—A mí me enseña filosofía y literatura muy bien, con mucho saber y empeño.

—¿Cómo ha salido de su tierra un hombre tan bien preparado?

—Cosas de la vida, don Nicolás. No sé por qué honroso motivo perdió casi toda su fortuna y quedó en mediana posición y con varios hijos. Para los pobrecitos le restó bastante y él se vino aquí a recuperar lo perdido.

—¡Pobre hombre!... ¿Y de costumbres?

—En casa todos bien, gracias.

—¿Qué tal sería para rematar los estudios literarios de Adela?

—¡Inmejorable! don Nicolás. Sabe más literatura que Cervantes.

—¿De veras?

—Palabras preñadas.

—Tráemelo a casa.

—Hasta mañana, pues.»

Los dos amigos se separaron en la Avenida y cada uno tomó el camino de su vivienda. Ernesto, no bien cenó, hizo fumbo a la casa de su profesor, seguro de hallarle a esa hora en su cuanto espera que espera al correo de España, pues recibía continuamente y con sumo agrado cartas de su desconsolada esposa, de sus desamparados hijos, y hasta de sus afectuosos sobrinos. Anhelaba paliquear con él no sólo para darle la citada buena noticia, sino también porque ambos traían entre manos el serio asunto que conoceremos apenas digamos dos palabras del ilustre y desafortunado extranjero.

El caballero Vargas y Pozuelo, licenciado en

ADELA

derecho civil y canónico, halló, al llegar a la Argentina, poco campo para el derecho civil y ninguno para el canónico. Había emigrado de su querida patria con intención de enriquecerse. Aguardó algún tiempo el fructífero empleo que sería el primer escalón de la fortuna. Mas, como tardara en presentarse y los exiguos recursos se consumiesen rápidamente, ocurriósele el socorrido recurso de dar lecciones. Los discípulos parecían aquí casi tan escasos como los puestos. Solamente uno osó abordarle Ernesto, quien pronto pasó de discípulo a confidente para luego elevarse a acreedor. El mozo sabía cuánto lloraban a Pozuelo en el Reino, cuánto sufría este hombre en la República, cuántas cartas, tan halagüeñas como alentadoras, escribía el malaventurado a su esposa, después de un mezquino bocado.

Vargas, con justa razón, estaba en la actualidad más cabizbajo que de costumbre. Entre él y Ernesto habían concebido la peregrina ocurrencia de recurrir al Presidente de la República en busca de la precisa ocupación.

— ¿Quién más apropiado que el Presidente para semejante tarea?, le había declarado Ernesto. El debe mirar por todos, le cumple, como símbolo de la República, utilizar los brazos honestos y bien intencionados.

— Cabal, amigo, cabal, replicó Vargas. »

En lugar de estudiar lógica, los dos camaradas, como tuviesen tiempo para todo, trazaron el plan de la misiva presidencial. *Incontinenti* redactó el licenciado el texto definitivo y se lo leyó a su compinche, quien, más y más ufano por causa de la galana y sentida prosa del solicitante, exclamó:

—« ¡Sublime, compañero! Mándesela en seguida no más. Yo pago la estampilla.»

Habiendo efectivamente pagado el sello nuestro paisano y despachado el pedido nuestro huésped, condolíase este caballero de las imprevistas resultas del atrevido paso, cuando Ernesto entró en la humilde habitación todo alborozado, y pronunció las siguientes voces:

—« ¡Albricias, amigo Vargas! ¡Gran novedad!.. Pero, ¿qué tiene, ché? ¡Ah, ya caigo! No ha contestado aún el Presidente. No se apure, compañero: ¡Tendrá tanto que hacer!

—Ya ha respondido.

—¿Qué dice el mozo?

—No dice nada. Mandó un policía a la patrona para averiguar si vivía aquí alguno de mi nombre, quién era, y...

—Naturalmente deseaba informarse.

—...y si estaba loco o cuerdo.»

Ernesto se quedó estupefacto. ¡El Presidente hacer eso! ¡Faltar así a un hombre agobiado por la desgracia, separado de su familia, des-

ADELA

terrado de su patria! Desde entonces se retiró Ernesto del partido presidencial:

—«Yo y el Presidente, repetía, no comulgamos en un mismo templo.»

En la presente coyuntura, dirigiéndose a su amigo, le animó de esta manera:

—«No se intranquilece, Vargas; y, sobre todo, no se enfade. Ustedes también habrán tenido reyes medianos. Yo le traigo una jubilosa noticia. Cierta amigo de mi padre, el señor Ríonegro, quiere un profesor para su hija Adela. Mañana iremos los dos a verle. Su pan, caballero, está asegurado. ¡Por algo don Nicolás no hace buenas migas con los del Presidente! Decididamente don Gumersindo no sabe llevar con elegancia la faja nacional.»

Así entró el licenciado en casa de don Nicolás con un sueldo liberal: quinientos nales al mes. Vargas y Pozuelo había aprendido durante su desgracia y destierro a querer a su prójimo y a gobernar fortunas, las cuales dos cosas no supo hacer cuando el signo le sonreía. En la época de la abundancia, creía, o, por mejor decir obraba como si creyera que la fortuna que el Señor había puesto en sus manos era otra cosa que un usufructo vitalicio del cual debía rendir cuenta al único propietario, al divino Salvador. No sería justo, sin embargo, afirmar que el señor Vargas y Pozuelo despillarró, o malgas-

tó sus pesetas; pero lo cierto es que, aunque hizo no poco bien a sus semejantes, no les cedió todo cuanto pudo cederles; de suerte que consideraba sus desgracias hasta cierto punto merecidas:

— «¿Por qué, solía decirse con implacable lógica, disfrutaría yo de mi familia y patria, si pudiendo evitar algunas emigraciones, no lo hice? »

Tales eran las ideas capitales, hijas del dolor y el remordimiento, que dominaban al nuevo profesor de Adela. Vargas, poco después, parecía ya de la familia. Ríonegro reconocía su franqueza y lamentaba sus contratiempos.

— «Don Nicolás, acostumbraba repetirle el maestro, usted me paga demasiado.

—Un hombre de mi clase, señor Pozuelo, no puede retribuir peor a un hombre de sus conocimientos, replicaba Ríonegro con afectado orgullo.»

Y seguía al instructor con cuidado, porque acariciaba un generoso proyecto: si el examen paraba en lo que todos suponían, iba a llamar a la vieja y a los hijos del licenciado.

Ambos caballeros simpatizaron mucho. Don Nicolás admiraba el saber, la aplicación, y el empuje que ponía Vargas en su trabajo, y Vargas, en sus adentros no se cansaba de elogiar la nobleza de don Nicolás. En cuanto a *miss* Nichol-

son, quien ya había ascendido a incontestable autoridad, le cayó muy en gracia el recién venido, aunque jamás pudo pronunciar Pozuelo con arreglo a las leyes fonéticas del idioma nacional. Complaciase en mencionar la capacidad de *míster* Vargas, en deplorar su duro destino, y se dejó llevar tanto de sus sentimientos de simpatía y respeto que en cierta memorable ocasión llegó a confiar al propio Pozuelo que había visto en Europa una corrida de toros y que, a la verdad, no le desagradó por entero.

La recíproca simpatía de Adela y su profesor creció con el tiempo. Lastimábase la niña de verle lejos de su familia. Más de una vez dijo a su padre:

—«¿Por qué no harías venir a la familia de Vargas?»

Ríonegro, regocijado de confirmar las buenas entrañas de su hija, contestaba algo a este gusto:

—«Pienso en ello. Deja sazonar los frutos. Todavía no le digas nada.»

Don Nicolás notaba, complacido, que la niña adquiría muchas ideas, y advertía, satisfecho, que Vargas le inculcaba los sentimientos elevados recibidos de su malandanza, sentimientos que él, don Nicolás, había mamado gratamente, a precio reducido. La niña tenía ahora preocupaciones realmente serias de obligación social, y, merced a la doctrina de su profesor y

a las propias facultades, había adelantado buen trecho y corría ya parejas con las mejores de su tiempo y rango; su padre, por lo demás, fué pagando regiamente la instrucción.

Cierto día vió la discípula llegar al docto maestro como preocupado, como indeciso, titubeando, él, tan decidido de suyo:

—¿Qué le pasa, señor Vargas?

—Una mala noticia traigo, mala sólo hasta cierto punto y para mí.

—¿Qué le sucede?

—Me voy a mi tierra.

—¿Ha tenido novedad?

—No, señorita. Es que mi esposa me escribe que ha muerto una tía suya y la ha hecho heredera. Dice que me vaya por cuanto ahora tenemos para las alubias. No le parece bien que estemos separados.

—¡Cuánto me alegro! Pero siento que se vaya, aunque su señora tiene razón: ¡serán ustedes tan felices unidos! Cuando sepa papá, se entristecerá muchísimo. ¡Le quiere tanto!

—Ya lo sabe y sabe qué no me iría nunca, si no estuviera cierto de que usted no tiene nada que aprender de mí. Hace tiempo le vengo diciendo que estoy yo aquí por demás, que usted no necesita actualmente de nadie, sino acudir a la Universidad a escuchar a los grandes maes-

tros. Pero él, como advirtiera mi pobreza, aducía siempre un pretexto u otro.

—¿Qué le ha dicho ahora?

—Estas palabras: 'Hace bien, amigo. Allí debe ir usted a su familia y a su patria. Si alguna vez le fueran mal las cosas, sentiría que no se acordase de mí.'

—¡Ah, viejo...!

Ríonegro se encargó de escoger la litera. Pretendió entender mucho en tales asuntos. Para no equivocarse tomó el mejor camarote del barco. Así volvió el licenciado Vargas y Pozuelo a los patrios lares. En el muelle estaban don Nicolás, Ernesto, Adela, y la inglesa.

—Adiós, viejo, le dijo Ernesto. Te anuncio mi visita. Envíame, entretanto, la próxima novela de Galdós.

—No faltés. Te la enviaré, no bien la publique.

—Hasta la vista, *míster Vargas*, exclamó Dorotea. No se olvide de mandarme una banderilla de Guerrita.

—Descuide, *miss Nicholson*, le mandaré media docena.





II



MARCHÓSE Pozuelo, cuando su presencia iba a hacer más falta. Aquel verano don Nicolás, estando en la estancia, agarró una recia pulmonía y se fué al otro mundo. Cerca de la agonía, muy alborotado ya por la fiebre, abrazó a su hija y le hizo estas recomendaciones:

—No abuses en la vida de tu dinero y no pierdas ocasión de aliviar una desgracia, aunque fuese la de tu más encarnizado enemigo. Porque he vivido así, vuelvo tranquilo a tu madre.

A la institutriz le pidió lo siguiente:

—*Miss* Dorotea, estoy contento de usted. Mi hija, gracias a Dios, no necesita dirección; sin embargo espero que usted la acompañe.

—Así pienso yo, respondió *miss* Nicholson.

Don Nicolás dejó sus cosas en orden. Hasta la mayor edad de Adela quedaba como administrador un amigo suyo, don Diego Quintanilla, procurador de profesión. Tenía en este caballero tal confianza el difunto don Nicolás, que no dudaba le guardaría Adela por consejero aun después de su mayoría. Don Diego se condujo irreprochablemente: administró con atención e inteligencia los intereses de la niña, quien se quitó así un gran peso de encima.

A la muerte de su padre entraba Adela en los veinte años. No era ni fea ni bonita, ni alta ni baja. Su físico no se engalanaba tampoco con la común frescura de la edad, antes parecía una flor ajada. Tenía la cabellera negra, la frente vulgar, los ojos muy oscuros, la nariz pequeña y remangada, la boca de mal dibujados e incoloros labios, la barba demasiado metida. La tez era cetrina, tirando en ciertas ocasiones a rubioso amarillo. La mirada, poco expresiva, entre bonachona y dura, no revelaba su gran bondad. En cambio desbordábase su inteligencia en el airecito serio, observador, discreto, cachazudo, y, en la regularidad de sus movimientos, palabras, y actos, saltaba su energía poderosa, de buena ley, de dominio de sí misma, y no de sujeción a las pasiones, a las influencias perversas o malsanas.

Cuando llevaron al viejo, cuando se halló sola,

ADELA

sintió un vacío inmenso. Le echaba menos enormemente. Si iba a un sitio u otro de la casa, no le veía; si preparaba el mate, se acordaba del matero; si quería charlar, le faltaba el sesudo confabulante; si salir, el inseparable camarada: Demás de lastimarle semejante soledad, don Diego, a pesar de su discreción, le consultaba sobre tantos puntos, que por fin, aburrida, le manifestó:

—Mire, señor Quintanilla, haga lo que le dé la real gana; pero no me hable más de negocios.

Particularmente en la estancia le fué a la niña horrible la ausencia de su padre. Todos los rincones de la casa, las calles de árboles, la cocina, el canto de las calandrias, el mate, todo, los animales y las cosas, la obligaban a pensar en su paternal y simpática figura, en su apacible carácter, en las interminables charlas. Cuando quería salir al campo, cuando veía en el palenque su rosillo solo, sin el pangaré de su padre, se le hacía cuesta arriba la vida.

En tales ocasiones, toda conmovida, prorrum-pía en este quejido:

—El viejo tenía razón: el dinero no hace la felicidad. Aquí estoy yo llena de plata y triste, desesperada, como maldita.

Revocaba luego a la memoria aquellos dichosos días en que su papá iba con ella a verle tomar leche recién ordeñada; aquellas mañanitas

en que se desternillaba de risa viéndole dar tumbos sobre los terneros, y aquella tarde venturosa en que le regaló un guachito, el que ella crió, el hermoso rosillo que estaba ahora solo en el palenque. A veces creía ver el rostro repleto de gozo de Ríonegro, oír su dulcemente imperiosa voz mandarle:

— « ¡A ver, Adelita, salude al señor en inglés! »

Entonces, rota la voluntad, anegado el pecho en dolorosas lágrimas, exclamaba la tierna hija:

— ¡Pobre viejo!...

Cierto que no podía quejarse de sus servidores. Desde el mayordomo hasta el último peón le prestaban todos no solamente el solícito respeto debido a una dueña, sino también el espontáneo agasajo, la franca afición, propios de quienes la habían visto nacer, de quienes tan obligados estaban a la familia por los incontables servicios del difunto. En todos los puestos era conocida y bienquista. Si se arrimaba a las casas, la dejaban pasar los perros, y de todo corazón le daban los puesteros la bienvenida: « Es el retrato de su padre », decían, recordando antes el espíritu del finado que su físico. Por lo demás, *miss* Nicholson la seguía cual la sombra, con desvelo y cariño impagables.

Sólo faltaba aquel año Modesto, el hijo de Quintanilla, muchacho que desde niño solía pasar los veranos con la familia de Ríonegro. Ade-

la, tan solitaria, no dejó, con hallarse apenadísima, de advertir la falta del joven: «¿Por qué no viene?» se preguntó diversas veces. Cierta día en que la visitó don Diego, le hizo ella la siguiente pregunta:

—Diga, señor Quintanilla, ¿por qué no viene este año Modesto?

—Tiene que estudiar.

—¡Estudiar en las vacaciones! No embrome, don Diego. Permítale venir. Mire que se le va a enfermar. ¡Le asienta tanto el campo! Usted mismo se lo decía a papá.

Quintanilla cedió de buenas a primeras: Conocía el bien que el aire puro hacía a su hijo, y estaba convencido de que Adela, sin abundantes distracciones, era capaz, con toda su energía, de trastornarse por la reciente desgracia. Si no se hallaba en su sitio el habitual compañero, no había otro motivo que cierta delicadeza, cierto exagerado temor; pero ahora, atendiendo las instancias de la joven y recordando lo mucho que se empeñaba don Nicolás en que el chico visitase la estancia, soltó Quintanilla el freno paternal.

Modesto no tardó en venir, hecho una Pascua. Acostumbrado a la anual permanencia en la estancia, obedeció a su padre sin andarse en vueltas. Le agradaba el campo más que cualquiera otra diversión. Fuera del afecto que tenía

a Ríonegro, Adela, *miss* Nicholson, y los demás, amaba con locura los trabajos y esparcimientos campesinos. Allí, entre vacunos, ovejunos, y caballares; entre aves, flores y frutos, se olvidaba de todo estudio, apartaba todo cuidado. Allí corría a caballo anchamente, cazaba, ordeñaba, hacía manteca, arrancaba fruta de los árboles, y galopaba a rienda suelta, como loco, de un puesto a otro, de una pulpería a otra, persiguiendo perdices, o buscando sanas emociones. Se mezclaba en todo: con tanta exaltación boleaba avestruces como enlazaba terneros, o novillos; tan a gusto amansaba algún chúcaro, como paraba rodeos, o recogía la cosecha. En resumidas cuentas, tomaba parte en todas las faenas agrícolas o ganaderas. Allí, despidiendo de sí la sujeción ciudadana, retozaba, se revolcaba, por decirlo así, en la madre naturaleza.

Se instaló Modesto, cual siempre lo había hecho, con toda libertad. Solamente que, como las viera solas, se creyó obligado a acompañarlas más que antes, cual si quisiera reemplazar, dentro de lo posible, al inolvidable don Nicolás. Recorrían juntos el campo, inspeccionaban la hacienda, hacían alto en los jagüeles, desmontaban en los puestos para ver gente y vida, o se detenían en las taperas para comentar la soledad y la muerte.

Quintanilla, amén de ser un real mozo, no

ADELA

era mal parecido. Tenía frescos colores, ojos reventones, negros, vivos, ardientes; la boca sana; y los labios carnosos, rojos, sensuales. Su trato no podía ser más agradable. Corazón sensible, temple alegre, carácter animado, lengua mucha y buena; pero sabía también escuchar. Les contaba cuanto había oído durante el curso a sus profesores, a sus compañeros, y agregaba un montón de cosas que extraía de sus relaciones, o de sus lecturas, o de su cabeza, pues no carecía de ingenio, y solía meterse hasta los codos en todos los problemas, así humanos como divinos.

Desde pequeños Adela y Modesto discutían seriamente sobre diversos sujetos, ya en los paseos, ya en las casas, ora debajo de los árboles, ora de sobremesa en el comedor. Los dos habían sido educados muy distintamente, porque diferían no poco en condición social. A la niña, juguete de dorada cuna, le enseñaron a escatimar incienso a la excelentísima gaita, y al niño, hijo de humilde burgués, le doctrinaron en el culto del becerro de oro. Don Diego le repetía a menudo estos consejos:

—No te duermas, hijo mío, cuando loquen a cosechar plata: El que en el mundo no la tiene se priva de muchos placeres y se carga de no pocas humillaciones. «Poderoso caballero es don Dinero». Hasta vale para los poetas. Con una buena

renta se tallan, labran, y pulen imágenes esmeradamente. Verdad que a veces con buen apetito salen mejor. Pero dejemos este asunto intrincado, que, además, no es de nuestra incumbencia. A no ser que hayas nacido para el verso. ¿Quieres ser poeta, Modesto?

—No, papá.

—¡Bravo mozo!

El pequeño Quintanilla, con tales exhortaciones paternas y adecuadas incitaciones de naturaleza, aspiraba a acrecentar el propio peculio, aunque el acrecentamiento le costase caro.

En la estancia había siempre recibido de manos de Adela chorros de ideas que helaban este entusiasmo. Ahora chocaron de nuevo ambos. ¡Cuántas calurosas mañanas, esperando el churrasco; cuántas apacibles tardes, tomando mate; cuántas serenas noches, mirando la preciosa luna, habían deliberado acerca de la parte que el dinero tiene en la felicidad humana! Entre fumada y fumada de negro, asentaba Modesto con brío:

—Cuando sea rico, compraré un espléndido palacio en la Avenida Alvear, otro en Mar del Plata, una quinta en Lomas de Zamora; me haré de campos cerca de Buenos Aires y en el corazón de Córdoba; levantaré colosales estancias; unas, imitando a Nabucodonosor, con fábricas monumentales y amplios jardines; otras, remie-

ADELA

dando las bellezas de Palermo, con miles de árboles, millones de flores, llenas de aves familiares y raras, repletas de animales de todas las especies, desde el vulgar peludo nacional hasta el fiero león de Asia, con su majestuosa melena. Ya verás, Adelita, ¡qué jaulas, qué pajareras!

— ¡Cuánta macana! replicaba la joven. ¿Para qué quieres tantas casas, si no podrías habitarlas? Además, por rico que fueras, nunca tendrías tantas aves como en el Zoológico, donde puedes disfrutar su vista sin pensar en la manutención de las mismas y compartiendo el agradable espectáculo con las niñas más preciosas de la capital. Para embellecer nuestra campaña bastan las aves de que Dios la ha provisto, los pájaros que allí sostiene. Así, libres, son más bonitas, más alegres, más dichosas. Ahí tienes la calandria que suelta mucho alegría con su canto, y que presa difícilmente soporta el cautiverio.

— Ilusiones, Adela, ilusiones. Aun admitiendo todo cuanto dices, las estancias, sin exigir mi personal presencia, me darían dinero...

— ¿Y qué...?

— Me cuesta decírtelo.

— Habla, habla, o ¿tienes miedo de asustar a *miss Nicholson*?

— No, no te corras por ahí. Cierta pudor. Nosotros los hombres...

—¿Que te casarías?

—Justo. Con una mujer bonita, elegante, derrochadora, que supiera despilfarrar fortunas desahogadamente; una mujer que mudase de vestido con cualquier pretexto, que se adornase con las más sutiles gasas de París.

—Agrega a las gasas alguna otra tela.

—Eso sería para invierno. Déjame continuar. Le tributaría las mejores joyas de la calle Florida, la llevaría a Palermo en un soberbio carruaje tirado por briosos alazanes, con cocheros y lacayos que, al ponerse mi lujosa librea, se engallaran como pavos. A la noche iríamos a un baile de disfraz o a la Opera. En el baile ostentará mi dama galas de reina y ¡qué cabos, querida mía, y qué cabos! En la Opera entraremos, bien hinchados, a uno de los mejores palcos y todos asentarán los anteojos a la riqueza, atavío, y alhajas de mi señora. ¡Ahí será una friolera, Adelita, lo que lucirá mi cara mitad! ¡Qué gargantillas y aretes, qué pulseras y dijes! Yo, a título de sombra, detrás, gozando, dentro de nuestro eterno frac.

—Todo eso ¿para qué? ¿Cómo no caes en la cuenta de los malos ratos que tantos ricos vestidos harían pasar a tu desventurada esposa?: primero elecciones, esperas, pruebas. ¡Si supieses cuánto quieren decir de aburrimiento, intranquilidad, desazón, estas tres palabras! Lue-

ADELA

go a vestirse, a instruirse sobre la manera de llevar las nuevas modas. Por último, debería estar siempre atenta, siempre cuidadosa de tenerse elegante, distinguida, digna de tanta riqueza, lisonja y merecimiento. ¡Y las joyas, Dios mío, las joyas, cuántas inquietudes! ¿No concibes, destornillado, lo mucho que padece una mujer que trae en sus muñecas manillas costosas, en sus orejas zarcillos de miles, en sus pechos collares de millones? ¡Cuánto más feliz será otra que sólo vista decentemente, con lo necesario, que vaya tranquila a un palco, o mejor todavía a una platea, a ver escenas entretenidas, edificantes, ennoblecedoras, a escuchar pensamientos o imágenes agradables, calmantes, esparcidores, sin ninguna otra preocupación, sin el cuidado de perder caudales, con el placer de haber consolado o por lo menos aliviado la desgracia de un semejante!

—Zonceras, Adela, zonceras. Nada me sería tan grato como pensar que poseo el mejor brillante del orbe. Ve aquí cabalmente la única cosa que envidio al Rey de Inglaterra.

—Pídeselo.

—No, no quiero deberle ningún favor y además le haría quedar mal con *miss* Nicholson. ¿Qué dice doña Dorotea al respecto?

—Yo, aquí, para entre los tres, de pedirle algo, le pediría el Imperio.

—¡Es verdad, *miss* Nicholson! Allí hallaría Modesto de todo: fauna, flora, minerales y lo demás.

—No cambien de conversación y de tono. ¿O es que se me entregan?

—¡Jesús, qué despropósito!, replicaron a una las mujeres. Continúe. ¿Qué más haría?

—Recorrería las provincias. Me agenciaría un yate y, con mi cara mitad, pasearíamos de un cabo al otro del mundo.

—¡Lo que no te aburrirías, hijito! ¡Y solos, por añadidura! Además, ¿crees que tu mujer podría acompañarte? A mí me agradaría más que tus palacios y fabulosas arracadas una casita pequeña, modesta, que no diese trabajo, sin alhajas de precio, sin valiosos muebles, una casa, donde los niños pudiesen divertirse a sus anchas, donde mi esposo y yo pudiéramos amarnos sin esclavitud: la casita del amor preferible millones de veces al vacío palacio de las vanidades.

—No seas vulgar, Adela. ¡Una casa sin cuadros, sin estatuas, donde los chicos no aprenderían sino a correr! ¡*Callate*, por favor!

—Para formar el gusto artístico están los colegios, los museos, la naturaleza, la vida. Con todo el dinero del orbe no podrás evitarte el ir a nuestra pinacoteca, o al museo del Prado, o a la galería del Vaticano. ¿Qué biblioteca te

reemplazaría el Musco Británico, o la Nacional de París?

—No exageres, por amor de Dios. Con varios miles podría reunirse una biblioteca decente o una instructiva colección de cuadros. Mas vengamos al caso. Fíjate en mí, mírame bien. Estoy en el Hipódromo, oigo en el pesaje elogiar mis animales: «Ese, dice un alto caballero, es el zaino de Quintanilla. Se la lleva de calle.» Ahora subo a la tribuna, veo correr mis colores, ya se adelantan, ya llegan a la meta.

—...ya pierdes.

—Alguna vez ganaré.

—Más perderás.

—No exageres. Eso no es razonar. Me estás aguando la fiesta, estropeando la victoria.

—Sosiegate. Te concedemos el triunfo. ¿Crees que con él tu fama sería mayor que la de muchos otros menos ricos que tú? ¿A quién supones que el pueblo erigiría una estatua al propietario del zaino o al autor de la ley preclara?

—¡Quién sabe, amiga Adela, quién sabe! La vida presente y pasada destila tantas gotas extraordinarias! Mas volvamos a nuestro punto. El domingo fuí a ver la carrera entre Porteño y el oriental. El patriotismo nacional colgaba de nuestro caballo. ¡Lo que no hubiera dado por ser su dueño!

—¿Quién era?

—Lo ignoro.

—Eso sucederá a casi toda la gente.

—Te equivocas.

—¡He ahí todo lo que te daría el dinero! Lo desprecio.

—No desdeñes cosas tan ricas. Además esto no es todo. Mírame estos cabos: sería el manipulador de enormes industrias, daría de vivir a millares de necesitados, podría (déjame reclamarme de gusto) hacer muchas otras cosas más que me siento cohibido para declarar delante de señoritas.

—No te hagas el pavo, ché. Dilas sin miedo. ¿O acaso serías el primero en tener una querida? ¡Valiente hazaña! Le sacrificarías la tranquilidad de tu conciencia, la armonía de tu carácter, el amor de tu mujer, el nombre de tus hijos, tu palabra, tu fe... ¡Ya ves para qué te serviría la plata! Créeme, la felicidad está más cerca de la medianía económica que de la riqueza excesiva. El viejo tenía razón: lo sobrante es un peligro, la causa de continuas tentaciones, el acicate de muchos degradamientos. Todo lo que te prometes disfrutar no valdría, una vez realizado, sino para hacerte infeliz, cuando no para envilecerte. Conviertes a la mujer en tienda o escaparate, en modelo o muñeca, en ave errante, en ser desgraciado. Mi padre la elevaba

ADELA

a compañera suya, a fiel amiga, a respetada madre. La adoraba como a la autora de su felicidad, como a la reina del hogar; pero del hogar bien organizado, tranquilo, virtuoso, con el deber fuertemente impreso en el corazón y la cabeza. ¡Si los hubieras visto cómo se juntaban los dos viejos para aguantar los golpes del infortunio! Cuando murió mi madre, con su recuerdo se consolaba, se fortalecía, luchaba mi padre con la vida.

Tú obligas a la mujer a vestirse, a componerse, a violentarse, no para tí, sino para que digan de tu dinero. ¡Qué error! Si es hermoso el atavío, si son bellos los aderezos y perifollos, pregonarán ante todo la habilidad de los obreros, la delicadeza de los artistas. De tu fortuna nadie renovaría la memoria, de no ser algún necio. A lo sumo alabarían, si la tuviera, la belleza o distinción de tu esposa. Y para esto no son precisos cuantiosos bienes, basta aquello que Pozuelo llamaba ojos, percal, y salero. Cualquiera mujer sensata desviaría tus ofertas por el hombre que le diera un hogar, un corazón, la dignidad de ama, sin pedirle más que la vigilancia de los niños, la dirección de la casa, el amor del pecho, la conformidad de ambos, el alivio del pesar ajeno, la contribución al desvalido. Esta mujer disfrutaría con ataviarse como quisiese, con ir al teatro cuando se le antojase,

por afición y nada más: el vestido le aprovecharía para cubrirse o engalanarse; pero jamás para mortificarse, desvirtuarse, o menos aún para ofender los ojos extraños con fallas que hay que ocultar cuando no pueden corregirse.

¡Si supieras cuán triste es la vida! Fuera de la humana imperfección, fuera de la bajeza de muchas personas, existen tantos achaques, físicos y mentales, tantos contratiempos y males-tares, tantas enfermedades. A fin de arrostrar las grandes tristezas, no es dinero lo que hace falta, sino haberlo dado, llevar poco en el bolsillo, y traer en el pecho recuerdos de nuestra caridad o restitución. Sólo vislumbro un medio de acercarse a la terrena felicidad, y éste es tener una buena conciencia, rígida. ¡Si comprendieses cuánto consuelo nos da un pasado sensato, al tropezar con las insensatas desdichas de la tierra!

En éstas y en estotras charlotaban horas y horas, defendiendo cada uno sus teorías con argumentos más o menos poderosos, aunque siempre con ardoroso tesón. A tiempos, cual queda dicho, terciaba *miss* Nicholson en el debate. También ella estaba por la felicidad encaramada en la medianía económica y el equilibrio espiritual. Solían terminar las chácharas, cuando llegaba el punto de comer, de pasear, o de dormir, momento en que se separaban tan bue-

ADELA

nos amigos o camaradas como antes, pues estaban aún en la época que las ideas no han arraigado en el corazón, y todavía, por lo tanto, mucho les faltaba para alcanzar aquella donde fácilmente se desarraigan.







III



ENTRO de la ciudad se veían los dos amigos de tarde en tarde. A medida que los años pasaron, se dilataron y acortaron las visitas. Adela, discutiendo con Modesto, había aclarado mejor sus ideas; pero todavía no estaba del todo convencida. Con frecuencia se preguntaba aún si erraba o acertaba, si su mente le era leal o ingrata. Como cada vez más se mantuviese el mozo en sus trece, como le viera ella con personas tan reputadas, anhelaba entonces nuevas pruebas, nuevos testimonios de que la felicidad no dependía del goce de caras adquisiciones. En suma se empeñó en saber de una vez para siempre quién tenía la verdad si Modesto y Quintanilla, o si ella, su padre, *miss* Nicholson y Pozuelo. A causa de esto moríase por tropezar

con un hombre de ciencia y mundo que pudiera remachar su convencimiento.

Cierto día que fué a visitar a una antigua amiga de su padre, anciana cargada de años y virtudes, dió con el hombre que buscaba. La señora le presentó un caballero, el señor Salcedo, doctor en filosofía y letras. Mientras hablaba doña Leonor, la joven, sin dejar de escucharle, examinó a su nuevo conocimiento.

Aparentaba el doctor unos cuarenta años. Tenía alto el cuerpo, amplia la frente, negros y sonrientes los ojos, crecido el bigote, la barba y el cabello, pálida la tez, correctos los labios, enteros y blancos los dientes. El porte era distinguido y filosófico, la voz suave y agradable, la dicción neta y esmerada.

—Atienda, Adela, atienda al caballero. Tenemos hoy plática de su gusto de usted. Prosi-ga, doctor, le suplico. La señorita, a pesar de sus cortos años, le oirá con mucho interés. ¡Ha sufrido tanto la pobrecita que está acostumbrada ya a serios razonamientos!

Con aire digno, modesto, inquisitivo, tomó la palabra el presunto filósofo.

—Con el permiso, pues, de ustedes, señoras, reanudo la conversación. Cunde la infelicidad, efectivamente, por todas nuestras clases. Tal vez la causa sea, cual usted, doña Leonor, sostiene, que la educación religiosa de las niñas no es tan

completa como antaño. También yo he visto almas sumisas al Señor soportar resignadamente rudos golpes, hacer difíciles desasimientos; pero también he visto otras, al parecer no peor doctrinadas, dejarse llevar por este río de tantos brazos que amenaza inundar la tierra. Según mi modesto juicio, hay varios motivos y quizá el más importante haya que buscarle en otro lugar, en la incompleta educación contemporánea: fuera de la escuela, en las casas, en los salones, en todas partes, no ve uno sino aras que la gente erige al dios oro, y el oro a la vanidad. Hasta dentro de nuestro corazón, guardamos una efigie aurífera y le rendimos culto fervoroso, espontáneo, constante. Ponemos desmedido orgullo en lo que el oro nos da de brillante: alhajas, vestidos, coches, palacios, estancias. Nos embobamos de contento ostentándolo. Finalmente llegamos a la ridiculez de creer que, dándole en las narices a los pobres con nuestra hacienda, nos engrandecemos. Pocos parecen tener presente la laceria de los necesitados, y muchos ni siquiera la quieren reconocer. Lo cual se comprende fácilmente: ¿Qué hombre, por depravado que sea, no se conmovería, si visitase la casa de un menesteroso? A poco de recapacitar los estados, hallaría que su riqueza es más miserable aún que aquella pobreza. Si a esto se agregase que, al comparar la vida propia con la del indigente,

la balanza correría muchas veces a favor del último, entonces el hombre concebiría vergüenza de sí mismo. Yo no creo que en el fondo y en general haya maldad por parte del rico, sino inconsciencia. Es increíble, y quizá sea así mejor, cuán inconscientemente vivimos. Lo raro, lo estrambótico, lo extraordinario, es que muchos de los que así obramos creemos en Dios, en el juicio final, y en el castigo o premio de nuestra conducta terrestre.

El doctor, apretado por recio catarro nasal, hubo de enmudecer, sacar un pañuelo, y sonarse, cosa que, a la verdad, hizo discretamente. Adela le miraba ahora con suma simpatía: había ido notando el bondadoso corazón del caballero, las altas miras de que alardeaba, la atractiva figura de que Dios le había dotado, y lo mucho que, con el ardor de la elocuencia, ganaban sus facciones.

Doña Leonor aprovechó el silencio del caballero para dar a Adela datos suplementarios sobre el orador:

—No vayas a juzgarle mal, hija mía. Aunque habla en primera persona, felizmente no pertenece al descarriado bando. ¡Ojalá empleásemos todas nuestras fortunas tan acertadamente como el doctor y su difunta madre, a quien Dios guarde en su eterna gloria! A propósito,

ADELA

tú conociste mucho a su mamá, doña Leocadia, aquella santa señora...

Sin tardanza se acordó Adela de una viejecita con tantas arrugas como años, con unos ojos vivos, tan animada, tan diligente, tan dadiosa de dinero cual de buenos sentimientos. ¡Cuántas veces la anciana la había consolado durante su desventurada soledad!

—Muchísimo, señora, contestó presto. Me favoreció siempre con su amistad y protección. Trataba íntimamente a mi padre y entraba, desde mi infancia, en casa, como en la suya. Espero, doctor, que usted hará lo propio.

—Muchas gracias, señoras, respondió el amable caballero mientras guardaba el fino lienzo.

Luego, incitado por las damas, tornó a su peroración:

—Las sociales costumbres o reglas han de cambiar para bien de todos. Conocí en Europa una familia que había asentado su hogar sobre juiciosa base, sobre sólidos cimientos, sobre prolífica caridad. Aquellas pudientes personas, circunscritas por loable escrúpulo, vivían humildemente, de lo necesario, nada más. El mucho dinero que les restaba, lo aplicaban a aliviar la ajena desnudez. De suerte que pasaban felicísima vida, y, sin tal vez pensar en ello, carecían de las inquietudes que a todas horas acechan al rico insaciable, al rico egoísta, al rico pecamino-

so. Solía yo cruzar aquel sensato umbral respetuosa y complacidamente. A mi cuenta habían hallado la clave de la posible felicidad terrena, por supuesto en cuanto ésta depende del dinero. ¿No me confirmaría usted, señorita, en mis sentimientos?

Adela, que le escuchaba atenta y admirada; Adela, que le consideraba hermoso y grande, saliendo de su agradabilísima embriaguez, apresuróse a concederle la solicitada confirmación:

—Hasta creo, doctor, que formamos legión los que así sentimos. Pero tan numeroso es el ejército opuesto, tan falaces sus seducciones, que somos arrastrados a una vida contraria a nuestro modo de pensar, a nuestro modo de sentir. Como usted, caballero, me he sorprendido no pocas veces, cierto, al tropezar con excelentes personas que hallan mayor placer en alardear de su fortuna, más o menos segura, más o menos legítima, más o menos ganada o merecida, que en desprenderse de una bicoca para los indigentes. La mayoría da por hábito, compromiso, o vanidad, antes que por convencimiento, advertencia o deber. Si a determinadas personas se les propusiera sacrificar un traje de disfraz a intento de mitigar alguna desgracia del prójimo, ¿qué responderían?

—Ya lo sabemos, hija mía, intervino doña Leonor, ya lo sabemos por reciente experien-

ADELA

cia. No hace mucho uno de nuestros aristócratas perdió, jugando a las cartas, un platal, y el pobre, deshecho de pena y remordimiento, no halló otra solución que pegarse un tiro. ¡Pobre muchacho! ¡Qué brillante, que hermoso, cuánto adornaba nuestra sociedad! El señor Salcedo adivinó lo que iba a resultar...

—Perdone usted que le interrumpa, señora...

—Disculpe, doctor, le ruego no me quite el placer de continuar. Adivinó, decía, que aquella familia iba a conocer la mezquindad, tanto más dolorosa para ella que estaba habituada a la largueza. Congregó sin dilación a varias personas...

—Sin olvidarme de usted, señora.

—...para que juntasen la suma que evitaría amarguísimas tristezas. ¡Pobre gente!

—¿Cómo terminó...?, preguntó Adela entusiasmada.

—Todo se arregló a pedir de boca. Algunas dijeron bastantes tonterías, muchas comprendieron la buena obra, otras destilaron envidia, y, finalmente, venció la virtud y el seso. Ahora tienes una familia feliz, como nunca lo había sido; unos muchachos dignos, animados al trabajo por un ideal: pagar la deuda.

Las palabras del doctor Salcedo fueron para Adela la final confirmación de que la felicidad y el dinero no hacían siempre, ni siquiera

a menudo, buena pareja. ¡Y cuidado si tenía autoridad el doctor! ¡Había estudiado tanto, discurrido por tantos países, escuchado a tantas celebridades! Sólo de esta manera pudo haber reunido en sí tantos atractivos. Bastaba oírle, verle, examinar alguno de sus gestos, para advertir su buen temple moral e intelectual.

Por lo demás, como evidente prueba de sus pensamientos, ¿no tenía ella allí, en la memoria, la propia existencia? ¿Con todo su dinero, era feliz? Huérfana, sola, se aburría de la mañana a la noche. Sus entretenimientos no le tocaban sino superficialmente: paseo en coche por Palermo, vueltecita a pie en torno del lago o en las sendas de la Recoleta, y, después del luto, visitas, bailes, teatros. Mas todos estos solaces, aunque la recreaban, no le satisfacían los apetitos del alma. Sentía la falta de alguna cosa, de algo que no definía claramente.

¿Echaba menos **el camarada** indispensable a toda mujer? *Miss Nicholson*, consultada sobre el punto, dió su opinión categóricamente:

—Una señorita debe casarse. Es ley de la vida y no se quebrantan tales leyes impunemente. El matrimonio, a pesar de sus cargas, ofrece muchos placeres y muy intensos, uno de los cuales es el darnos el compañero de toda la vida, el amigo del alma, el confidente in-

ADELA

teresado. Usted, tan sola en el mundo, lo necesita más que la mayoría.

-- ¡Cuán raro, amiga mía, que, con tales ideas, sea usted soltera!

-- No he encontrado novio.

Mas, como la voz de la inglesa vacilase un tanto, Adela insistió:

-- ¿Secretos para mí, querida *miss* Nicholson, para mí que le cuento todas mis penas? ¿Es tan grave el asunto?

-- No, grave no. Cosa vulgar: murió durante el noviazgo.

-- ¡Pobre! ¿Habría usted sufrido mucho?

-- Sufro aún... Pero usted debe escoger un caballero digno de su persona, de su familia, de su honestidad y pureza. ¿No ve, entre sus amigos, alguno que le pudiera hacer feliz?

-- ¿Cuál, *miss* Nicholson?

-- ¡Oh!... Me pregunta cosa muy difícil para mí. Sólo su corazón tiene la respuesta exacta.

Su corazón no se hizo de rogar para responder. Proyectó en la inteligencia una figura querida, la del doctor Salcedo, con su pálido rostro, con las masas negras de los pelos, y con aquellos sus ojos dulces, tiernos, mansos. Desde la primera plática, su voz le supo a gloria. Después, con el trato, le gustó el caballero cada vez más. Poseía una alma de niño, un físico atractivo, y, en particular, era mucho hombre. Te-

nía buena experiencia, había corrido no pocas naciones y sociedades, estaba harto de las falacias corrientes, distinguía muy bien lo superfluo y lo consistente, y alababa ya la vida doméstica, a la cual llamaba el refugio del mundo, la consoladora, la purificadora, la fortificadora del espíritu. Sin ella, pensaba, el mundo sería un manicomio. Creía Adela verle y oírle aún exclamar: « ¡Cuánto alivio para el luchador aturdido de los rudos golpes reposar el espíritu en el corazón de la fiel amiga! » ¡Qué hermosos estaban sus ojos cuando pronunciaba estas palabras, qué hermosos levantados al cielo!

Reveía en el doctor gran cantidad de la filosofía práctica que tanto utilizara don Nicolás, mucha de la dignidad y ponderación que tanto ayudara a Ríonegro a respetar a doña Casilda. Como edad se hallaba en la flor de la vida: no tan viejo, que fuese arca de achaques; ni tan joven, que pudiese una temer mudanzas y chiquilladas. Parecíale, pues, el novio ideal para una persona sin padres ni hermanos, para quien había menester un báculo, un apoyo contra las vicisitudes del destino. Allí lamentó la falta de su padre, la carencia de los rumiados consejos del anciano.

Mientras la niña acariciaba el agradable proyecto, no descubría Salcedo ni deseos de mudar de estado, ni declaraba preferencia por Adela.

ADELA

¿Cómo, pues, discurría la joven, conseguir inclinarle la voluntad a tan importante paso? ¿Quién podría obtenerle diese alguna señal de favor, se fijase en ella con los mismos honestos anhelos que tanto la regocijaban?

En esto se atravesó de por medio una muchacha arrebatadora, un verdadero aluvión. Luisa no era sin duda una belleza, pero poseía en grado sumo el hervor de la primavera, la elegancia de la cuna, y la pasión del boato. El pobre Salcedo, a pesar de sus teorías e inclinaciones, a pesar de gustarle tanto Adela, a pesar de comprender que la unión con ella era la paz, el mimo, la felicidad, y con Luisa el trajín, las ambiciones, la desgracia, perdió de tal modo la cabeza y el arbitrio, que cometió la primera calaverada de su vida, calaverada tan grande, que la insensatez se desquitó ampliamente de los precedentes descalabros: los dos mozos se comprometieron.

La noticia del noviazgo destruyó el corazón de Adela. Cuando se halló sola, deshecha en lágrimas, prorrumpía como boba:

—Papá tenía razón, la felicidad no cuelga del dinero. ¡Cuánto me cuesta verificar tal verdad!

Pero la niña tenía mucha fuerza de consolación. Poco a poco fué amansándose su pena y ganando terreno otra idea:

—Papá decía que no hay que tomar a pechos las contrariedades de la vida, que no hay que tascarlas, rumiarlas, acrecentarlas. ¿Qué me importa?... O mejor dicho sí me importa; pero yo no pude esquivarlo, ni tengo culpa alguna. Tuve, como todas, ilusiones. Me diferencio de muchas en su suerte, en mi desgracia.

Cuando Salcedo contrajo enlace, padeció Adela el sentimiento de que lo irremediable acababa de cumplirse. Aunque se había hecho a la idea de este suceso, le dolió hasta desconso-larla, porque para ella representaba no sólo la pérdida de un esposo, sino el abandono de la ilusión matrimonial. Desde entonces renunció a soñar en las dichas del casamiento, en compartir con un hombre las alegrías y tristezas de la vida, las ternuras y amoríos del corazón.

En aquel instante, como para darle la plenitud del dolor, le traía la memoria el recuerdo de los aniversarios de la unión de sus padres, cuando por orden de su mamá llevaba al viejo unas flores, una petaca, u otra ternura. La niña se abrió al llanto.

A partir de tan infausto acontecimiento, refugióse Adela en el consuelo de las extrañas desventajas. Dada su cuantiosa hacienda, podía hacer mucho, y, en efecto, lo hizo, para aliviar las ajenas dificultades. Asistió con largueza a muchísimos infortunados, curó no pocas penas

ADELA

y, corriendo los años, cicatrizó, más o menos en falso, la propia herida. Con todo su alma no estaba satisfecha. Le exigía sacrificios mayores, enormes. Repetidas veces abrió la niña su triste pecho diciendo:

—No estoy contenta, *miss* Nicholson.

—¡Qué manía! Debe estarlo. Todo le invita a ser feliz: su juventud, su hermosura, su fortuna, el uso que hace de ella.

—Como usted quiera; pero sufro. No hago bastante. Vivo en cómoda holgura, amontonando pesos que no me sirven sino de continuo reproche, que a cada minuto me afirman las necesidades, los sufrimientos de mis semejantes.

—No exagere, Adela. Tan malo es inclinarse demasiado al bien, como al mal. En el medio hallará el buen camino. Usted hace ya demasiado. Les da más de lo que otras derrochan en niñerías. No llegue al extremo. Su padre no aprobaría jamás tal proceder.

Cosíanse luego la boca para más tarde tornar a lo mismo. Adela rabiaba por hacer, dentro de la recta vía, algo de muy sonado:

—Soy una cobarde, una comodista. Nunca me atreveré a desasirme de la cómoda razón. ¡Como si tuviera personas que dependiesen de mí! Soy sola, huérfana; mis hechos no benefician o perjudican a nadie, excepto a mí misma. El alma me avisa con su descontento que no soy

lo que debo, que no llego adonde de precisión debo llegar... No cumplo mi destino... No me humillo a la divina voluntad.

En estas circunstancias el hado, la suerte, o algún travieso diablejo le brindaron la ocasión de romper el saco de la prudencia y apaciguar por bastante tiempo el discontentadizo pecho; para pintaros lo cual forzoso nos será renovar trato con aquel Modesto Quintanilla del fausto, las joyas, y los largos viajes.





IV



El mozo, habiendo terminado con felicidad sus estudios, ejerció durante algún tiempo con el autor de sus días, y, por último, a la muerte de este caballero, heredó la regular fortuna, excelente procuraduría, y no despreciable fama de su virtuoso progenitor.

Modesto merecía la herencia: activo, capaz, escrupuloso, defendía con prontitud y cordura los negocios de sus favorecedores. Creció prestamente la parroquia. Las rentas del hijo no tardaron en ser cuatro veces mayores que las del padre. A medida que acrecentaba el caudal, fiel a sus máximas de la infancia, conforme con el gusto nacional de fausto, adquiría nuevas y costosas necesidades. La destartalada casa de su pa-

dre se trasformó en soberbia mansión, el despacho en lujoso recibidor. Adela solía censurarle amistosamente:

—Mal andas, Modesto. Te apartas de la rectitud. Vives sin ideal.

—No me repitas, por favor, tus rancias macanas. Si no hubiera gente de mi naturaleza, no habría adelantado nada la ciudad, no tendríamos grandes tiendas, ni arquitectos, ni artistas, ni joyerías, ni nada. Gracias a nosotros nuestra capital se mide con las más granadas de Europa.

—Que no conoces.

—No te alarmes. Aguardo el yate.

En tanto, le acechaba un contratiempo. Se enamoró no precisamente de una ricachona, de una derrochadora, sino de cierta señorita pobre, y, por añadidura, parca. Ciertamente era bellísima como el sol, buenísima como el pan; pero, repetimos, sin yate, ni ganas de tenerlo. Procedía Mafalda de los Castinos, los dueños de aquella pequeña fábrica de paños que apenas si re-dituaba para puchero, y puchero de poco zapallo.

Cuando, no sin cierto embarazo, confió su enamoramiento a Adela, la chica se echó a reír estrepitosamente:

—¿Qué has hecho, bárbaro? Vas a ser feliz, aunque contra todos tus principios.

—¡Qué le vamos a hacer, querida mía!... Me

descuidé. Buscando la bolsa de la mujer, di con los ojos, y me olvidé de todo, hasta de mis teorías.

—No me extraña. Siempre te creí equivocado; pero siempre te consideré capaz de un buen sentimiento. Vas a ponernos en un gran aprieto. ¿Verdad, *miss* Nicholson?

—Así pienso yo. ¿Qué le regalaremos que no le parezca poco? Tendremos que pedir un préstamo al conde de Montecristo.

—No hay necesidad. Ya he caído en el obsequio. Le enviaremos un barquito de juguete.

Modesto, pues, llevó a Mafalda a la iglesia. El casorio fué morrocotudo, ruidoso. La mujer resultó un tesoro de bondad y sacrificio. El la quería y admiraba, aunque sentía no le diera por figurar. Procuró suplir la falta, mediante consejos e incitaciones. La pobre señora, nacida para tranquila y amorosa existencia, hubo de componerse, remilgarse, amanerarse, y hacer figura en la sociedad. Enamorada de su esposo, se prestó a sus caprichos noblemente. Si la señora de algún burgués copetudo se iba a Mar del Plata, allí, con gana o sin ella, iba doña Mafalda; si se bañaba en Montevideo, en Montevideo, a gusto o disgusto, se bañaba doña Mafalda.

—¡Cuán loco eres!, le reprochaba Adela. La matas cada vez que la separas de tí.

—Simplezas tuyas, Adela. ¡Lástima que no

pueda acompañarla! ¡Con cuánto placer alternaría en estos aristocráticos recreos!

De ahí a poco tiempo se presentó la ocasión. Los gastos de Quintanilla eran enormes. A pesar de sus crecientes rentas, apenas si reunía lo necesario para sufragarlos. Entonces, haciendo memoria de algunos parroquianos suyos, concluyó de la siguiente manera:

—¡Qué zonzo soy! La procuración no enriquece a nadie, no me sacará nunca de la medianía. Debo imitar a estos clientes míos, buscar los millones donde se hallan, es decir en el campo y en la especulación.

Con su amigo Sánchez, roído por similares ambiciones, se calentaban de semejantes enredos. Cierta noche, después de opípara cena, le declaró este caballero sus ya trazados planes:

—Tengo la fortuna aquí en la mano, segura, sin peligro alguno. El negocio no puede ser más simple. Parece una perogrullada: nos basta comprar la lana en el campo a precio bajo y revenderla a precio superior. Los pequeños estancieros, para ahorrarse trabajos e inquietudes, nos cederán los frutos relativamente baratos. Nosotros, como trabajaremos en grandes cantidades, haremos parecidas tareas sin engorros, mecánicamente. Lo principal es conocer bien el artículo y los precios de plaza. Para lo primero, he nacido yo; para lo segundo, cuento contigo.

ADELA

El negocio no es nuevo; pero la mina dará para todos. Necesitamos capital, mucho capital. Yo pondré toda mi plata. Tú madura este designio e ideas. Tienta también a tu suegro. Cuantos más fondos, mejor. Esperaré quince días vuestra respuesta.

El yerno y el suegro cavilaron reposadamente a solas y en común. Por último se conformaron con la traza de Sánchez. El suegro puso una condición: que se asociasen también en la fábrica de tejidos y así combinarían ambos negocios. Habiéndose puesto los tres de acuerdo, firmaron el contrato social.

La suerte los ayudó. Europa, rota la paz, se destrozaba por querellas locales, tradicionales, o mundiales. Pagaba los frutos a precios fabulosos y, como no fabricase bastante paño, abandonaba los mercados. A la reciente sociedad cogió la guerra con un *stock* o fondo considerable. De la noche a la mañana los tres socios se hicieron un fortunón; de la noche a la mañana perdieron el seso.

La hacienda ganada, apenas les llegó a las manos, ya la contaron por insignificante, por salario de aprendices. Ahora enloquecidos, trazaban planes de grandes negocios. Necesitaban capital, capital, porque el oro atrae al oro. Metieron en el horno de la codicia todo cuanto tenían: dinero, bienes, crédito. Y no satisfechos del

fuego, pidieron combustible a los amigos, a los ambiciosos, a los ahorcados. Compraron pilas y pilas de lana, en el campo, en las provincias, en los mercados. Cuando se trataba de tejidos, Castinos, de pie, moviéndose como si el cuerpo le picase, gritaba a sus socios:

—Agrandemos el capital para engrandecer la industria. Debemos crear la mejor fábrica de la República. Construiremos nuevos talleres, amplios, completos. Traeremos de Europa máquinas, útiles, modernos, especiales; contrataremos en Bélgica ingenieros, capataces, obreros. En dos años los mandamos atrás. Para cuando acabe la guerra, produciremos tan buen paño como los ingleses, tendremos hombres expertos, mercados asegurados, conocidos, fieles.

Los otros socios, sedientos de dinero, enardecidos por el éxito, no aprobaban, recargaban.

Pronto obtuvieron crédito, empezaron construcciones, adquirieron máquinas, se apalabron con peritos. En la práctica padecían horrores. Las cosas no andaban a gusto de su frenesí: huelgas de albañiles, falta de materiales, tardanza en llegar las compras, demora en venir los ingenieros. Aquello no era vida. El afán, la inquietud, no les dejaban ni comer, ni dormir en paz. Mafalda desconocía a su esposo. Parecía otro hombre, un desequilibrado, un loco; se vol-

ADELA

vía una fiera, se volvía raro, desconfiado, supersticioso.

Por fin llegó todo, por fin se acabaron los preparativos: la fábrica tomó vida, comenzó a funcionar, dió paños, si no tan finos como deseaban, por lo menos decentes. Entonces subió la fiebre a grados inconcebibles: sin fabricar los paños ya los vendían, y los vendían a precios fantásticos. La plata entraba en la casa a carretadas, por todas partes, como lluvia del cielo. El polvo del oro, absorbido por aquellos insensatos, los mareaba, los hacía más y más sedientos de su uso, los ponía revueltos, desasosegados, nerviosos, delirantes. Cada día, un nuevo negocio; cada negocio, frescas inquietudes; cada triunfo, mayores disparates. El diablo se burlaba de los hombres. Ni tenían tiempo de saborear el tesoro. Los goces de la vida no existían para ellos, sino de pasada. En casa, en el teatro, en el paseo, hasta en los brazos de la familia, no veían sino la fábrica, los depósitos, las ofertas, las ventas, los susurros terribles, los céfiros del triunfo.

Entre vértigo y vértigo, Modesto, aprovechando los cortos ratos de lucidez, confesaba a su amiga:

—Andamos a carrera abierta. Aguardamos la paz. Entonces sí que ganaremos mucho y tranquilamente.

—Cuidado, advertía Adela, que yo he visto frustrarse esperanzas mayores y mejores.

—Sal de aquí con tus fúnebres pronósticos. Pronto verás mi yate. Le llamaré 'Adela'.

—No, 'Mafalda', o mejor aún 'La desdicha'.

Quintanilla, tan desarzonado como sus socios, no vivía sino para las especulaciones y derroches. Había puesto al frente de su estudio a un colega menos afortunado, para darse de lleno a sus planes y pasiones. Tiraba fortunas al joyero, al arquitecto, por la capital, por el campo, por las provincias. Insaciable de compras, cual si estuviese fuera de sus cabales, adquiría tierras, casas, ganado, mobiliarios, cuadros, estatuas. Derrochando oro y mármoles, construyó dentro de la capital un maravilloso alcázar. En el Colón compró, y no barato ciertamente, uno de los mejores palcos. Cerca de Mar del Plata envidó el resto, cuando formaba aquella portentosa estancia que se conoce por 'Mi rancho', tan mentada a causa de sus bellezas y comodidades, cual en razón de la variedad y selección de sus peces y faisanes, de sus surtidores, tazas, y juegos de agua, de sus flores, plantas, y árboles. ¡Qué día cuando, una vez terminada, condujo por ella a su amiga y a *miss* Nicholson!

—Ahora serás feliz, le dijo Adela.

—No, todavía no. Me falta el yate. Lástima que los europeos persistan en pelearse. Tengo

ADELA

ganas de visitar a Europa. Iremos todos. Usted, *miss* Nicholson, será como nuestro cicerone. Nos señalará todas las curiosidades de Londres. Comeremos gachas, *roast beef*, o *Christmas pudding* en algún restaurante de *Piccadilly*. ¿No le gustaría volver a recrearse en *Kensington Gardens*, volver a su país?

—Pronto lo haré de enfermera.

—Déjese de bromas, *miss* Nicholson. Usted no debe abandonar a la señorita. No sea desconsiderada.

—Lleva mi permiso y, si la necesitara, también mi aprobación. Desde la guerra no es feliz, siente los padecimientos de los suyos. Le remuerde la conciencia no bien piensa que se halla aquí regañona, mientras sus hermanos mueren gloriosamente, mientras sus hermanas cuidan las heridas de los caídos, o endulzan los últimos instantes de los moribundos.

A pesar de tanta riqueza, Mafalda era cada vez más desgraciada. Contra todas sus inclinaciones no paraba en casa. Vivía en las tiendas, peluquerías, o paseos; en los entretenimientos públicos o en las casas ajenas. Cuando se quedaba en la propia, lo hacía para recibir a las amistades, para agasajarles, para estar en espaldas de miedo de cometer una falta de buen tono, de miedo de caer en quisquillas de estética o de buenas maneras, pequeñeces a que actual-

mente daba Modesto mucha importancia, de que tomaba serios disgustos ahora, tan puntilloso, impresivo, y malhumorado.

Más de una vez derramó su pena en amargas quejas.

— ¡No tengo tiempo, Adela, ni siquiera para besar a mis hijos! ¡Ni sé lo que es de los pobrecitos, como se desarrollan, si sonríen, si padecen! Están a merced de la institutriz, que los trata como desea y a quien quieren, respetan, y temen más que a mí...

¿No opinas que Modesto se pone nervioso? Tengo miedo. Presiento una desgracia. Dios no puede bendecir tales locuras.

¡Cuánto más felices éramos entonces, cuando corría menos dinero en casa...! Antes había días de fiesta, recuerdos, zalamerías para mí; hoy sólo collares, vestidos, pieles, para deslumbrar. Mi padre ha perdido casi el juicio. El, tan bueno, tan cortés siempre con mi madre, le trata ahora a la baqueta, le echa a la cara su edad, su falta de distinción, su ignorancia. ¡Pobre vieja!... Si pudieras tranquilizar, refrenar a Modesto, me harías feliz y salvarías a mis desdichados padres.

Mientras la oía, Adela se acordaba de su tío el general, en cuyo palacio había presenciado, cuando se metió el militar a especular, escenas parecidas: entusiasmos, angustias; acritudes, re-

ADELA

celos, y finalmente vió algo horrible, un cadáver: el general se había levantado la tapa de los sesos. La imagen de la horrorosa tragedia contrajo el rostro de la joven...

Luego que pudo dominar sus sentimientos, prometió a Mafalda complacerla, intentando, por lo menos, el paso. Esa misma tarde entró en el escritorio de Quintanilla y le rogó con vivísima emoción que recapacitase sus andanzas, que mirase adonde iba, que tornase a la antigua tranquilidad.

—Retírate a tiempo, te lo suplico, amigo mío, de todas mis fuerzas. Te apartarías con más millones de los que necesitas. Acuérdate de tu mujer, de tus hijos, de tu padre. Ya tienes demasiado.

—¡No, aún no! ¡Mis gastos son enormes!...

—¡Restríngeles! Haz memoria de mi tío el general.

—¡Cuánto disparatas, amiga mía, cuánto! Desecha semejantes locuras y temores. ¿Cómo has podido abrigar tamañas vaciedades? El caso es muy distinto. Aquí no puede haber sino una solución: Europa nos compra las lanas, Europa nos las comprará con mayor motivo en tiempo de paz.



V



Los hechos, como acaece diariamente, desmintieron las humanas previsiones, las falacias de la engañadora lógica, la eterna embaucadora de los hombres. De nuevo resplandeció por el mundo la venturosa paz, de nuevo ostentó sus apacibles gracias. Los mansos barcos, sin peligro de sus enemigos, cubrieron los mares. El puerto de Buenos Aires tornó a llenarse de múltiples banderas, surrada de grandes chimeneas. Pero la venta no sólo no acreció, sino que disminuyó, se estancó. Por la República corrió terrible pánico. La máquina comercial rechinó, paró. Los especuladores quedaron atónitos, acobardados. Los ri-

cos contaron sus bienes, su plata; remiraron sus reservas, su crédito; cercenaron lo superfluo, lo prescindible: se jugaban la pompa. Los pobres temblaron: se jugaban el puchero.

A Quintanilla y compañía les cogió la novedad desprevenidos, como si dijéramos en pleno vértigo. Habían ido desenvolviendo los negocios sin ocuparse en las reservas, sin pensar en la historia de las vacas gordas y de las vacas flacas. Cuando la catástrofe estaba ya encima, se percataron del error. Los tres socios, reunidos en la suntuosa gerencia, aturdidos, preocupados, inquietos, pidieron al gerente datos de las existencias, de los recursos. Este buen hombre presentó un cuadro aterrador: tenían varios millones de kilos de lana, por los cuales habían rehusado una oferta de veintiséis pesos los diez quilos. Modesto, menos desalentado que sus compañeros, les declaró enérgicamente:

—No hay que abatirse. Esto no puede durar mucho. La alza vendrá. Tienen que vestirse como antes. Volverán. Además, ¿acaso no tenemos con que responder?

—La reserva metálica es relativamente exigua, aventuró el gerente.

—¿Y nuestras propiedades, replicó brusca- mente el otro, no valen nada? ¿Y nuestro ganado no es capital?

ADELA

—Los prestamistas piden dinero, advirtió el gerente.

—¡Los mismos de toda la vida! ¡Egoístas, egoístas! Cuando ganábamos, humildes, rastros; ahora que temen una caída, orgullosos, apurados. ¡Cobardes! ¡Usureros!... Repítales lo dicho: tenemos para responder. Hay estancamiento, conformes; pero no acabamiento. Que no nos apuren. Los podríamos dejar en la calle.

Pasaron días y más días, y no solamente no mejoró la situación, sino que fué aumentando la baja. Varias cosechas se amontonaron. El depósito central, atiborrado de lanas y cueros, no podía tragar ni una mecha más. Los consignatarios apelaron al viejo recurso de las barracas particulares. Los compradores europeos ni siquiera asomaban la cara en los sitios de venta. Ellos mismos, quiero decir Quintanilla y sus socios, no compraban ni una hebra. ¡Qué días horribles! Los tres amigos veían con terror aquellas pilas de lana, tan codiciadas antes, y tan desestimadas ahora, cuando no valían ni un centésimo. Al verlas, sentían como si se les fuera la vida, como si el cielo se les cayese a los pies! ¡Qué tristeza! ¡Qué vacío! ¡Qué calamidad!

Para colmar la desdicha, sucedió con los paños otro tanto de lo mismo: no hubo más interés por este artículo. Tuvieron los fabricantes que reducir la fábrica. Esta medida causó gra-

ves consecuencias. Desde su aplicación les costó el metro de tela veintinueve pesos en lugar de los seis anteriores. El valor de venta había, mientras tanto, bajado a tres pesos metro. Los directores se rompían la cabeza, se martirizaban las entrañas con el siguiente callejón sin salida:

—¿Qué hacer?, preguntaba el gerente entre perplejo y desanimado. Si vendemos, perdemos; si no fabricamos, quedamos sin personal. Si paramos la fabricación, llega de pronto un pedido y nos encuentra con las manos vacías.

Como no sabían qué partido tomar, no tomaban ninguno. Cuando ya no aguardaban sino catástrofes, cuando ya estiraban los cuellos a la cuchilla del infortunio, muestran mejor cara los dioses, reaparecen los compradores en el mercado, y renacen las esperanzas. Primero se contentaron éstos con mirar los frutos, con charlar con los antiguos conocimientos, y, finalmente, cuando ya se murmuraba que todo se volvería agua de cerrañas, ofrecieron precios; pero, ¡qué precios irrisorios! Aceptándolos, no vendían, regalaban. Mas los bancos apremiaban a los deudores, los vencimientos apuraban, las cajas estaban vacías. No les quedaba a los dueños otro arbitrio que sacrificar los excelentes artículos. Primero cedieron los apurados, luego los necesitados, últimamente todos. Concluída la venta, tornaban los vendedores a

ADELA

sus casas; pero no jubilosos, como antes, sino tristes, llenos los pechos de remordimiento: « ¡Qué lástima, qué lástima! ¡Quemarla así, quemarla así! » La liquidación era desconsoladora: los millones se tornaron miles, los miles pesos. ¡Qué barbaridad!, ¡qué barbaridad!

Nuestro triunvirato hubo de sujetarse al yugo general, hubo de pensar en liquidar las lanas, en cerrar la fábrica, en deshacerse de las existencias. Los precios eran increíbles, inaceptables: la lana negada a veintiséis pesos recibía oferta de seis. Modesto no quiso resolverse en seguida. Pidió tiempo, días **de reflexión**. Mientras volvía del escritorio a casa, gruñía:

—Jamás aceptaré. Para sostenerme venderé antes mis estancias, mis palacios, mi ganado, mis bosques. Nunca cederé. Cometería una villanía, una mancha, un baldón. No estoy muerto aún. Tengo amigos, relaciones, crédito.

Esa misma noche comenzó sus primeros pasos. ¡Cuántas desilusiones! Cada conocido fué una sorpresa, cada amigo un desencanto. Tenían su dinero para ellos, para lucirlo, para ostentarlo, no para consolar desgraciados, atrevidos, locos. Si perdió, tanto peor para él: ¿Acaso compartía con ellos las ganancias?... Los bancos le hablaban de la difícil situación de la plaza: si a él le prestaban tamaño capital, otros exigirían similares sacrificios, y, finalmente, todos ten-

drían que presentarse en quiebra. Los rematadores le daban pocas esperanzas para sus propiedades. Le convenía esperar. En aquellos días nadie quería ni campos, ni ganado, ni nada, salvo plata, plata. Todos padecían de la porfía metálica, todos preferían guardar el dinero, esperar tiempos más seguros, estarse a la cápa.

Tales negativas le amargaban, le apesadumbraban, le revolvían. Entonces determinó jugar su última carta: le pediría a Basarta. El paso le costaba; pero no había más remedio. Basarta, su amigo de la infancia, de la mocedad, de toda la vida, le prestaría seguro una buena suma. Corrió a su casa. Basarta le hizo un recibimiento halagador:

—¿Vienes a cenar? ¡Así me gusta, caro amigo!

—No.

—Déjate de bromas. Cenaremos juntos hoy.

—Gracias. No puede ser. Vengo a pedirte un servicio.

—Concedido; pero no te pongas serio por eso. ¡Ni que estuvieras de luto!

—Es que se trata de una fuerte cantidad...

—¿Fuerte cantidad?... ¡Qué lástima!... No podré hacer nada estos meses.

Modesto, atontado, le oyó repetir algunas excusas idiotas. Estuvo a punto de dejarlo seco, allí mismo. Por fin, cogió su sombrero y se

ADELA

mandó mudar. Entró en su casa inconsciente, aturdido. Llegó a su despacho. Allí en aquella habitación suntuosamente decorada, allí entre aquellos espléndidos muebles, allí delante de aquellos cuadros célebres, allí en presencia de aquellas famosas esculturas, discutió su muerte.... Cuando se inclinó a la mañana resolución, dibujóse frente a su rostro, como trazada por divina mano, preciosa figura: una cabecita rubia, una carita de muñeca, unos ojitos azules, vivos, unos labios tiernos, cariñosos, que decían: « ¡Papito, papito! »

— ¡Qué cobardía, qué cobardía!, gimió. Los iba a dejar solos, desamparados. ¡No! ¡Nunca...! Mi sombra es aún una fortuna para ellos.

Meditó un rato, fué calmándose poco a poco. De pronto, un ruido. Llamaban a la puerta. Gritó entrasen. Apareció un criado y anunció:

—Doña Adela Ríonegro.

—Que tenga la bondad de pasar.

El criado introdujo a la señorita y desapareció.

Adela venía seria, grave, apenada.

— ¡Qué descompuesto estás, Modesto! ¿Te sientes mal?

—No. Los negocios, los malditos negocios me turban.

— ¡La historia de todos! Sé tus dificultades.

— ¿Quién te las ha contado?

—La desgracia es el bicho que más corre. No te apures, amigo mío. Yo creo poder salvarte.

—¿No digas?

—Casi seguro. Mis recursos...

—Rechazo. De tus manos sería para mí una bajeza.

—No seas zonzo. ¿Por ventura las crees peores que las de Basarta?

—¡No blasfemes!... Eres una mujer, sola...

—Cuya hacienda pudiste haber jugado. ¿No eres acaso mi administrador desde la muerte de tu querido padre?

—Conformes; pero no te lo aceptaré en la vida.

—Como quieras. Te guardaré la injuria.

—¡Perdóname! No sé lo que me digo o hago.

—¿Por qué te empeñas en tales boberías? Si no lo recibes, se lo daré a otros, me dejarás el escrúpulo de verte caer. El paso estaba resuelto hace ya tiempo, antes de tu desgracia. Cuando la vi venir, traté de evitarla, pero no hice caso; entonces aguardé mi hora. Por eso me encuentras con fondos míos y de mis amigos. Formamos una sociedad y, para tu consuelo, te digo que hay en ella hombres, ¡y qué hombres! Obramos, como vosotros, por egoísmo. Buscamos, como vosotros, nuestra felicidad. Nos diferenciamos en que vosotros la buscáis en

ADELA

las joyerías y nosotros en los corazones desgraciados. Veremos quiénes tienen razón. Peor que a tí no puede irme.

—Cierto. Con la fortuna, me vino, te confieso, la desgracia. Después de reunir tantos millones, cuando pude realizar las fantasías de la infancia, no soñé en disfrutarlos, sino en aumentarlos. Las lanas y las fábricas sólo me dieron disgustos. Por culpa de los campos, Adela, estaba siempre en ascuas. Si no llovía bastante, llovía demasiado. De un cambio de temperatura dependían millones míos. En lugar de gozar de mi riqueza, no pensaba sino en el cuadro pluviométrico de los ferrocarriles o en las cartas o telegramas de mis encargados. La catástrofe me desengañó del prójimo, de la amistad, del dinero, y hasta de la vida. Solamente tú, Adela...

—Y Mafalda.

—¡Pobrecita!

—Acepta, amigo mío... Tengo escrúpulo de ser tan rica. Temo un castigo. Ahora no quiero sino morir, volver a mis padres... No quedaría en la calle, si te fuera mal. Guardo bastante para vivir ampliamente.

—Mi dignidad, Adela, mi dignidad.

—Acuérdate de Mafalda, tu principal víctima; acuérdate de tus hijos, serían pobres; de tu padre, cuyo honor está en juego. Acepta, Modesto, volverás a tu antigua vida. Mafalda será

con ello feliz. ¡Cuántas veces no me ha dicho!: «Tengo miedo, Adela, tengo miedo. Antes éramos más felices. Con el oro ha entrado en casa la intranquilidad.» Tus hijos ni notarán diferencia alguna. ¡Con decirte que prefieren los juguetes del carbonero a los propios...!

Con estas y otras poderosas razones le obligó a discutir el punto. Ya cedía, cuando un último argumento, le vino al cerebro.

—¡Imposible!, declaró. Sería infame.

—¿Pues?

—Mañana podrías casarte.

—¡Nunca!

—¿Tanto le querías?

—Con toda mi alma.

—¡Y pensar que escogió aquella mujer!...

—No disparates, por amor de Dios. Luisa merecía su cariño. Las dos éramos jóvenes, inocentes, de una misma clase. Ella me sobrepujaba en belleza y pasión, yo a ella en mansedumbre y fuerza de amor. Las dos nos cruzamos con el caballero, así, al correr de la vida, de pasada. Su brío detuvo el pecho del doctor, sin darle tiempo a leer en mi alma, y ella lo llevó consigo. Luisa era como su ascendiente, aquel militar que se arrojaba contra el enemigo sin pensar en las consecuencias; yo, como mi abuelo, tranquila, serena, intensa. ¿Te acuerdas? Iba a perder la batalla y se dijo: «Ahora

ADELA

me toca hacer el loco.» Dicho esto se abalanzó locamente contra el enemigo y lo desbarató completamente.

Todo se arregló a pedir de boca. Adela prestó el dinero con la condición que Modesto no quemaría sus bienes.

—Aguarda, le decía. Ya verás. El miedo se evaporará y todo recobrará su valor real. Estoy cansada de ver parecidas cosas en casas amigas. El especulador es el tipo más arriesgado del mundo, cuando va en bonanza; pero apenas sopla el ventarrón de la malaventura se convierte en la más pusilánime de las criaturas, porque de ordinario obra primero por instinto que por madurez. La mayor parte de las veces toma la carrera del infortunio sin saber adonde va. De ahí frecuente cosecha de desgracias y desastres.

Así, con efecto, sucedió. Quintanilla, después de retirarse de los negocios comerciales, hizo hora pacientemente. Pasada la tempestad de aprehensiones y excesos, la plaza tomó su habitual aspecto, la propiedad recobró su ordinario valor, las haciendas hallaron interesados. Modesto pudo vender bastante bien las estancias, animales, y palacios. Su primera medida fué pagar la deuda. De la procuraduría, atendida de nuevo personalmente, sacaba lo necesario para sus gastos. Ahora, curado de excesivas ambiciones y de falaces niñerías, era feliz, feliz en la modesta

FIN DE ADELA Y DE LA OBRA

vida tanto como infeliz lo había sido en la pomposa y egoísta. Mafalda, en lugar de costosas joyas, ostentaba la paz de quien se alimenta del cariño de su esposo, de sus hijos, y de sus amigos. Adela, disipada la antigua pena, vivía contenta, sobria para sí y larga para su prójimo.

Por eso cuando yo la veo pasar con su gracioso recato, siento inmenso placer y me prometo utilizar tal modelo para mi corrección. ¿Qué hará más tarde? ¿Cómo va a desenvolverse su carácter? Misterio. ¿Quién osaría decir lo que el destino reserva a una persona? No seamos tampoco en esto ambiciosos, pues este ligero cuentecillo y la revuelta vida enseñan sobradamente que la ambición rompe el saco.

Buenos Aires, Diciembre, 1920.



INDICE Y CLAVE

MARCELA o la vida de una emigrante

MERCEDES o la historia de un amor infortunado

ADELA o doy que la ventura no cuelga del dinero



Abril-Mayo

1922

—

Imprenta

«La Acción Social»

PAMPLONA

—

